

(6)

FRAY TRANQUILO,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POE PAUL FEVAL,

Y TRADUCIDA

PARA EL BOLETIN DE LAS NOVEDADES.

TOMO TERCERO.

MADRID.—1860.

IMPRESA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO,
en el Barco, número 2.

6)

FRAY TRANQUILO,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR PAUL FEVAL,

Y TRAUCIDA

PARA EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

~~~~~  
TOMO TERCERO.  
~~~~~

MADRID.—1860.

IMPRESA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO,
calle del Barco, número 2.

CUARTA PARTE.

I.

LA CALLE DE SAN ANTONIO.

Hay barrios ofortunados que han tenido la felicidad y el honor de no tener que dar asilo á esos bribones enriquecidos por la usura, insolentes, engrandecidos por la banca, especieros, abotagados, especuladores chillones que en días de vergonzosa memoria han estado á punto de llegar á ser la aristocracia francesa.

Hay barrios infestados por los agiotistas por el oro mal adquirido, por el lujo insolente y por la magnificencia torpemente descarada.

La calzada de Antin estuvo al principio poblada de tabernas y figones, toda clase de truanes floreció luego en las pequeñas casuchas del décimo octavo siglo, y como la impura oruga en el seno de su brillante red de seda. En nuestros días es la patria de la banca.

La aristocrática calle de San Antoni,

III

por el contrario, fué la morada de los reyes antes de ser la Citta del pueblo.

No hay en París un sitio, cuya historia sea mas arrogante: no hay allí mas que rey y pueblo, porque basta un escobazo para alejar esa vegetación secundaria, ese hongo fétido y pululento, pero sin raíces que se llame el *renterte* del Estado. Magnificencias reales, victores populares, grandes fiestas, galantes torneos, y finalmente, el pueblo y el rey mirándose cara á cara en los días de las conmociones civiles.

Toda la grande epopeya real y popular está en esa calle que empieza detrás del Hotel-Ville, aun en pié, que pasa entre los fantasmas de los palacios de San Pablo y de Tournelles para llegar á los sitios donde estaba la Bastilla.

Buscad aquí recuerdos: leed esas páginas de piedra que contienen la recitación de nuestras desgracias y de nuestra grandeza, y que hablan en alta voz de nuestras glorias y de nuestros desastres.

Allá abajo, en esa otra ciudad brillante, donde el carruaje del tariseo se cruza sin cesar con el de la ramera, no busqueis sinó algunas ruinas de figones enterrados bajo los palacios de ladrillo y de yeso, algunas canciones lúbricas ahogadas por el sonido del oro robador, afeites, danzas indecentes, champagne imitado, letrás de

1

cambio falsas, y en la calle abundancia de papeles viejos de quiebras para enriquecer los sacos de un regimiento de traperos.

El día, que empezaba á amanecer, iluminaba esa pintoresca calle de San Antonio, rica en edificios aristocráticos, las azoteas y torreones salían de la sombra con sus techumbres cónicas rematadas por la monstruosa veleta de hierro. De todas partes se veía surgir á lo largo del pavés ligeramente tortuoso de la calle, las fachadas labradas, cubiertas por techumbres de recortadas pizarras. Las torrecillas de granito ostentaban sus balcones en forma de canastillo desde la calle antigua del Templo hasta los muros de la Bastilla. Descollaba primero el antiguo palacio de Craon ostentando su escudo en relieve en el ángulo de ambas calles, luego el palacio del rey de Cécille, como dicen los antiguos cronistas, el convento de Santa Catalina frente á frente del lindo palacio de Desnois, la iglesia de San Pablo, y el palacio del mismo nombre, que era todo una ciudad; luego el de Tournelles, no menos espacioso que el de San Pablo; el de Etampes, mas reducido y tan lindo como su galante señora, y por fin, el de la Reina y el gran palacio de Bretaña.

Todas estas casas aristocráticas tenían jardines inmensos, y por cima de los caprichos de sus techumbres, que parecían desafiar la imaginación mas fantástica, se apercebían acá y allá altos montones de verdura.

La parte de la calle de San Antonio, que bajaba al Hotel de Ville, permanecía aquella mañana silenciosa y desierta: todos dormían aun en aquellas mansiones retiradas que no presentaban sino el flanco á la vía pública, y cuya fachada, á la vuelta, estaba al abrigo de robustas murallas.

Hacia la parte alta de la calle, por el contrario, se advertía un cierto movimiento, principalmente hacia el palacio de San Pablo, donde vivía la princesa Ana

regente de Francia, y el de Tournel les que habitaba el rey Carlos.

La puerta principal del palacio estaba abierta.

En el gran patio, á la luz de las antorchas, que palidecían ya con la de la aurora, se veían caballos ensillados y palafreñes con monturas peculiares de señoras, y una gran litera, en cuyo fondo campaba el escudo de Bretaña.

Y alrededor habia muchos hombres armados y lacayos que se llamaban y se hablaban de uno á otro extremo del patio con mucho aire de alegría como si hubiese sido la aurora de un día de fiesta.

Se veían tambien al través de las ventanas luces que iban y venían indicando, á no dudarlo, la llegada de algun personaje importante al palacio.

Al otro lado de la calle se levantaba triste y sombrío el palacio de San Pablo; puertas y ventanas estaban cerradas herméticamente, y ni por casualidad se veía brillar una luz tras de los cristales.

Este aspecto sombrío del palacio de San Pablo contrastando con la bulliciosa y brillante apariencia que ofrecía el de Tournelles podia ser considerado como un símbolo: madama Ana representaba muy bien el sol poniente, y la estrella del joven rey se levantaba luminosa en el horizonte.

El palacio de Tournelles era una acumulación de edificios que ocupaba en su mayor parte el área de la Plaza Real de hoy: su recinto seguía á la calle del Pas de la Mule, hasta muy cerca del Baluarte y volvía por la calle de San Antonio formando un ángulo entrante al frente de la Bastilla.

José Pedro de Orgemont, canciller de Francia, quien lo hizo construir á fines del siglo XIV. Su hijo, el obispo de París, vendió este palacio recién construído al hermano de Carlos V por quince mil escudos de oro: el duque de Orleans lo adquirió ya de tercer mano, y el rey lo compró á su vez hacia el año de 1419.

Carlos VII y Luis XI ocuparon sucesivamente la casa real de Tournelles. Luis

XI lo ensanchó, reparó la porción del palacio que se llamaba el cuarto del rey é hizo construir la galería colgada que cruzaba la calle de San Antonio para comunicar con el palacio nuevo donde vivía madama de Etampes.

Las diferentes secciones que componían el palacio estaban unidas entre sí por galerías que irradiaban en todos sentidos, y para la construcción de las cuales no se habia consultado mas que á la comodidad ó á la necesidad.

Era una ciudad mas bien que un palacio.

La arquitectura de aquellos tiempos parecia aplicarse esclusivamente á las diversas partes sin cuidarse de formar un conjunto homogéneo.

El palacio de San Pablo ofrecía una muestra quizá mas completa aun de este arte singular, poderoso en sus detalles, pero cuya corta vista retrocedía ante el conjunto.

No era solamente el patio principal del palacio de Tournelles el que estaba lleno de hombres armados y de lacayos; pues los jardines que daban á las paredes delante de la Latina, estaban transformados en un verdadero campamento.

El salón de los escoceses, construído por Luis XI el de Brique; el salón empedrado y aquella galería interminable que conducía al cuarto del rey, estaban atestados de caballeros que comían y bebían bajo aquellas bóvedas ilustres como si hubieran estado en una taberna.

Se trataba de un golpe de Estado, y es sabido, los golpes de Estado no se dan sin comer ni beber.

En la parte del palacio destinada á la habitación del rey, habia un gran salón, dentro del cual se habian detenido los ruidos de la francachela. Diez escoceses armados de todas armas hacían la guardia en aquella habitación; seguía una corta galería, en cuyos dos extremos estaba un caballero espada en mano con la visera calada.

A la estremidad oriental de esta gale-

ría, cuyas ventanas daban á la Bastilla, pendía de la bóveda al pavimento un tapiz azul bordado de flores de lis de oro, y mas allá estaba una gran puerta de dos hojas dorada y esculpida, que daba paso á la cámara del rey.

En la hora de la madrugada, en que levantamos este tapiz con los colores de Francia, el rey Carlos estaba ya levantado desde mucho tiempo, quizá no se habia acostado aquella noche. Estaba en pie al lado de una alta ventana, y la indecisa luz de la naciente aurora, luchando con el brillo de las bugías, daba á la frente del hijo de Luis XI una palidez mas enfermiza. No lejos de él, estaba sentada una joven en una especie de trono, de que ordinariamente se servía.

La belleza de aquella joven, su apariencia de fuerza y de salud, el atrevimiento varonil de sus ojos formaban un contraste lastimoso con la debilidad física y moral del pobre muchacho que era rey de Francia.

Aquella joven era la princesa Ana de Bretaña, y venía á París para ser reina.

Carlos VIII la contemplaba con candorosa admiración; si puede decirse así, reconocía en ella ya á su señor. La joven duquesa Ana habia echado una mirada escudriñadora sobre el que iba á ser su real consorte, y como era reputada ya por mujer de talento, su desengaño, si es que le espermentó, no llegó á manifestarse sino bajo una apariencia de frialdad.

Mas su mirada, que no buscaba ya al rey Carlos, se fijó con demasiada frecuencia y marcado interés en un señor de hermoso y rico talle, que estaba recodado en el apoyo de la ventana detrás del rey. Aquel señor habia llegado ya á la edad viril; su aspecto era bueno, risueño y atrevido; la parte superior de su cabeza, un poco calva, daba amplitud y extensión á su frente, y aunque la gordura redondease un sí es no es con exceso la parte media de su cuerpo, llevaba con gracia su armadura.

Este señor se llamaba Luis, duque de Orleans, y devolvía con usura las ojeadas que la hermosa duquesa de Bretaña le dirigía sin él saberlo, quizá tanto, que se hubiera podido preguntar cualquiera que lo observase si madama Ana de Bretaña no había dejado por él su buena ciudad de Nantes.

Además del duque de Orleans, estaban allí los señores de Foix y de Albret, los dos hermanos menores de Latremouille Guy y Santiago, el mariscal de Gié, que había ido á buscar á madama Ana á Tours, Don José María Lovel, confesor del rey, antiguo prior de los Benedictinos de Miranda; el caballero de Tinteniac, escudero de la duquesa Ana, y el señor Antonio Miron, canciller de Francia.

—Mi querida y amiga señora, decía el rey, que en verdad no pensaba ya en la reina de Saba; me atrevería á apostar que estas graves discusiones os disgustan... preferiríais hablar de bailes, de fiestas, de torneos...

Torpe era á fé mia la pregunta.

—Lo que agrada á mi señor me agrada á mí, respondió con una voz clara y firme la duquesa, y en sus labios de cármin, un tantito abultados, se manifestaba una sombra de desden.

—Mañana, repuso Carlos de Francia, hareis, mi querida señora, vuestra entrada solemne en mi ciudad de París... y voy á deciros si teneis gusto en ello, ¡qué fiestas y qué diversiones!

—¿No convendría saber primero, señor, si es vuestra, en efecto, esta ciudad de París? preguntó madama Ana mirando siempre á Luis de Orleans.

Carlos VIII bajó los ojos ruborizándose.

—Por ventura, mi querida señora, queríais hablar de negocios con nosotros? preguntó casi tímida mente.

—Si no lo tomáis á mal, sí, señor, respondió la duquesa sin titubear.

Luis de Orleans hizo un gesto de admiración...

—Hay gentes que gustan de estas muje-

res de génio; y en cuanto á eso, no seremos nosotros quien nos pongamos á disputar.

Conviene saber que en el momento que el rey Carlos había hablado de fiestas y torneos, queriendo agradar á su esposa, discutian los consejeros de la corona acerca de la oportunidad de tal ó cual medida que toman en la mañana de aquel mismo día.

El canciller Miron había opinado porque el rey pusiera de su parte ante todas las cámaras del Parlamento.

El antiguo prior José María Lovel, ahora obispo de Aulier, respondió de la adhesión del clero con tal de que se hiciera una cosa.

Los dos Latremouille y los señores de Albret y de Foix, proponían ir á buscar al Hotel de Ville al preboste de los mercaderes.

—¿Qué os parece á vos, primo Luis? dijo el rey volviéndose hácia el duque de Orleans, puesto que es tal la voluntad de mi muy querida señora.

Luis de Orleans se inclinó, comparatiendo su reverencia entre el rey y la duquesa Ana.

—Es mi parecer señor, replicó, que no soy yo quien debe hablar, sino mi señora la reina.

Todos los presentes en la real cámara se conmovieron, porque era la vez primera que se daba el título de reina á la duquesa de Bretaña.

Un sonrosado mas vivo coloró las mejillas de la hermosa jóven; sus ojos brillaron de repente, y en seguida se dulcificaron para enviar una mirada de reconocimiento á Luis, duque de Orleans.

Se apoyó con ambas manos en los brazos del sillón del trono, y se puso en seguida en su asiento.

La timidez no era el flaco de la duquesa Ana de Bretaña.

—Si el rey me permite, dijo.

Y como Carlos VIII se inclinase sonriendo, irguió aquella frente indomable,

que había hecho ya doblegar tantas veces el orgullo de los caballeros bretones.

—Tengo entendido, dijo, que hay dos traidores en París... uno el señor Olivier de Graville, supuesto conde de la Marche, y el otro madama Ana, regente de Francia por la voluntad del rey Luis XI.

Los consejeros de la corona palidieron al oír tratar de aquel modo á la que había gobernado el reino durante tantos años.

Carlos VIII frunció el ceño, y solo el duque de Orleans parecía satisfecho.

Por lo visto, le bastaba la aprobación de Luis de Orleans, porque la jóven duquesa prosiguió con imperturbable resolución:

—Por lo que hace á ese Olivier de Graville, mi parecer es que se le ahorque inmediatamente en las almenas de su castillo de la Marche... y en cuanto á madama Ana de Borbon...

Se recogió un instante, cerrando á medias sus ojos, é inclinando á medias su cabeza en ademán pensativo.

Los consejeros presentes contuvieron su respiración.

—Madama Ana es hermana del rey, murmuró el duque de Orleans aterrado é instantáneamente.

—Eso es lo que estoy pensando, repuso la duquesa de Bretaña dirigiéndole un signo de cabeza ya familiar, porque si no lo fuera, también hay almenas en el palacio de San Pablo como en el castillo de la Marche.

—¿Señora! murmuró Carlos VIII un instante.

—No tengais cuidado, respondió la duquesa, ya veremos de conciliar los derechos del trono con los de la naturaleza... mi parecer es, que conviene enviar á madama Ana de Francia uno de los caballeros aquí presentes con palabras de paz.

Todos respiraron como si hubieran salido de un grande apuro.

—Y hé aquí cómo, á mi parecer, esto debe hacerse, continuó la duquesa de

Bretaña, cuyo acento se hacia cada vez mas preciso y dominante.

—El que vaya con esta comision á madama la regente, le dirá: el rey, vuestro señor, os manda reunir el consejo de regencia y presentaros con los señores que le componen en su palacio de Tournelles, en el término de una hora.—Item. El rey os espera en la sala del trono, y os presentareis á S. M. con la corona de Francia en el cogen de terciopelo.—Item. De no haberlo, os intimo á vos Ana, duquesa de Borbon, la orden de N. S. el rey que os señale por prisión la fortaleza de la Bastilla.

Hubo un silencio de estupor, mas Luis de Orleans corrió á Carlos y le besó la mano, exclamando:

—Por Dios y por la Virgen, señor, os digo que sois rey desde ahora, puesto que teneis una reina como esa.

Una hora despues, minuto por minuto, la puerta principal del palacio San Pablo abria sus dos hojas, y madama la regente salia de á pié, rodeada de su Consejo. Detrás de ella, Amauri de Arcourt, senescal de Francia, llevaba la corona cerrada en una caja sobre un cogen de terciopelo. Mailly, Grimaldi, Estauteville Montucigu, escuderos de madama Ana, seguían al consejo.

El sol se levantaba detrás de la Bastilla, lanzando á lo lejos la sombra de los ocho torreones simétricos; el pueblo afluia ya á la calle de San Antonio, y la hija de Luis XI atravesó el corto trecho que separaba los dos palacios reales entre una doble fila de curiosos.

El mariscal de Gié, que se había encargado de llevarle el mensaje del rey ó mas bien el de la jóven duquesa de Bretaña, venia con los del cortejo.

Luis de Orleans había declinado este honor diciendo que su presencia seria por sí sola un grande pesar para madama de Beaujeau.

El cortejo atravesó el patio principal del palacio de Tournelles, donde estaban for-

mados en doble fila los hombres de armas y guardias del rey.

Cuando madama la regente se presentó ante el tapiz, flor deliseado de oro, que servia de portier á la cámara de su hermano Carlos, era tiempo ya en verdad, porque de la parte de adentro Ana de Bretaña señalaba con su dedo impaciente la muestra del reloj y decia frunciendo el ceño.

—Cinco minutos ya desde que ha pasado la hora.

La llegada de la regente, anunciada con solemnidad por los ugieres del rey, sereno la frente de la jóven duquesa, que se levantó para ir á recibir á su cuñada, y dijo con franqueza, saludándole cordialmente:

—Pláceme, señora hermana, de veros aquí á cumplir vuestro deber.

Ana de Beaujeau miró á aquella jóven desconocida que la llamaba su hermana y que hablaba delante del rey, mas no preguntó su nombre porque habia oido hablar de la hija de Francisco de Bretaña.

Le saludó con resignacion; su reinado habia concluido.

Acaso habia pensado alguna vez ser reina, y algunos dicen que no era estraña la ambicion á las proposiciones hechas por ella á Luis, duque de Orleans, en quien recaia la sucesion legítima del trono, si Carlos VIII moria sin descendencia.

Mas sus proposiciones habian sido rechazadas, y su audacia no habia llegado hasta intentar un golpe de estado cuando el mal andar de los antiguos Armagnac hacia posible la usurpacion. Ahora venia de buena voluntad á ofrecer su dimision.

—No se me habia anunciado la llegada de mi señora hermana, dijo efreciendo su mano á la duquesa de Bretaña, y tengo una grandísima satisfaccion en ver que madama mi hermana es mas hermosa, mas cabal aun que lo que preconizaba la fama.

—Señor, añadió en seguida volviéndose hácia el rey, aquí tenéis la corona que

nuestro padre Luis confió en depósito á mis manos.

El senescal de Arcourt se acercó el ogin donde iba la corona cerrada, y madama Ana de Francia puso una rodilla en tierra ante el rey.

—Señor, añadió, mientras que Carlos tomaba la corona de manos de Douc Lavel:

—Sé dichoso y afortunado como mi corazon lo desea.

—Gracias, mi señora hermana, dijo Carlos poniéndose la corona.

Y sus ojos se volvieron hácia su futura esposa, como para decirla:

—En lo sucesivo, sois mi consejo; ¿qué hay que hacer ahora?

Ana de Bretaña no le dejó vacilar.

—Pues que todo va á pedir de boca, dijo, de lo que yo doy mil gracias á Dios, es preciso ahora que madama la regente monte á caballo, á fin de acompañar al rey, que va á mostrarse al pueblo de su buena ciudad de París.

—Milagro, milagro, pensaba el duque de Orleans; hé aquí una muchacha capaz de jugar con el cetro como nosotros con el baston ó el taco en una mesa de billar.

—A caballo, á caballo, señores, añadió en voz alta. Cada palabra de madama la reina es como una antorcha que ilumina nuestras tinieblas.

Ana de Bretaña frunció el ceño, pues gustaba poco de frases; era la primera vez que aquel buen duque de Orleans le desagradaba.

—No se trata aquí de antorchas ni de tinieblas, primo, repuso vagamente; lo que yo digo es que conviene hacer el hierro mientras que está caliente.

—Si esta hubiera sido la hija de mi padre, dijo para sí madama Ana de Beaujeau con algun desprecio, creo que á pesar de la ley sálica, el cetro de Francia hubiera podido degenerar en rucca.

—Tal vez, pero la rucca hubiera sido de bien templado acero, como la mejor espada.

II.

LOS CABALLOS DEL REY.

El sol se reflejaba en los cristales de la galería principal que se estendia al Oeste del patio de honor; fuera se oian los gritos tumultuosos del populacho, que presentia un dia fecundo en aventuras. En el recinto del patio pisaban los caballos y se preparaban con grande solemnidad los que habian de montar las personas reales.

La noche precedente habia sido mejor empleada que muchos dias; Luis, duque de Orleans, habia hecho venir la tarde anterior fuerzas armadas de todas las provincias vecinas; los señores del antiguo partido de Armagnac, levantando sus banderas, habian acudido al llamamiento de su jefe, y podian apostarse mil contra uno á que la revolucion que se anunciaba iba á ser, como de costumbre, el triunfo de una faccion.

El rey, en efecto, no entraba allí para nada; era el partido de Orleans, que iba á suceder al partido de Borbon, y nada mas. Solo que omitian en sus cálculos los que pensaban así un elemento nuevo que acababa de llegar á la corte de Francia; no pensaban en la jóven-venida del país de Bretaña en compañía del mariscal de Gié, ignorando, por lo visto, la historia del famoso *el primero que me gruñó!*...

Desde el dia en que la duquesa Ana habia pasado el Loyre y el escudo de Armiños se habia asociado á las armas de Francia, ompezó una era nueva; era como si una sangre jóven se hubiese trasfundido á las venas de la monarquía valetudinaria; no habia ya ni Borbon, ni Armagnac, ni

III

Orleans, ni Borgoña. Desde que Ana de Bretaña estaba allí ocupando la mitad de su trono, no habia allí mas que trono.

El duque Luis de Orleans habia trabajado aquella noche por ella, y de mejor gana lo hubiera hecho quizá si antes lo hubiera sabido.

Los hombres de armas de Graviile habian perdido toda la parte septentrional de París; los soldados de Orleans eran dueños del Louvre desde media noche, con lo que el rey era dueño del recinto desde la torre de Villy, tras la isla de Louviers hasta la torre del Bozque del lado de allá de Santo Tomás del Louvre. Estaban tambien por él la isla de la Citté, la Tournelle y el recinto del Mediodia hasta la puerta de Santiago.

Graviile y sus partidarios, abandonados por madama la regente, estaban reducidos á aquella porcion de la ciudad que se estendia desde la calle de la Harpe hasta la torre de Nesle: sus soldados se habian atrincherado en el castillo de la Marche y en el recinto mismo de la bahía de San German de los Prados.

No era el ánimo de la jóven reina hacer aquel dia su entrada triunfal en París.

La primera vez que iba á pasear las calles de la capital queria guardar el incógnito á fin de ver mejor y de ser menos vista.

El efecto que se proponia conseguir con el paseo, dependia de la presencia de madama la regente, marchando al lado del rey, y Luis de Orleans habia tenido razon para admirar la idea, porque si Graviile conservaba algun prestigio, lo debia á la opinion bastante generalizada de que madama Ana de Borbon le sostendria cuanto pudiese.

Al salir del gran patio del palacio de Tournelles, bajó la cabalgata por la calle de San Antonio con direccion al cuartel de los Mercados.

Los dos hermanos la Tremoille abrian la marcha al frente de los alguaciles de armas y maceros de la guardia. El rey iba en seguida con cautela de señores, y á un

lado madama la regente, que llevaba su caballo segun la etiqueta, y al paso del caballo del rey, pero á una cabeza de distancia.

Lo que en París quedaba de duques y pares: D. José Maria Lobel, que era sin disputa el mas poderoso de todos despues de la reina, el Consejo de regencia, el canceller, el gran general y los vasallos principales de la corona marchaban en seguida guardando cada uno el puesto que por su rango le correspondia.

Detrás de ellos iban Luis, duque de Orleans, y Ana de Bretaña.

Seguia á todos una muchedumbre innumerable de gente armada, guiada por sus capitanes, y en cuyas lanzas ondeaban alegres banderolas como prenda anticipada de victoria.

—Primo, decia Ana de Bretaña al duque: muy mal habeis hecho en llevar al rey á esa mascarada indigna.

Luis de Orleans iba contándole á petición suya lo que habia ocurrido la noche precedente en los jardines del rey Salomon. Escusado es decir que Luis de Orleans no llevaba su franqueza hasta el punto de narrar qué colores galantes habia enarbolado en su sombrero Carlos de Francia.

—El rey lo quiso, madama, respondió á la observacion de la gran reina.

Esta reflexionó un instante, y luego añadió con voz firmemente acentuada.

—Eso ya es otra cosa, mi señor primo; lo que el rey quiere hay que hacerlo.

El duque de Orleans no pudo menos de sonreirse, porque traducia así el pensamiento de madama Ana. El rey querrá lo que yo quiera, con que es preciso obedecer al rey.

La interesante reina se sonrojó ligeramente y se mordió el labio, mirando á su querido caballo.

—Yo, primo, dijo ella, me acordaba pronto á ver en su pasear, no he dicho eso por mi sino por la corona de Francia.

El duque de Orleans continuó su reci-

tacion, y cuando llegaba el momento crítico en que Thibaut de Ferrieres habia separado al rey de los once caballeros negros, se observó un movimiento súbito y tumultuoso entre los espectadores que de uno y otro lado ocupaban la calle de San Antonio.

—Desenvainé la espada, señora, decia el duque de Orleans, y grité con toda la fuerza de mis pulmones: ¡el rey! ¡salvad al rey!

—En nombre de Dios, monseñor, respondió en este momento una voz entre la muchedumbre, ¿no salvaríais vos á vuestra voz al que salvó al rey?

El duque Luis y Ana de Bretaña detuvieron sus caballos al mismo tiempo; el duque se volvió y miró asombrado hácia el sitio de donde habia venido el apóstrofe, que era hácia la embocadura de la calle Geoffroy-Lasnier.

La muchedumbre de curiosos llenaba la embocadura de esa calle, y se veia entre el gentío á un hombre armado con uniforme de Graville, el cual se defendia valientemente de los ataques de la muchedumbre.

—¡Es uno de los perros de la Marche! se gritaba un bribon que estaba ahí para acechar al rey.

Y los porrazos llovian sobre el casco, por fortuna suya de doble chapa de hierro, y la casaca del pobre hombre; habia conseguido sacar su espada, pero no podia servirse de ella, anegado como estaba entre las olas de la multitud.

—¿Qué es lo que quieres de mí, hombre? preguntó Luis de Orleans volviendo su caballo hácia la calle Geoffroy-Lasnier.

El hombre armado acaba de hacerse hueco pinchando con su espada los fiñones de dos ó tres truanes.

—Monseñor, respondió, haécid que se me deje paso... yo soy Geromo Ripaille, antiguo soldado de Armagnac, y me habeis visto de cerca en el combate de Ausona.

—¡Geromo Ripaille!... repitió el duque de Orleans; me parece que recuerdo ese

nómbre... quietud, buenas gentes, y dejad paso.

Las filas de la muchedumbre se abrieron en el instante, y al mismo tiempo ocurría una revolucíon en el cortejo, causada por la vuelta del rey y madama la regente, que se acercaban para ver lo que sucedía.

—Dios os guarde, monseñor, exclamó alegremente Geromo cuando se vió libre.

Y en seguida, fijando sus atrevidos ojos en la hermosa duquesa, añadió: ¡no sabia que os hubiéreis casado!...

Ana de Bretaña se sonrosó por segunda vez, y espoleó su caballo hácia el rey Carlos, que se aproximaba.

—¿Qué decias ahora del que salvó al rey? preguntó el duque de Orleans.

El porte de Ripaille estaba no poco descompuesto, pues sus vestidos estaban cubiertos de sangre y de polvo, tante que el duque Luis lo examinaba con cierta desconfianza.

—En cuanto á eso, murmuró Geromo respondiendo á este con desconfianza, aunque no se lo hubiese manifestado con palabras, no estaba ni mas limpio ni mejor portado en Ausona, cuando aquel picaro Borgoñon os tenía la daga al cuello, monseñor.

—¡Ah! ¡ya me acuerdo!... exclamó el duque, mas Geromo le interrumpió sin miramiento.

—Enhorabuena, dijo, es cuanto basta, porque no vengo á contaros esa historia, monseñor... pero puesto que os acordais de tiempos tan antiguos, no habeis olvidado que anteanoche disteis un abrazo á un jóven que acababa de poner valientemente su pecho ante el pecho del rey.

Carlos VIII estaba ya allí con madama la regente, que permanecia silenciosa y triste, como si todo en lo sucesivo debiera serle ya indiferente. El recuerdo del peligro en que habia estado hizo palidecer al rey, y madama Ana de Bretaña, que venia detrás, escuchaba y miraba atentamente.

—¡Un guapo chico á fé mia! exclamó Luis de Orleans; de porte y cara de príncipe... ¿no es así, señor mió?

Al decir esto, se habia vuelto hácia Carlos de Francia, que hizo una señal afirmativa de cabeza, aunque indiferente, y bajó los ojos.

—Buen hombre, dijo Luis de Orleans poniendo la mano en el hombro de Ripaille y bajando la voz; yo he dicho á ese interesante jóven que si acaso el rey se olvidaba, yo tendria memoria por ambos.

—¡Vos, monseñor, murmuró Geromo Ripaille, sois un caballero!

Las cejas de la jóven duquesa estaban violentamente fruncidas, y cuando madama Ana de Bretaña fruncia las cejas de aquel modo, no estaba buena de ver.

—Efectivamente, decia ella para sí mirando alternativamente á Carlos de Valois y á Luis de Orleans; este es un caballero... mas el otro...

—Si está en peligro, prosiguió el duque, dime su nombre, buen amigo, y á fé de cristiano, haré lo que sea preciso para salvarle.

Geromo permaneció un instante como suspenso y recogido en sí mismo; la solemnidad del momento le imprimia una especie de dignidad desconocida.

—Se llama... Juan de Armagnac, dijo en fin con voz grave y pausada.

Al oír este nombre, se levantó un gran murmullo entre los vasallos de la corona y entre los caballeros. La regente se estremeció; el rey levantó la cabeza con asombro, mientras que el duque Luis de Orleans no dejaba la brida de su caballo, para juntar las dos manos con todas las señales de una emocion profunda.

—Juan de Armagnac!... repitió. Mas ese nombre no lo puede llevar nadie mas que el hijo de mi primo Santiago de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, el cual fué decapitado traíderamente en la plaza de los Mercados ante el cementerio de los Inocentes, cuando yo estaba desterrado.

—El jóven de quien yo hablo, replicó

Geromo, es el hijo de vuestro primo Santiago y de la duquesa Isabel. Pero si queréis que sea un día conde de la Marche y duque de Nemours, como su padre, dáos prisa á seguirme, monseñor, porque está en gran peligro de muerte!

—¿En manos de Gravelle tal vez? exclamó el duque palideciendo.

—¿En manos de Gravelle contestó el soldado Geromo.

El duque de Orleans se dirigió hacia el rey.

—Señor, le dijo con respeto, os suplico me permitais alejarme con algunas de vuestras lanzas para sacar de las garras de ese demonio la flor de la nobleza francesa á nuestro comun primo, señor, el hijo del mas ilustre caballero que he conocido en mi vida, el hijo de Santiago de Armagnac, duque de Nemours.

El rey guardó silencio, y la regente tuvo tiempo de decirle á hurtadillas algunas palabras al oído.

Fué mi honrado padre quien refirió al parlamento la conducta desleal y traidora de Santiago de Armagnac, balbuceó el niño coronado.

—Pues reunid vuestro parlamento, exclamó Orleans, cuyo rostro se encendió de cólera para que me juzgue á mí tambien, señor, porque todo lo que ha hecho Nemours, mi hermano y amigo, lo hice yo tambien.

Carlos temblaba ya; la regente bajaba sus ojos bizcos y solapados, cuando Ana de Bretaña se adelantó con la cabeza erguida, y se colocó entre el duque y el rey.

—Primo Luis, le dijo, el rey quiere que tomeis cien lanzas de entre sus compañías, y que vayais adónde vuestro corazón os diga... Salvad á Juan de Armagnac, primo, no porque sea hijo de su padre, el cual fué un rebelde...

El duque levantó la cabeza, y Ana repitió duramente: el cual fué un rebelde... sino porque Juan de Armagnac ha protegido la vida del rey nuestro señor.

El duque abrió la boca para responder

con arrogancia quizás; mas su mirada y la de Ana de Bretaña se encontraron. Las cejas de la joven reina se dilataron, y hubo como la sombra de una ligera sonrisa en sus labios severos.

Luis de Orleans se inclinó sobre su mano, que besó. Algunos buscaron, durante mucho tiempo, la razón de esta capitulación repentina, porque Ana de Bretaña le había tratado con dureza... otros creyeron tambien que los labios del señor duque apoyaron sobre la mano de la joven reina mas tiempo y con mas insistencia que lo que las circunstancias exigían.

Cuando se levantó, exclamó:

—¡A mí las lanzas de Champagne!

Cien hombres de armas, al frente de los cuales iba el mas joven de los hermanos Tremoilles, se presentaron á sus órdenes.

—¿Dónde está mi primo el joven Juan de Armagnac? preguntó el duque á Geromo Ripaille.

—¡Ah! monseñor, respondió el soldado: ¡eso Dios lo sabe!... lo que podemos hacer es tomar por asalto la ciudadela de Gravelle á fin de encontrar al que buscamos.

Orleans movió la cabeza con aire indeciso: en seguida saludó al rey, á la reina, picó espuelas y echó á galope por la calle de Geoffroy-Lamier. Geromo Ripaille que se había procurado un caballo, le siguió de buena gana y se vió muy pronto á los cien lanceros de Champagne capitaneados por Tremoille, el menor correr á todo escape á lo largo de la ribera derecha del Sena.

El cortejo real continuó su marcha al son de los clarines que precedían á la procesion: la duquesa de Bretaña que iba ahora sola y pensativa, decía para sí:

—¡Si fuera aquel el rey!...

III.

JUAN MORENO.

Nos es preciso retrogradar algunas horas y volver al sitio mismo donde principié nuestra historia.

Las primeras luces del crepúsculo doraban apenas las nubes del Oriente y reinaba aun sobre la tierra la noche, y los alrededores del castillo de la Marche estaban sumergidos en profundo silencio.

A unos tres ó cuatrocientos pasos de las murallas, á lo largo del canal llamado el pequeño Sena, y hacia las inmediaciones del Prado chico de los Clérigos, se veían lucir acá y allá algunas hogueras moribundas. Tres ó cuatro compañías de hombres armados que no habían podido acomodarse en el castillo, vivaqueaban en aquellos sitios.

Otras hogueras se divisaban en las cercas de Bruneeu hacia San Sulpicio y la puerta de San German, con el campamento de los soldados de Gravelle que aquella misma noche habían sido desalojados de sus puestos al Norte de París.

Reinaba el desaliento entre aquellas tropas ya vencidas: soldados y jefes rendidos por el cansancio dormían, y los que estaban despiertos cuchicheaban en torno de las casi apagadas hogueras, y se decían, moviendo la cabeza, que nadie había visto al señor Olivier de Gravelle en el lugar del combate.

Algunos habían querido penetrar en el hostal de Pavot, estaba cerrado y guardado como una fortaleza. Había dentro á lo que se decía prisioneros y enfermos. Nadie sabía el nombre de los prisioneros: los

noticieros aseguraban que el buen hostalero Pavot había cedido su cama al capitán Vicente Taquino, el cual había perdido un brazo en la refriega.

—¿En qué refriega? Ese era el misterio, porque el señor Vicente Taquino no había parecido mas que el señor Olivier de Gravelle en la que se había tenido con los hombres de armas de Orleans.

Estaba ya muy lejos la función de la víspera y parecía que hubjese pasado un siglo sobre aquellas espléndidas y locas magnificencias. Sin embargo, había algunos que suponían que Gravelle había prolongado la farsa hasta aquella noche sangrienta, y que su ausencia era motivada no se sabía por qué aventura amorosa.

La hermosa entre las hermosas madama Blanca de Armagnac, que se había fugado á la hora de la queda, había entrado en París por la puerta de Bucy, y había ido á una cita misteriosa á la iglesia de Notre-dame.

Desde entonces, según unos, madama Blanca no había vuelto á parecer: según otros, estaba en aquel momento cautiva en el hostal de Pavot.

Pero, en definitiva, todo esto importaba poco; eran muy insignificantes sucesos al lado de la gran batalla que según todas las apariencias iba á darse en aquel mismo día quizás en cuanto amaneciera.

Los soldados de Gravelle se preparaban para esta batalla sin entusiasmo y sin calor: estaban dispuestos á batirse porque ese era su oficio, pero mas de uno pensaba ya en los medios de hacer su paz, es decir, de procurarse otra conveniencia, caso de desgracia.

Entre las cercas de la abadía de San German y la pequeña tapia que circundaba el huerto del hostal de Pavot, había un taller nuevo cuyos árboles habían suministrado su contingente al fuego de los vivaques; este taller no distaba mas de unos cien pasos del campamento del Prado de los Clérigos.

Cuando los primeros albos del crepúsculo penetraron entre los brotes de las en-

cinas se hubiera podido ver medio echado sobre el musgo un hombre en traje de soldado, armado á la lijera y que parecia revoltado de cansancio. Tenia el codo apoyado en el ciprés perlado de roble, su pecho se levantaba con sobresaltos convulsivos, y una respiracion penosa silbaba en su garganta; tenia la cabeza descubierta, y sus cabellos largos y lisos todos empapados en sudor, caian en madejas apiladas sobre sus espaldas.

—Llora, decia para sí, mientras que su mano descarnada enjugaba una lágrima en sus párpados: estará allí sola arrodillada en el reclinatorio contando las horas, contando los minutos y procurando encontrar la oracion que huye de sus labios mudos... llama á su hijo ¡ay! á su pobre hijo tan querido: ¡lo único que la quedaba en este mundo!

El soldado pasó las manos por su frente bañada de sudor frio.

—¡Porque si ella fué feliz entre todas, se interrumpió con una especie de desesperacion, bien lo ha espiado, Dios mio! ¡bien ha espiado esa felicidad que todo el mundo la envidiaba... quince años ha pasado ocultando á su hijo en la pobreza humilde... y tan largo esfuerzo ha bastado una hora para malograrle!

Se puso en pié con ambas manos, se apoyó al tronco de un árbol, y su alta talla encorbada se aplomaba vacilante.

—Y soy yo, continuó con voz sorda, yo, que en mi orgullo me creí el mas fiel de los servidores, el que Dios ha escogido para ser instrumento de esta fatalidad... no, no; madama Isabel no me llama en esta hora no, no; madama Isabel no dice en este momento: ¿dónde estás, tú, Tranquilo? mi pobre amigo, tú que me has consolado en la aflicción... madama Isabel me mal dice, tiene razon... ¡qué haría yo si fuera madre con el que hubiera asesinado á mi adorado hijo!...

Sus rodillas se doblaron y quedó tras tornado sobre el musgo.

En lo mas profundo de su angustioso dolor el pobre Fray Tranquilo era siempre

el mismo: el delirio se mecía sobre el pronto á apoderarse del defecto de su pensamiento y á penetrar en el seno mismo de su desesperacion.

Permaneció un instante inmóvil, y luego su voz cambió y su cabeza se inclinó sobre el pecho mientras que murmuraba:

—¡Un hijo!... ¿no tengo yo un hijo, no tengo una hija tambien?... ¿y por qué no habia yo de amar á mis hijos como á los otros?... ¡este corazon, este pobre corazon!... añadió oprimiéndose el pecho con ambas manos, ¡no ha sido atormentado bastantes veces con el recuerdo de dos pobrecitas cunas!... ¡cómo se sonreian el hermano y la hermana!... ¡arbores hermanos como ángeles, ambos parecidos á Marion, mi desventurada esposa!...

El pobre hombre se estremeció y parecia que buscaba un fantasma en las sombras.

—¿Sé yo, por ventura, lo que he visto hace dos dias? prosiguió moviendo su cabeza con desaliento: ¡sé yo, por ventura, si estoy en mi juicio ó si se ha apoderado la locura de mí?... ¡yo he visto dos niños, eran mis hijos!... ¿los habré visto en su niñez?...

Permaneció otro rato en silencio, durante el cual pudieron oirse á lo lejos los gritos perdidos de los centinelas y el cántico de las aves que saludaban la luz del dia.

Cuanto mas Tranquilo procuraba poner en orden sus recuerdos, mas su pensamiento rebelde se escapaba y desvanecía.

—Esta noche, prosiguió la jóven y el jóven... la jóven que ha sostenido á mi señorito Juan en sus brazos... el jóven que ha herido al infame Tarquino de tan violento taó... ¡ah, no es muy positivo! ¡ah! exclamó, hay un velo en mi inteligencia... yo no veo sino fantasmas... lo que es verdad, lo que yo no puedo dudar, es que he visto al hijo de mi ama y señora bañado en torrente de sangre... lo que es verdad, y de que no puedo dudar, es que han robado á Armagnac moribundo, y que en el momento este, que me encuentro impotente y

octoso, los miserables ya están abriendo su tumba.

Se levantó de nuevo, sacudió su cabellera como el leon que va á combatir agita sus crines.

—Y sin embargo, yo soy fuerte, exclamó con una exaltacion repentina: yo no lo sabia, no sabia yo que era fuerte... si hubiera ido derecho á Tarquino le habria hendido el cráneo como voy á dividir en dos á este árbol... si es mi voluntad.

Habia cogido con ambas manos la espada, que dejó caer sobre el tronco de una encina nueva con una violencia terrible, cortándole al través como si hubiera sido el blando tallo de una espadaña.

—¡Oh! ¡oh! dijo, una voz chancera á sus oidos: ¡la cabeza de maese Vicente no es tan dura como eso!

Tranquilo se volvió sobresaltado como un hombre que despierta. Vió al lado de sí á aquel jóven soldado que su memoria evocaba un momento antes mas su quebrantado espíritu no estaba para seguir su desvario; y el aspecto de aquel jóven trajo á su imaginacion á Juan de Armagnac perdido.

—¡Sois vos!... murmuró dejando caer su espada. Os he auido buscando mucho tiempo por la orilla del Sena y aire edor del castillo... me habiais dicho que estabais seguro de encontrarle.

Juan Moreno, pues era él, examinaba con atencion el tronco de la encina cortado.

—Pobre de mí... murmuraba, ese tajo hubiera hendido á un gigante desde el cráneo hasta los riñones.

—En cuanto á lo que decís, buen hombre, replicó, si es que habeis recorrido á lo largo de la ribera y por los tallares, yo no he ahorrado tampoco mis piernas ni lo demás. Cuando os dejé allá delante del Louvre no se oia ya el galopar de los caballos, y sin embargo no tenia otra cosa que pudiera guiarme en mi persecucion. Me puse yo tambien al galope, aunque no tuviera caballo, y me lancé hácia la torre que hace esquina, bien persuadido de que

III

la barca debía esperar á las inmediaciones... no me encañé, pero cuando hube llegado, ya los bribones estaban en la barca y navegaban por medio del rio.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!... murmuró Tranquilo, ¿y no habia otros bates amarados bajo la torre que hace esquina?

—Ni una tabla siquiera, replicó Juan Moreno.

—¿Es decir que tuvisteis que esperar la vuelta de la barca? dijo Tranquilo con desaliento.

—¡Cá, hombre, exclamó el antiguo pajo riándose á carcajadas: tocad no mas esa cascaca y vereis si tengo necesidad de barquero para cruzar el rio.

Tranquilo tocó los vestidos de Juan Moreno, que el rocío de la noche no habia dejado secar.

—¡A nado! exclamó el pedagogo con acento de grande admiracion... ¿habeis cruzado el Sena á nado?

Y apoyó sus dos manos en los hombros del jóven.

—Segun eso, ¿le quereis mucho? balbuceó.

—Creo, buen hombre, que no le querria mas si fuese mi propio hermano.

—¿Y hace mucho tiempo que le conocéis?

—Desde anteayer.

—¿Y cómo os habeis conocido?

—Tirándonos estocadas y mandobles.

Tranquilo retrocedió asombrado: estas costumbres no eran las suyas, y su espíritu grave no podia entrar en esta corriente de ideas.

El lector ha comprendido que en la relacion de Juan Moreno se trataba del momento en que Fray Tranquilo, Geromo Ripaille y él habian quedado solos envueltos en las tinieblas, sobre el campo de batalla abandonado por los compañeros de Tarquino.

Despues del primer instante de estupefaccion, todos procuraron darse cuenta de la situacion en que respectivamente los colocaban sus circunstancias y sus afeciones. Juan Moreno partió el primero juran-

3

do á Dios que no habia de parar hasta alcanzar á Vicente Tarquino y sus espólitastas; Geromo Ripaille habia echado á correr por el lado opuesto dando la vuelta por los muros del Louvre para entrar por la puerta de San Honorato.

Tranquilo se acordaba vagamente de que Geromo le habia dicho al dejarle:

—Si consigo ver á monseñor el duque, todavía hay esperanza.

Mas la inteligencia del pobre Tranquilo estaba á la sazón bastante trastornada para que pudiera figurarse que estas palabras tuviesen alguna relacion con lo que aquella mañana habia contado á Geromo Ripaille. Y á decir verdad, ni aun se acordaba siquiera de haber contado á su primo el desenlace de la famosa fiesta hebrea; la batalla entre los caballeros negros y las gentes de armas de Graville, y el abrazo de Luis de Orleans á Juan de Armagnac que habia salvado al rey.

La acción de Juan Moreno, persiguiendo á los compañeros de Vicente, le absorbía completamente la atención: y fué á Juan Moreno á quien él siguió y á quien toda la noche anduvo buscando, sin acordarse ni una sola vez de su primo Geromo Ripaille.

—¡Tirándolos estocadas y mandobles!... repitió, respondiendo á las últimas palabras del antiguo paje; pero como he visto ya muy poco el mundo, hay muchas cosas que no comprendo.

—El agua no está fría en este tiempo, prosiguió alegremente Juan Moreno: llegué á la otra orilla casi al mismo tiempo que la barca que se anegaba bajo el peso de los pícaros de que iba llena... Allí pude ver á mi hermano Juan Rubio atravesado en el caballo de Pedro, y á madama Blanca echada sobre el pescuezo del caballo de Raoul... Por lo que hace á Vicente Tarquino, iba mas pálido que una festuca; la tierra húmeda que se habia caído de su bebida no le permitia que la sacara; y cuando se movía se sostenía á caballo con mucha dificultad, y mas de una vez creía que iba á caer al suelo.

—¡Pero Juan de Armagnac?... interrumpió Tranquilo con impaciencia, habládme de Juan de Armagnac.

El semblante desengañado del paje tomó un aire pensativo que no le era familiar.

—¡Pero de veras se llama Juan de Armagnac?... murmuró.

En seguida hizo un movimiento de cabeza como si quiera apartar una idea importuna, y prosiguió con el tono resuelto que le era habitual:

—¡Cuatro piernas corren mas que dos, buen hombre!... en cuanto ganaron la orilla echaron á escape los tunantes, y todo lo que pude hacer fué no perder enteramente la pista.

—Segun eso, ¿sabeis dónde está? exclamó Tranquilo.

Juan Moreno hizo una señal de afirmación.

—Bien puedo decir que no me ha costado poco trabajo el saberlo, continuó: los perdí de vista al llegar al Prado de los Clérigos y no hice grandes esfuerzos para alcanzarlos, porque me figuré que irían derechos al palacio de la Marche... era casi media noche cuando llegué ante el puente levadizo del castillo, y estaba oscura la noche como boca de lobo, sin verse una luz por las ventanas. El castillo parecia muerto... solo que al aproximarse al foso un disparo de ballesta silbó á mis oídos, y luego dos y luego tres, que debieron convencerme de que habia gentes vivas sobre los muros.

En consecuencia, me tendí en la yerba, medio poco á propósito para enjugar mi pícara casaca que me enfriaba hasta la médula de los huesos. Así permanecí mas de una hora; pero como con esto no adelantaba nada los negocios de mi amigo, Juan Rubio, me fui gateando todo en torno de los muros para buscar la manera de darles un golpe, y cuando no estaba en posición para abrirlos, y mas de una vez he entrado en

palacio por ese camino, después de alguna alegre escapatoria.

Pero la poterna estaba cerrada con barras á lo interior, y como tratase de abrirla otros dos ó tres disparos de ballesta vinieron por allí rompiendo las ramas de los árboles que hay alrededor.

—¡Qué diablos! ¡parece que llorvan esta noche bajo los muros piedras y venablos!

No habia ya mas que una manera de acabar, y era volver al puente levadizo y esperar á que saliese una ronda y colarme entre los soldados, que son mis camaradas. Gracias á esto, media hora después ya estaba en la sala de armas de la Marche.

Tranquilo respiró como quien procura desahogar su pecho comprimido: se figuraba que iba á saber lo que queria.

—Mas el diablo tenia parte en ello, buen hombre, continuó diciendo Juan Moreno, como vais á ver; nadie habia visto en el palacio á Vicente Tarquino, ni á su prisionero ni á madama Blanca.

Pero allí supe que el soldado Raoul habia venido una hora antes á buscar á maese Annibal Cola, rapista y bañero, perfumista y destilador de quintas esencias, envenenador de ratas y curandero de hombres para asistir á un enfermo, que no es otro que el mismo maese Vicente Tarquino.

Como veis, habia perdido el tiempo: mas si la poterna, atrancada por dentro, habia podido desafiar mis escasos recursos cuando estaba fuera, podia abrirla muy bien cuando estaba dentro.

Salí, pues, por allí y continué mis investigaciones.

Todavía no hace una hora de esto: vine rodando hasta el hostal del buen Pavot, á quien Dios confunda, y lo encontré cerrado como una casa fuerte, con centinelas á la puerta.

La receta es siempre la misma: cuando no se puede entrar por delante, se dá la vuelta para ver si se puede entrar por detrás.

—Dí, pues, la vuelta, y allí sí que vi muchas cosas buenas...

—¿Qué visteis, pues, jóven? preguntó Tranquilo, que sudaba á chorros.

—¿Conoceis á Mirette?... dijo Juan Moreno con voz meliflua; es la mas linda chica que hay en París.

A tal salida, no nos cabe duda que si el buen Fray Tranquilo hubiera sido capaz de jurar ó blasfemar, hubiera echado allí la mas tremenda que le hubiese venido á los labios.

—No, yo no conozco á Mirette, dijo secamente.

—Tanto peor para vos, buen hombre. Mirette es la hija de la posadera de la Urraca, en el barrio de los Mercados, la cual está casada con maese Pavot, el del Hostal de junto al palacio de la Marche... y Mirette, á quien no conoceis, va á ser nuestra providencia, porque sin ella no me veriais tan alegre, porque no sabria cómo poder servir á mi hermano Juan Rubio.

—Por Dios, explicaos de otra manera, que me haceis morir de impaciencia, interrumpió Tranquilo, cuya angustia era visible.

Juan Moreno le miró sorprendido.

—Pues se me figura, replicó, que no hablo en griego ni per parabolas... pero si lo que queréis es saberlo todo de un golpe, buen hombre, os lo diré.

Conozco así tal cual la casa de que se trata, porque la he frecuentado mas quizá de lo que convenia... detrás del salon de despacho hay tres habitaciones, y las tres las encontré iluminadas, y me pasé de puntillas para ver lo que habia dentro.

Y vi en la primera á maese Vicente Tarquino en manos de su respetable pariente maese Annibal Cola, el cual estaba curando á maese Vicente, que torcía la boca como un hombre que renega de Dios sobradamente y por estambre.

En la segunda habitación, vi á la hermosa Mirette, de quien os hablaba antes en compañía de un simphon, llamado Simouot, á quien pienso fundir las costillas

á la primera ocasion, por cosas y causas que no son del momento.

En la tercera habitacion, por fin vi á mi hermano Juan Rubio acostado en una buena cama con el semblante un poquillo descolorido, pero durmiendo como un bienaventurado.

Tranquilo cruzó las manos á la altura de su pecho; miraba al cielo con ojos preñados de lágrimas en actitud de dar gracias á Dios, y en seguida echó á correr á todo el correr de sus zancas enormes, en direccion del Hostal de Pavot.

Juan Moreno echó á correr tras él, y lo detuvo por el brazo.

—¿Pero á dónde vais, buen hombre? exclamó riendo, ¿se os figura que habia yo de estar aquí charlando como lo he hecho, si no tuviéramos sobrado tiempo?... escuchad, escuchad, que tengo aun mucho que decir.

Mientras que estaba yo pensando en cómo me compondria para llamar la atencion de Mirette, sin despertar las sospechas de ese bostion de Simonot, maese Vicente empezó á dar desaforados gritos, pues, á lo que parece, su primo Annibal Cola no tiene la mano muy ligera que digamos.

Volví, pues, á la primera ventana, y vi á Vicente Tarquino echando espuma por la boca, que se habia puesto en pié sobre su cama, y á quien los ayudantes del charlatan apenas podian sujetar.

Decia que se ahogaba, y pedia aire.

Abrieron, pues, la ventana, y pude oir entonces todo lo que se hablaba dentro.

—¡Ah! que me ponga el diablo bajo mi mano á ese miserable Juan Roland, rugia Tarquino frenético; lo he de sacar ambos ojos, lo he de comer las entrañas y he de hacer enrojecer al fuego mi daga para clavarla en el corazon.

—¿Quién es ese Juan Roland? preguntó Tranquilo estupefacto.

—Soy yo, buen hombre, respondió el antiguo paje, pero... no hagais caso.

El pobre hombre delira, y lo de menos

es que se desahogue un poco contra el que le ha dejado manco.

Algo peor es lo que decia cuando ya se cansó de vomitar blasfemias á vueltas de mil amenazas contra mí.

—Pero al fin tengo al otro, decia; nadie podrá arrancármelo de entre las uñas, y él pagará por todos.

—¡Y decís que tenemos tiempo!... exclamó Tranquilo con los cabellos erizados; ¡ah! Vicente Tarquino es un tigre, que va á devorar á mi pobre señorito.

—Calma, calma, dijo Juan Moreno; ya iremos cuando sea necesario... por de pronto, el tigre está azorrido, como una marmota en invierno, y no piensa en devorar á nadie. En lo mas fuerte de su delirio rabioso, ese hechicero de Annibal Cola echó algunas gotas de yo no sé qué elixir en una copa de agua pura, y le dijo: bebed, primo, ó no respondo de vuestra vida.

A Vicente Tarquino le sucede lo que á todos los bribones, que es tener un miedo horrible á la muerte; bebió, pues, la copa, cuyos bordes rechinaban entre sus dientes convulsivos, y poco á poco se fué calmando hasta caer de nuevo cuán largo era sobre la cama, sin movimiento y sin voz.

Así estará durmiendo hasta la hora de salir el sol, dijo maese Annibal; que me se haga ruido alguno por aquí y se me vaya á buscar cuando despierte.

—Con que ya veis, buen hombre, interrumpió Juan Moreno, que nos queda una buena hora hasta que salga el sol, puesto que los albores de la madrugada apenas los muestran todavía las torres de la ciudad... ahora sí, al salir el sol, bien será preciso que estemos ambos espada en mano detrás de la cama de mi hermano Juan Rubio.

Tranquilo cogió del brazo al jóven, le estrechó contra su corazon, y le besó con efusion y agradecimiento sin decir palabra.

Cuando hubo concluido de besarle pasó de nuevo su mano sobre la casaca,

siempre mojada, del antiguo paje, murmurando: esto no se seca, y la mañana está bastante fría.

Quitóse entonces la capa que cubria su traje de guerrero, y la echó por los hombros de Juan Moreno.

—Gracias, buen hombre, dijo este que ya comenzaba á tiritar... ahora, para acabar mi historia, cuando vi que todo estaba ya sosegado en el cuarto de Vicente, volví con mucho cuidado á la otra ventana, y dí dos ó tres golpecitos á los vidrios. Simonot dormia allí acurrucado en un rincon; mi pobre Mirette se estremeció, y en seguida pensó en mí, si es que no estaba ya pensando; se acercó á la ventana, y como es mas diestra que una ha'la, las vidrieras se abrieron, sin producir el menor ruido.

—¿Sois vos, señorito Juan? exclamó; ¡oh! Dios mio, qué es lo que habeis hecho!...

—El capitan Vicente Tarquino ha jurado mataros.

—El capitan acostumbra á faltar á sus juramentos, hijita, la respondí dándole un delicioso beso; y esto no os escandalice, buen hombre, porque habeis de saber que si Dios quiere, un dia á otro Mirette ha de ser mi esposa.

—Por Dios, por Dios, huid, señorito Juan, continuó cruzando sus lindísimas manos; poneos en salvo, para que no tenga yo que llorar vuestra muerte.

—Yo la respondí: si huyera yo, mi querida Mirette, ahora seria la primera vez que lo hacia desde que tengo uso de razon... y así, en vez de huir, es preciso que yo entre y vea á mi hermano Juan Rubio, que está acostado en el cuarto inmediato.

La niña quedó sorprendida; reflexionó un instante, y bajó sus hermosos ojos.

—Señorito Juan, me dijo mirando de reojo á Simonot para ver si dormia; mi madre sabe que me queréis, y que sois el hermano de armas de ese hermoso jóven que está acostado, como decís, en el cuarto de mi padre... si ayer os hubiera dejado yo entrar, se me figura que no habria

ocurrido ninguna de estas desgracias... tengo confianza en vos, señorito Juan, y haré lo que me digais.

Después de este consentimiento, ya no me quedaba mas que tomar un poco de carrera para poder saltar á la ventana; pero mientras que me disponia á hacerlo, Mirette saltó al jardin, y me la encontré al lado.

—Señorito Juan, me dijo con voz dulce y temblorosa, ya veis que tengo confianza en vos, pues... ahora os digo que si entráis en casa, os esponéis á comprometerlo todo, sin esperanza de conseguir nada, porque mi padre está acostado en la habitacion donde duermen vuestro hermano de armas, y ya sabéis que aborrece todo lo que huele á Armagnac... dentro de una hora, mi padre se levantará para servir á los soldados, que llegarán en gran número al despacho, y entre tanto, ya veré cómo puedo alejar de aquí á ese simplon... y quién sabe si entre tanto tambien vendrá mi buena madre en nuestro auxilio.

Al llegar aquí, Juan Moreno se interrumpió como quien va á pasar á otro asunto.

—Buen hombre, dijo, no estará de mas que sepais algo de lo que ocurre en París... Mirette salió ayer noche, ya bien oscuro, de la posada de la Urraca, porque habia una batalla formal en el barrio de los Mercados, y nuestro partido va ganando en la ciudad tanto, que si podemos conseguir que mi hermano Juan Rubio pase esta mañana sin novedad, ya no tendremos nada que temer á la tarde.

—¿Pues quiénes peleaban en el barrio de los Mercados?... preguntó Fray Tranquilo.

—El rey contra la regente, replicó el antiguo paje, ó lo que es lo mismo, Luis de Orleans contra Olivier de Gravelle.

—¿Luis de Orleans?... repitió el pedagogo, ¿es verdad!... ayer estaban en la funcion. ¡Dios mio, protegádnos! ¡Vir-

gen Santísima, amparadnos! no permitais que fracasemos tan cerca del puerto.

—Y tan cerca del puerto, dijo el antiguo paje; porque Luis de Orleans ha desalojado ya á Graville de todas sus posiciones en lo interior de París.

Y si la señora Pavot me hubiera pedido consejo, yo la hubiera dicho que dejara á su hijita en la posada de la Uraca, porque hubiera estado mucho mas tranquila de este lado de las murallas... pero mas ha valido así, puesto que mi encantadora Mirette será la salvacion de mi hermano Juan Rubio... volvió á meterse en el hostal y nos espera. Muy pronto será ya hora, y empezaremos á hacer nuestra tarea en cuanto me hayais suministrado algunas noticias de que tengo necesidad para mi gobierno.

Juan Moreno habia pronunciado estas últimas palabras acercándose mas á Tranquilo y con acento mas resuelto.

El pedagogo fijó en él su mirada, siempre distraida.

—Algunas noticias, repitió; preguntadme lo que querais, joven... en mi vida me acuerdo de haber encontrado un joven que me haya interesado tanto como vos, y así lo que yo sé está á vuestro servicio... ¿Se trata acaso de lengua latina ó de ciencias filosóficas?

Juan Moreno se echó á reír.

—Me asombraría, prosiguió formalmente Tranquilo, que siendo tan joven como sois, hubiéseis empezado la investigacion de lo absoluto?... eso, no obstante, en toda edad se pueden dar los primeros pasos de ese viaje inmenso, á cuyo fin está la puerta de los cielos... y no es demasiado una vida entera para recorrer todos los grados del grande arte... Arnolfo de Villanova estaba iniciado á los veinte años; Bruneto Latini no tenia aun diez y nueve años cuando, en union de Pedro de Apono, comentó á Jover, á Vicensina y Moyanos... solo si que convendria saber si aspirais al todo divino ó solo á la inmortalidad.

—Qué me hablais, interrumpió Juan

Moreno, de esas gentes para mí completamente desconocidas... sin embargo, la inmortalidad no me disgustaría á condicion de estar suelto de piés y de manos con los ojos buenos, el corazon alegre y el bolsillo repleto... mas dejemos á un lado el todo divino y las puertas del cielo para caer á plomo sobre la tierra; pues las noticias que yo os pido se refieren á cosas de este mundo... y desde luego os suplico me digais por qué signo habeis reconocido que mi hermano Juan Rubio es el legítimo heredero de Armagnac.

Tranquilo no comprendió al pronto y fué preciso que el antiguo paje le repitiése distintamente su pregunta.

—¿Por qué señal exclamó, ¿de qué señal tenia yo necesidad, puesto que no he dejado á mi señorito desde su infancia?

—Bueno, dijo Juan Moreno con aire pensativo, ¿con que no es porque tenga el escudo de Armagnac grabado en el pecho?

—¿Y cómo sabeis vos eso? interrumpió Fray Tranquilo conmovido.

—Lo sé, el cómo no importa... os decía, no es por eso por lo que le conocéis como heredero legítimo de Armagnac.

—No sé de quien soy, respondió Tranquilo, no habiéndole dejado un solo dia antes de esta desdichada escapatoria, nunca, como comprendéis, he tenido necesidad de señal para reconocerle.

Juan Moreno se frotó las manos ó hizo una larga aspiracion, como quien se descarga de una afliccion que le oprime.

—Me alegro, exclamó, me alegro de todo corazón.

—¿Y por qué os alegrais de todo corazón? preguntó Tranquilo.

—Porque hubiera sentido mucho, buen hombre, que la suerte me hubiera hecho rival ó competidor de mi muy querido hermano Juan.

—¿Y cómo la suerte hubiera podido hacerle competidor ó rival del heredero de Armagnac? preguntó Tranquilo.

Juan Moreno no respondió, mas se quitó primero el capote, que volvió á poner silencioso en los hombros del pedagogo.

go, en seguida desataó su casaca de cuero lentamente, y siempre en silencio.

Tranquilo le contemplaba y estaba tan lejos de esperar lo que iba á suceder, que ni siquiera sintió su curiosidad avivada.

Abierta ya su casaca, desabrochó la camisa.

—Mirad esto, buen hombre, dijo con un poco de emocion en su voz.

El crepusculo de la mañana permitia ya distinguir los objetos: Tranquilo miró y retrocedió un paso como asustado: se frotó los ojos, volvió y miró de nuevo.

El escudo de Armagnac, murmuró con una estupefacción profunda, en todo igual al que tiene en su pecho nuestro señorito Juan. Llevó sus manos trémulas á la cabeza, y balbuceó sin saber qué hablaba.

—¿Yo no sé! ¿yo sé! ¿qué significa esa señal?... ¿quién es este joven?... ó yo sueño ó en esto hay magia... ó quizá Satanás mismo está armado contra la sangre de mis señores.

Juan Moreno se habia abrochado ya su camisa, su colete y su casaca.

—Buen hombre, dijo sonriendo, aquí no hay magia ni tampoco vos soñais, y si es que el diablo quiere intervenir en nuestros negocios, lo hará por su cuenta y riesgo... en tanto, hé aqui, es ya la hora y tenemos que ir á velar á la cabecera de mi hermano Juan de Armagnac.

IV.

DOS NAPOLITANOS.

El hostal del marido de la Pavot habia ganado en todos conceptos desde el tiempo de los señores de Armagnac, de modo, que el pícaro viejo, aparte del espíritu de

III

contradiccion que le induciese á llevar siempre la contraria á su mujer; tenia, á la verdad, buenas razones para ser adicto al partido de Graville. Tenia entrada el buen hostelero en el palacio de la Marche; su casa servia de punto de reunion y distraccion á casi todos los empleados de la casa de Graville; se bebía, se cantaba, se bailaba y habia de todo un poco mejor ó un poco peor; era, en fin, uno de esos clubes universales de que siempre ha habido en los arrabales de París desde la llegada de los francos hasta la invasion de los prusianos.

El salon de despacho era grande; pues se habian añadido dos cuerpos de casa al antiguo hostal.

El dueño engordaba á medida que se prolongaba la fachada de su casa, ganaba sendos escudos y podía asegurarse que desde el Sena á la puerta de San Miguel no habia un hostelero mas dichoso.

En el dia en que nos encontramos, habia sido saludado al despertar con noticias poco satisfactorias: se oía á lo lejos, en París, el ruido de las dos cargas de arcabuces, y las buenas gentes que vivian junto á la puerta de Buxy, decían que no se permitía entrar ni salir á nadie.

Del otro lado del Sena, bajo el palacio del Louvre, habia un numeroso cuerpo de gente armada.

El buen Pavot gustaba mas de las noches de funcion que de los dias de batalla; sabia vagamente, como todos, que se trataba de una lucha entre la regente y el rey, en cuya lucha su señor de Olivier de Graville seguía el partido de la regente.

Estaba el hombre un poco caído; estaba acostumbrado á oír desde siglos, y ver en sus dias que los señores rebeldes iban á perder su cabeza en el cadalso, y por mas que el joven rey no fuese mas que un niño débil é irresoluto, era al fin, el rey, lo cual no se ocultaba á la vana penetracion del hostelero de la Marche.

El buen hombre hubiera deseado aprovechar aquellos instantes criticos para ir á dar una vuelta á su país natal, y pasar

unos cuantos días á la sombra del campanario de Miranda.

Pero era ya muy tarde para esto: la batalla estaba empeñada en todas partes, y el señor Pavot, colocado en el centro de las operaciones de Graille, tenía que ser por prudencia, mas que por gusto, un fogoso partidario de madama la régente.

Se supone que todo el mundo ignoraba en los alrededores del palacio de la Marche la conducta de la hija de Luis XI: se la creía encerrada en su palacio, dispuesta, si era preciso, á sostener su sitio, así como también á ponerse ella al palacio de Tournelles, si se presentaba la ocasión propicia.

En medio de estos temores, Pavot tenía fundados motivos de consuelo y aun de orgullo: su casa era evidentemente la sucursal del castillo de la Marche, puesto que tenía lleno de bote en bote el salón de soldados: Vicente Tarquino, el favorito del señor, ocupaba una de las habitaciones, y otra un joven ilustre herido, que se decía ser una prenda de mucha importancia, y que dormía bajo la guardia de dos arqueros. Todavía, en otro cuarto, estaba madama Blanca de Armagnac, la reina de la belleza en la corte de Francia, y semi-heredera del difunto duque de Nemours.

Todos estos personajes habían llegado aquella noche cuando ya estaba cerrada la casa.

Pavot había visto con sus propios ojos á madama Blanca de Armagnac en los brazos del arquero Raoul, y al joven ilustre que llevaba un traje mitad rosa y mitad azul, atravesado en el caballo del soldado Pedro, y detrás de ellos había llegado ese pobre capitán, Vicente Tarquino, que traía cortado el brazo derecho por cima del codo, y que vacilaba como un hombre que va á morir exangüe.

Mas el gran-hostal de Pavot tenía que recibir aun á otros huéspedes.

A media noche sintió llamar nuevamente á la puerta, y el pobre hombre se vió precisado á abrir, porque había recono-

cido la dulce voz de Mirelle, su hija, á quien acompañaba Simonot.

Por fin, al apuntar el día, se oyó un gran tropel de caballos en el camino que conducía á la puerta de San German, y lo formaba un pelotón de soldados á caballo, que en vez de dirigirse hácia el palacio de la Marche, se detuvo ante la puerta del espacioso hostal.

El jefe, al parecer, de aquella escolta, echó pié á tierra é hizo avanzar á dos mujeres que venían entre filas.

El buen Pavot se dió mil veces á Barrabas cuando reconoció en una de ellas á su propia mitad, á quien no había visto hacia muchas semanas: la otra mujer venía cubierta con un velo.

El jefe de la escolta mandó á Pavot que le diese un cuarto, y dejó á dos hombres para que guardaran á la cautiva.

Cuando los caballeros hubieron desaparecido, Pavot preguntó á su mujer el nombre de la desconocida; pero su mujer, que estaba de un humor detestable, le sacó la lengua por toda contestación, y aun al decir de la historia, le hizo la señal de los cuernos.

Pavot entonces levantó su manopla mas ancha que un cuarto de carnero de aquellos tiempos, y la corrigió ampliamente.

Sirva esto de útil enseñanza, y como prueba de los excesos á que pueden llegar un tabernero y una tabernera que se llevan mal.

—Pegad, pegad, compadre Pavot, decía la buena mujer recibiendo estoicamente las espantosas bofetadas que la prodigaba su consorte.

Vayan por las que recibísteis en otro tiempo, y si Dios quiere, por las que os quedan que aguantar, señor Pavot, cuando Armagnac sea restaurado.

Estamos en el cuarto donde el capitán Vicente Tarquino había pasado la noche: dormitaba aun, ó mas bien estaba sumergido en ese estupor febril que el brebaje de Annibal Cola le había procurado. Al pié

de su cama, conversaban en voz baja los soldados Pedro y Raoul, al pié de la cama, y de tiempo en tiempo se oían el mores lejanos, que dominaba el ruido, cada vez mas próximo, de las descargas de arcabucería.

—Es un suplicio insoportable, decía Raoul, estar oyendo así el fragor de un combate, sin saber quién es el vencedor y quién el vencido.

—Pues yo no he alquilado mi espada al señor de Olivier para guardar al diablo enfermo.

En este momento, los dos se estremecieron y se detuvieron á escuchar.

—Parece, murmuró Pedro, que de los muros de la ciudad hacen disparos al castillo.

—Lo mismo se me figura á mí, replicó Raoul dirigiéndose de puntillas hácia la ventana para mirar al campo.

Desde el piso bajo del Hostal no se podía ver el recinto de París, mas se levantaba una nube de humo por cima del palacio de la Marche, y era bastante para confirmar la opinion de los dos soldados.

Cuando Raoul volvía á su sitio, una explosión mas fuerte hizo temblar las vidrieras de la habitación, y Raoul y su compañero cambiaron una mirada de asombro.

—¡La Santana! refunfuñó Pedro; conozco perfectamente su voz, porque la he hecho cantar mas de una vez... ¿con que hemos llegado ya á eso?...

La Santana era una de las cuatro grandes culebrinas ó bombardas que lanzaban balas de piedra, que Luis XI había hecho poner en la contraescarpa de la puerta de Buey.

En aquel momento, los primeros rayos del sol penetraban por la ventana, y segun la prediccion de maese Annibal Cola, Vicente Tarquino abrió los ojos. No tuvo conciencia al pronto de lo que había pasado la noche anterior, y levantó su brazo derecho para frotarse los párpados inflamados.

El dolor que le hizo experimentar este

movimiento le arrancó un grito de angustia, y su brazo mutilado cayó de nuevo sobre el cobertor de la cama.

—¡Ah!... ¡ah!... exclamó bajando su mirada somnoliva, veo que tendré que acordar me siempre de esto... no lo olvidaré... ¡mi primo Annibal Cola nos ha abandonado?

—Señor capitán, respondió Pedro, maese Annibal ha ofrecido que vendría á la hora de vuestro despertar.

—¡Es que ya consideran que valgo poca cosa!... refunfuñó el italiano; he perdido las tres cuartas partes de mí mismo, por mas que se pueda llegar á manejar la espada de una manera regular con el brazo izquierdo... muchos hay que van á creer que en adelante se me podrá tratar como á un perro... ¿se ha hecho ojear bien las riberas del rio para encontrar á ese maldito lobo Juan Roland?

—Inútilmente se han ojeado las dos orillas del Sena, señor Vicente.

El italiano rechinó sus dientes con reconcentrada ira.

—¡Oh! por el infierno, dijo con su viva violencia, que no he de perder nada por esperar.

—Pero, ¿qué recibo es ese? preguntó prestando oído, esta calentura me ha vuelto loco, parece que oigo descargas de arcabucería...

—Desde que rayó el alba, capitán, replicó Pedro, no han cesado de oirse descargas entre las puertas de Buey y de San German.

—¡De veras! exclamó el italiano incorporándose sobre el lado de su brazo izquierdo: calla, ese es el disparo de una pieza de artillería... será que pretenda el señor Olivier abrasar el barrio de San Andrés. Antes que los dos soldados hubieran podido responder, se abrió de par en par la puerta, y apareció en el dintel la descolada figura de Annibal Cola; se adelantó con énfasis teatral envuelto en su capotán de pieles y vino á sentarse sin decir palabra á lado de la cama de Tranquilo.

—¡Oh! me alegro que hayais llegado

primo mio, dijo este con señales evidentes de proteccion; ¿qué hay, qué noticias corren?

Ambos soldados se aprestaron ávidamente á escuchar, mas su curiosidad quedó defraudada porque el charlatan le mostró la puerta con un gesto de ridícula vanidad, y se vieron obligados á retirarse.

—¿Qué hay de nuevo?... repitió Tarquino.

Annibal medio cerró los ojos y se cruzó de brazos.

No es el señor Olivier de Graville quien hace jugar la artillería de la puerta de Buey, dijo con voz baja y lenta.

—¿Qué?... empezó á decir Vicente estupefacto.

No era ese el efecto que esperaba maese Annibal.

—Veo, primo, le dijo, que no me entiendes.

—¿Y en qué comprendes tú eso? preguntó Tarquino con una frialdad inesplicable.

—Veo eso en los latidos regulares de tu pulso, teniéndole siempre la mano cogida; en las miradas serenas de tus ojos, y en la firmeza de tu voz: ¡ah! de seguro te hubieras estremecido y estarias temblando si hubieras comprendido todo el alcance de mis palabras.

Diciendo esto se levantó, echó su capotón á la espalda, y añadió:

—Olivier de Graville está perdido sin remedio.

—¿Crees tú?... dijo Tarquino casi con una sonrisa que el dolor atroz que experimentaba en el brazo, cambió en un gesto de angustia.

Mas Annibal habia visto la intencion y sus ojos se fruncieron.

—Estoy seguro de ello, prosiguió, y el señor Olivier está aun mas convencido que yo de ello!... se me figura que tiene deseos de arrepentirse, segun los consejos de Guillermo de Soles, ese lúgubre loco, porque al saber que Juan de Armagnac habia librado la vida, esclamó:

—¡Alabado sea Dios!

Los labios delgados y maliciosos de Tarquino hicieron un movimiento espresivo de enojo y de despecho.

—¿Estás seguro de eso, primo? preguntó.

—Lo he oído yo mismo.

—¡Oh! ¿y cuando ha sabido que tenía un brazo menos y cortado por cima del codo qué dijo?

El charlatan titubeaba para responder.

—Te pregunto qué dijo, repitió duramente Tarquino.

—Nada, respondió Annibal en voz baja.

Tarquino dejó caer su cabeza fatigada en la almohada, murmurando:

—¡No, hay otro que tú, primo, para sacar horóscopos!... hace mucho tiempo que he sacado yo tambien el de ese hombre... si con sólo que hubiera dicho qué lástima, ó bien, cuánto lo siento, ó cualquiera otra tontería, aun hubiera sido bastante necio para agradecerlo... eso me hubiera atado... pero continúa.

—Qué, ¿tambien tú pensarías en hacer la paz? preguntó maese Annibal aproximándose.

—No te inquietes, replicó Vicente; soy un hombre previsór y husmeo el porvenir sin necesidad de consultar los astros... ¿y no sabes otra cosa?

Maese Annibal cambió de tono, porque le ocurrió que Tarquino podría guardar alguna buena intencion en su cabeza.

—¿Te acordarás de mí, llegado el caso, primo? dijo, y en cuanto á lo demás que puedas saber, te aseguro que es muy poco... el señor Olivier, queriendo llevar su fuego hasta al fin, ha hecho prender esta noche en la posada de la *Urraca* á la viuda del difunto duque de Nemours, cuando la puerta de San German estaba todavía libre.

—Enhorabuena, dijo Tarquino, es que esas gentes ven claro en el arteficio de la muerte... apruebo esa idea y me prometo sacar buen partido de ella.... madama Isabel, ¿está en el palacio de la *Marche*?

—No; está aquí, en la posada del hostal de Pavot.

Los ojos de Vicente Tarquino brillaron con un rayo de satisfaccion.

—Me alegró, me alegró, repitió por dos veces. Es lo primero por qué tengo que dar gracias en mi vida al señor conde de la *Marche*... ¿y qué mas?

—¿Y qué mas? .. nada; respondió Annibal recorriendo su memoria: nada que importe, sino que el señor Olivier me ha pedido el bálsamo napolitano, para el caso en que sea cogido vivo.

—Esas son cuentas tuyas, insinuó Tarquino con indiferencia.

En seguida fijó sus ojos ardientes, á causa de la fiebre que le devoraba, y añadió:

—Primo, si quieres, ó puedes salvarme la vida, aun nos quedan buenos ratos que pasar en este mundo... Que caiga Graville no tiene nada de particular, porque ya es un fruto maduro, y así no tratemos de sostenerle en la rama, que ya fatiga con su peso. Esos dos rehenes que tenemos ahí, Juan de Armagnac y su madre, no le servirán de nada, porque los guardaremos para nosotros... Créeme, primo, deja á Graville y sírveme fielmente: tengo en alguna parte, donde no esperes que te lo diga, ciertos pergaminos que nos abrirán todas las puertas de París cuando la ocasion sea oportuna. Este pergamino es nuestra salvacion, Juan de Armagnac, nuestra fortuna... y yo espero que en este rio revuelto ó charca, que se llama reino de Francia, hemos de pescar bastantes escudos de oro para vivir como príncipes hasta el dia memorable en que me ahorquen.

Mientras que hablaba así, las mejillas de Vicente Tarquino se iban sonrosando mas y mas, y su mano seca y abrasada por la fiebre, se crispaba sobre el cobertor de la cama.

—Mi buen primo, contestó maese Annibal tratando de tomar un aire de conviccion; te doy muchas gracias por haber pensado en mí... En cuanto á felicidad, bien sabes que esa es mi gran cualidad, y

mi celo no te faltará. En cuanto á lo demás, tiempo era de que al señor Olivier de Graville le ocurriera alguna cosa grave, porque ya me costaba mucho trabajo ocultarle los pelos blancos que crecian á granal en su cabeza... Los baños de Gamours iban haciendo cada dia menos efecto, y no hubiera tenido nada de extraño que nuestro querido señor el mejor dia nos hubiera echado una cuerda al cuello; con que así, á tu envido, contesto: quiero; y de ahora en adelante, querido primo, mírame como el mas fiel de tus servidores.

Tomó en seguida la mano izquierda de Tarquino, como para estrecharle afectuosamente entre las suyas; mas en realidad, lo que queria era consultar de nuevo su pulso.

—Buen ánimo, dijo alegremente, nunca hubiera creído que un hombre hubiese podido soportar tan bien un accidente tan terrible...

—Con algunas horas mas de sueño, ya podrás levantarte de la cama.

Esto diciendo, dejó el brazo de Tarquino bajo la ropa, é hizo ese ademán doctoral del médico que prescribe el reposo absoluto, y dirigiéndose hácia la puerta con paso majestuoso y acompasado, se decía:

—Fácil es que antes de ponerse el sol haya muerto mi pobre diablo como un perro rabioso.

V.

SALVADA.

Nuestra amiga Pavot se habia negado resueltamente á servir á los soldados de la *Marche* que entraban y salian en el salon del Hostal de su marido, que era en cierto

modo la gran cantina de las compañías que permanecían fieles á Graville.

A cada momento era mayor el número de los soldados en las inmediaciones del castillo, lo que Pavot y otros tenían por muy buena señal, pero los antiguos prácticos sabían muy bien que aquellas compañías que venían á ocupar los alrededores del palacio de la Marche habían abandonado sus puestos, y que no eran ya sino un ejército de fugitivos.

En efecto, todo París estaba ya en poder del rey Carlos VIII y los partidarios de Graville acorralados en el reducido espacio que media entre las puertas de San German y de Buey, se desataban en vanas fanfarronadas para ocultar su desaliento.

El buen Pavot, no habiendo podido vencer la obstinación de su consorte, á pesar de las razones contundentes de sus vigorosos puños, agarró á Simonot por el pescuezo y lo arrastró de este modo hasta el salón del despacho donde le instaló como soberano repartidor.

El simplon arrestado hubiera seguido al diablo; se sometió dulcemente á la voluntad del rudo Pavot, y gracias á eso, empezaron á circular los jarros.

Los que entraban y salían en el salón á beber vasos de vino á toda prisa, volviéndose en seguida á sus filas, traían sin cesar noticias, y de este modo supo el buen hostelero lo que no se le había dicho, á saber: que la casa estaba llena de importantes prisioneros.

El buen hombre se sentía crecer y engordar á cada instante, y se regodeaba ya con la remuneración que pensaba exigir á Graville, vencedor por los servicios que su Hostal le hubiera hecho durante la batalla.

Gracias á Dios, su casa estaba llena, y se había visto obligado él, el dueño, á acostarse en un camaranchon olvidado. Una de las habitaciones estaba ocupada por el capitán Tarquino, favorito del señor Olivier; otra por aquel joven ilustre de traje mitad rosa y azul, que maese Anni-

bal había venido á curar como si fuera un príncipe, y que dormía con profundo sueño desde que el docto napolitano le había suministrado cierto brebaje.

En las habitaciones del cuarto principal, además de Blanca de Armagnac, prometida esposa de Graville, según él, estaba aquella desconocida que sus soldados habían ido á buscar á la posada de la Urraca, para lo que debía haber poderosas razones. Y sino hubiese sido el conde de la Marche, porque permanecía aun en el palacio, se hubiera podido decir casi que el Hostal de Pavot se hacía más interesante que el palacio mismo de su señor.

De este modo, se hacía el buen hombre mil ilusiones, á cual más halagüeñas, y sin atreverse á señalar los límites de la gratitud de su señor Olivier, se contaba ya desde luego para en adelante mayor dominio, por lo menos, del conde de la Marche.

—Mas vale tarde que nunca, se decía, y después de todo, yo río soy como los que mejor se han aprovechado de sus buenos tiempos... antes mi mujer me pegaba; ahora soy yo quien pega á mi mujer, en lo cual ya se ve que he ganado alguna cosa... antes era un pobre hostelero, mas ahora ya soy un gran hostelero y posadero, que son dos cosas en vez de una, y mañana seré un señor intendente de todo un duque y par... ¡ah! si acertara ese demonio de mujer á morirse de un herrinchin, yo conozco á una valiente ciudadana allá hacia San Sulpicio, que me vendría como de molde.

También la pobre lechera echaba sus cuentas galanas, llevando á la plaza su cantarillo de leche; no vió la infeliz el canto en que tropezó su breve pié; el cacharro cayó, se hizo añicos, y de los alegres sueños de la pobre lechera, no quedó mas que un poco de barro blanco en el suelo. Así deliraba también alegremente el codicioso hostelero, mientras servía á sus parroquianos en el bullicioso salón; su cántaro de leche estaba á punto de romperse.

Al lado del cuarto donde Juan de Ar-

magnac seguía durmiendo, había un sobradillo oscuro, cubierto por un pedazo de arpillera, y era este el camaranchon en que el buen Pavot había pasado la noche.

Si alguna mano curiosa é indiscreta hubiera levantado ahora la arpillera que cubría la entrada, la linda Mirette hubiera tenido de seguro un grande terror.

Muy contenta estaba la traviesa doncella de que su padre se hubiese llevado á Simonot; al huir el alba, había hecho de las suyas la picaruela, y había otra cosa allí que el gergon calentito aun del entusiasmo hostelero. Y la prueba de ello es que habiendo hecho intención de meterse allí á descansar la madre Pavot, su hija se había abalanzado á su cuello deshecha en llanto.

—¡Mamá, mamá, había dicho, no me riñas que no he hecho mas que lo que me mandaste!... acuérdate que me dijiste que si volvía le hiciera entrar en nuestra habitación...

La buena mujer no caía en cuenta de lo que su hija quería decir, y deseaba á todo trance descansar un poco, para reponer sus fuerzas. Había considerado que era cosa providencial el que estuviese Juan de Armagnac herido en el Hostal de su marido. ¿De dónde procedía aquella herida? lo ignoraba aun, y no sabía nada del drama de aquella noche; mas su instinto le decía que el heredero de Armagnac corría un verdadero peligro tan cerca del palacio de la Marche, y á falta de todo auxilio humano, ella se constituía en escudo y salvaguardia del hijo de sus señores, y sin reflexionar demasiado, porque la reflexión no puede hacer mas que disgustar esa abnegación ingénuo y sublime, ciega como el amor mismo; se hallaba dispuesta á defender á Juan de Armagnac contra el ejército entero del señor Olivier, aunque fuese con sus uñas y sus dientes.

—Es que ha vuelto, continuó diciendo Mirette, sonrojada desde la frente hasta la gola, y he aguardado que mi padre se levantara para abrirle la puerta.

III

La Pavot frunció el ceño á semejante declaración.

—No te enfades, mamá, no te enfades, exclamó la espantada niña; le he hecho entrar á ese caramanchon, donde ha permanecido oculto desde esta mañana.

La celosa madre se lanza como una leona hacia el caramanchon, mas en el momento en que iba á tocar la arpillera, otra mano previno á la suya, y el grosero telon se descorrió bruscamente.

Fué aquello un golpe teatral de aquellos que estamos acostumbrados á ver en las comedias de magia, cuando se presenta un retrato de doble efecto.

La buena Pavot se encontró á dos dedos de la cara de Fray Tranquilo en traje de hombre de guerra, cubierto de lodo y de sangre.

La buena mujer esperaba sin duda ver la hermosa cara que tan entusiasmada tenía á su linda Mirette, pero cuando en vez del semblante resuelto, los ojos vivos, las facciones alegres y el pelo rizado de un paje hermoso, se encuentra con el del pedagogo, que le pareció mas descolorido, mas descarnado, mas descompuesto y cari acontecido que nunca, retrocedió estupefacta, á punto de caer de espaldas si no hubiera estado tan cerca la pared de enfrente, que le contuvo.

—¡Dios me asista! exclamó, ¿es del primo Audeol de quien me hablabas, hija?

—No, mamá, balbuceó Mirette, que adivinaba ya en la sombra del sobradillo, á las espaldas del pedagogo, la cara traviesa del señorito Juan Moreno.

—¿Pues de quién me hablabas? preguntó nuevamente la Pavot.

—De mí, si no lo toma usted á mal, buena mujer, respondió Juan Moreno empujando de lado á Tranquilo para entrar él á su vez en escena.

—¡Hola! murmuró la tabernera mirando ansiosamente al antiguo paje. O yo no sé lo que me digo, ó esto es lo que se llama un guapo chico!... ¿Pero dónde he visto yo esta cara?

En aquel momento, se dió una palmada

en la frente, y llevó la otra al hombro de Juan Moreno para examinarla mejor.

—A fé mia, dijo en voz alta, que si madama Blanca de Armagnac se disfrazara de hombre...

—¡Vaya! madre Pavot, interrumpió Juan Moreno sorprendiéndole con un beso en la mejilla, veo que no estais muy enfadada... y que cuando tengamos tiempo, hemos de hacernos buenos amigos, pero ahora ya veis que el tiempo urge.

Mirette se había acercado á su madre.

—¿Estás enfadada conmigo, mamá? preguntó tímidamente.

—Ya hablaremos de eso, ya hablaremos de eso, replicó la Pavot, que añadió volviéndose hacia el antiguo paje.

—¿Por qué urge el tiempo, caballero?

Tranquilo estendió su mano hacia la cama, y arrancó de su pecho un profundo suspiro.

—Teresa, prima mia, dijo con voz profundamente conmovida, Juan de Armagnac está en peligro de muerte.

La Pavot siguió el gesto del pedagogo y su mirada vino á fijarse en el rostro encantador de su joven huésped, que parecia sonreír en su sueño. El sol saliente riaba entre los bucles de sus rubios cabellos. Su rostro estaba descolorido, pero reposado, y sus labios se entreabrian como para pronunciar un nombre querido.

—Puesto que estais con mi primo Andeol, dijo la Pavot á Juan Moreno, claro es que estais por el niño... por otra parte, mi hija ya me había dicho algunas palabras... pues bien, pareceis un muchacho fuerte y valiente, y aquí, mi primo Andeol, disfrazado de hombre de guerra, y que lleva una espada yo no sé para qué ni cómo... de modo que ya somos tres para morir defendiéndole.

Tranquilo movió la cabeza con aire desolado.

—No perdamos el tiempo en conversaciones inútiles, dijo Juan Moreno; porque cada diez minutos aparecen en esa puerta

vidriera cuatro ó cinco caras de bribones, que vienen á espiar lo que pasa aquí... y si, por desgracia, nos viesan, todo sería perdido.

—¡Todo!... repitió Tranquilo.

—¿Pero qué quieren hacer con el niño?... exclamó la Pavot espantada.

—Vicente Tarquino no pudo asesinarle ayer noche, respondió el antiguo paje; Vicente Tarquino duerme; ¡ay del momento en que despierte!

—Ese Tarquino es un tigre!... murmuró la Pavot.

—Un tigre!... repitió Tranquilo, que tenía la vista fija en el suelo, y que hablaba como un autómatas.

—Un tigre!... ¡que ha visto correr su sangre! añadió Juan Moreno.

—Pero, buena señora, yo digo lo que vos, quiero morir por mi hermano Juan Rubio... solo que si yo muero es para que él viva, porque sería un juego de tontos entregar por nada nuestra cabeza al cuchillo de esos matachines.

—Pues eso es lo que yo quiero decir, respondió resueltamente la Pavot. Es preciso que Armagnac se salve y sea de nosotros lo que Dios quiera.

Se oyeron pasos tardos en el cuarto vecino.

Juan Moreno agarró á Tranquilo en brazos y se metió con él tras la arpillera del sobradillo, y un momento despues apareció en el bastidor de la puerta la cara bestial de Raoul el soldado.

—Hermosa es como un serafin la tal Mirette, dijo á Pedro que le seguía.

—Si yo me casara con una chica como esa, respondió Pedro, había de pasar la vida haciendo centinela á la puerta de mi casa.

—Estarias fresco, repuso Raoul riendo, con eso el diablo cornudo entraria por la ventana... ¡pero sabes lo que digo? que hay mucha diferencia entre ese joven caballero que duerme allí tranquilamente, y maese Vicente, nuestro capitán.

—¡Escuchad!... interrumpió Pedro.

Durante el silencio que siguió Mirette

y su madre, pudieron oír gritos quejumbrosos, que procedían del otro extremo de la casa.

Los dos soldados se alejaron y Juan Moreno se lanzó de nuevo en la habitación.

—El tigre se ha despertado, dijo, démonos prisa si queremos robarle la presa.

Tranquilo salió del sobradillo detrás de Juan Moreno, en un estado de agitación febril y voraz del hombre acosado al borde de un abismo y que busca desesperadamente una salida.

Todos sus esfuerzos se reducían á querer fijar su pensamiento fugitivo é irresoluto.

Las palabras que salían de sus labios no formaban sentido; iba y venía de acá para allá tratando de engañarse á sí mismo y figurándose que hacia algo de bueno.

—Sí, sí, decía dando vueltas en torno de la cama de su señorito: no hay momento que perder, cada instante es un peligro nuevo, y cada retardo una traición.

Vió á Juan Moreno, que llevaba á parte á la Pavot y se adelantó á ellos desahogado.

—No me ocultéis nada... repuso, es á mí á quien su madre dirá: dónde está? qué habeis hecho de él?

El antiguo paje le puso rulemente la mano en la boca.

—Callad, buen hombre, dijo, ahora se os dirá lo que teneis que hacer; entre tanto no os pongais al paso.

Tranquilo dejó caer su cabeza sobre el pecho, y ambos brazos á lo largo de su cuerpo.

—Es verdad, dijo para sí exhalando un profundo suspiro, yo no hago nada y estorbo á los demás... y sin embargo, ¡Dios mio!...

—Yo no sé el tiempo que necesitaremos, dijo la madre Pavot, pero si esos diablos de soldados vuelven, como de costumbre, á asomar la nariz, no vamos á acabar en todo el día... mucho me temo que antes de

un cuarto de hora venga aquí Vicente Tarquino á hacernos una mala pasada, si es que puede tenerse en pié... figuráos la rabia que tendrá cada vez que mire adonde tuvo su brazo derecho.

—Si os parece, jóven, repuso la tabernera, me pondré de centinela en el cuarto vecino, y á los que quieran pasar adelante, le diré:

—¡Alto ahí!

—Los soldados os cojerán por los hombros, buena mujer, y os echarán á un lado.

A Tranquilo le había parecido excelente el medio propuesto por la Pavot, pero cuando Juan Moreno le replicó, Tranquilo movió la cabeza, y murmuró tristemente:

—¡Es verdad! ¡es verdad!

—¡Ira de Dios!... exclamó la Pavot, echame á mí á un lado en esta casa que es la mia!

—¿Sabeis dónde han encerrado á madama Blanca de Armagnac? interrumpió Juan Moreno.

—Pues qué, ¿está aquí madama Blanca? preguntó la Pavot a ombrada.

—Ya sí, respondió Mirette; han llevado á madama Blanca al cuarto del corredor, y el segundo está ocupado por esa noble señora que ha venido con vos.

Tranquilo juntó sus manos y miró de reojo hacia la cama donde Juan de Armagnac dormía con ese sueño inquieto que precede al despertar. El hijo y la madre estaban allí uno junto á otro, y el corazón del pobre Tranquilo se despedazaba pensando que la hora inmediata podía traer á la madre desconsolada á la presencia del cadáver de su hijo.

Su cerebro estallaba: la conciencia que tenía de sí mismo le traspasaba el alma como un puñal, y no experimentaba consuelo sino con la idea de salir él solo al paso de los asesinos, y morir acibillado de heridas, obstruyéndolo con su cadáver el camino que conducía adonde estaba el heredero de Armagnac.

—Ningun soldado de Graville, reponia Juan Moreno, se atreverá á poner la mano

ea madama Blanca... idle á buscar, Mirette... avisad tambien á la duquesa Isabel, pues yo sé su nombre, y ahora es su sitio aquí.

—Loco estais, interrumpió la Pavot, queriendo reunir aquí á la noble viuda de Armagnac, y á la que muy inocentemente sin duda ha usurpado el nombre de su esposo.

—Haced lo que digo, buena mujer, replicó el antiguo paje resueltamente.

Mirette habia ido ya.

—Después de todo, refunfuñaba la Pavot, no hay que decir á madama Isabel: ¡esta es Blanca de Armagnac! ni tampoco á madama Blanca: ¡esta es la duquesa de Nemours.

Madama Isabel llegó la primera al fondo de la escalera.

A la vista de Tranquilo, que estaba en pie en medio de la habitacion, quedó cortada y le faltó la voz para preguntarle.

Madama Blanca de Armagnac, que le seguia de cerca guiada por Mirette, pasó entre ella y Juan Moreno para lanzarse hácia la cama del herido.

—Señora, señora, exclamó apoyándose en la cabezera del interesante mancebo, venid á ver á vuestro hijo... yo he llegado demasiado tarde, y son ellos los que le han salvado.

Esto decia señalando con el dedo á Tranquilo y á su antiguo paje.

La duquesa Isabel se habia plantado de un salto al lado de la cama, y estaba ya inclinada sobre el descolorido rostro de su hijo riendo y llorando á la par.

—Yo debiera haber previsto esto... refunfuñaba Juan Moreno mordiendo los labios y devorando su propia emocion. Todo esto es muy tierno, pero ¡voto á Senes! que no es tiempo de llorar!... Ea, buen hombre, exclamó dirigiéndose á Tranquilo, coged á vuestra señora del brazo muy respetuosamente y seguid mi ejemplo.

Esto diciendo, arrastraba á madama Blanca asombrada hácia la habitacion in-

mediata, y Tranquilo, balbuceando excusas incoherentes, hacia lo mismo con madama Isabel.

—Si se os preguntase quién os ha traído á esa habitacion, dijo el antiguo paje antes de cerrar la puerta del cuarto, responderis resueltamente que el capitán Vicente Tarquino... necesitamos diez minutos para salvar al que las dos amais... miradnos hacer, si esto os place, pero no consentais alma viviente que se acerque á esa puerta.

Cuando iba á entrar en el cuarto donde Juan de Armagnac estaba acostado, se volvió de repente:

—Que no os vea ni á una ni á otra, añadió con ademán imperioso, porque en aquel momento él era quien mandaba; si os llegara á ver, ¡yo no responderia de nada!

—Haced lo que os mandan, señora, murmuró Tranquilo al oído de la duquesa Isabel; Dios, que protege la sangre de Armagnac, ha dado á ese niño la prudencia y el juicio de un hombre.

La puerta vidriera se volvió á cerrar, y las dos mujeres conmovidas y curiosas hasta la angustia, se pusieron á mirar por entre los cristales.

—Ea, buena mujer, exclamó Juan Moreno volviendo al cuarto, hé aquí el momento de mostrarse cada uno como es... abajo vuestros vestidos, porque los de mi querida Mirette serán estrechos para mi hermano Juan.

Tranquilo miraba asombrado como de costumbre: Mirette tambien se dirigió á su madre con una expresion que queria decir: «aunque recorrais toda la ciudad de París, todo el reino de Francia de cabo á rabo, y aun el Universo, no encontraréis otro que se parezca al señorito Juan.»

Y la Pavot era tan de este parecer, que, dando una palmada de admiracion y de aplauso, y agregando una espresiva exclamacion, dijo:

—No puede darse idea mas feliz.

Tranquilo era tanto mas desgraciado,

cuanto que no se atrevia á pedir una explicacion.

La Pavot, en tanto, se desabrochaba su cotilla, su jubon y chambrá con maravillosa agilidad.

—¡Hola! Juan Rubio, mi querido hermano... exclamó el antiguo paje con su desembarazo habitual.

La herida de Juan de Armagnac era leve, y no hizo del todo mala cara para haberse despertado de aquel modo al imprevisto. Solo sí miró en derredor suyo con aire de asombro.

—¡Juan Moreno!... murmuró; ¡mi buen Fray Tranquilo!... la señora Pavot...

—¡Ohi! ahora me dirás, amigo mio, cómo es que llevas ese traje comprado para mí...

—No os cuideis de eso, señorito, exclamó la Pavot mostrando en alto á manera de exhibicion triunfante, su jubon, la cotilla y chambrá.

Estaba ya la buena mujer en corsé y paños blancos, sin que por eso hubiese disminuido en un átomo su voluminosa estampa.

Juan de Armagnac trató de incorporarse en la cama, y el dolor que sintió en la herida al hacer este movimiento, le arrancó un grito sordo al punto reprimido.

—¡Pues no se me habia olvidado ya el bote último de maese Viceate el napolitano!... ¡Pero qué especie de locura se ha apoderado de vos, señora Pavot, que os induce á disfrazarme de tabernera?

Madama Isabel y Blanca de Armagnac miraban ávidamente desde la pieza inmediata, cuidando siempre de ocultarse.

Juan Moreno se habia refugiado tras la gruesa arpillera del sobradillo, y se desnudaba de piés á cabeza con donosura y presteza solo comparables á la de la Pavot.

—Ya lo sabrás despues, mi caro hermano, respondió á Juan de Armagnac desde su escondrijo. He leído aventuras parecidas en los romances de caballería, que

te prestaré para que te entretengas cuando hayamos salido de estos enredos... Ea, buen Fray Tranquilo, quitadle esa casaca y pásale el pelo que se queda en la cabeza.

La pudorosa Mirette se llevó las manos á los ojos para no ver aquella operacion masculina, y Tranquilo de un lado y la madre Pavot por el otro avanzaron hácia la cama.

Madama Isabel, del otro lado de la puerta, se preguntaba:

—¿Qué van á hacer?

—Nada temais, señora, respondió Blanca de Armagnac, cuyos ojos se levantaron hasta encontrar los de madama Isabel con respetuosa ternura; está rodeado de gentes que le aman de todo corazón. ¡Y no es ya por sí solo un milagro de Dios ese amor apasionado que inspira á todos los que llegan á conocerlo?

—Tira tú, primo Andeol, de la pierna derecha, decia la buena Pavot, que sin escrúpulos ridículos se habia apoderado ya de la izquierda; pero hazlo con cuidado para no lastimar á nuestro querido señor.

Tranquilo procuraba hacer lo que se le mandaba, con la mejor voluntad del mundo; pero tampoco se hubiera podido encontrar desde Simonot abajo, un ayuda de cámara mas torpe que él en todo el reino de Francia.

—Venga eso, dijo Juan Moreno desde su escondite.

La solista Pavot levantó la arpillera y le echó las calzas.

—Gracias, madreíta, exclamó el antiguo paje; ahora, la casaca volando.

Para hacer la cura habia desatacado la casaca maese Annibal; pero las mangas corridas se ajustaban de tal modo á las formas de Juan Rubio, que costó materialmente un trinafo el sacárselas. Fray Tranquilo no servia para nada, pero en cambio estorbaba para todo desde que vio bajo la fresca envoltura de seda la estensa mancha de sangre húmeda aun, que marcaba la camisa de su discípulo, y no quitaba sus ojos del agujero que habia en el centro

de la mancha, y parecía que iba á desmayarse.

Era por allí por donde había pasado la aguda espada y por donde el ama del último Armagnac estuvo á punto de volar hacia Dios.

En vano la solícita Pavot había dicho: ¡vamos Andcol; primo, ayúdame!... El pedagogo permanecía mudo é inmóvil, en la actitud descrita, como una estátua.

De pronto volvió á apoderarse de él la agitación á impulsos de su voluntad que le mandaba servir de algo, y poseído por esta idea fija, cogió, por casualidad, y la primera que le vino á la mano una de las piezas del traje de la afanosa Pavot, con el objeto de ponérsela á su querido señor.

Pero como no hacía nada con concierto, y todo lo embrollaba, la Pavot, echándole la casaca, al fin desprendida, le empujó rudamente hacia el sobradillo, diciéndole:

—Toma, simple, lleva eso al señorito Juan Roland.

Tranquilo obedeció, y luego se quedó suspenso entre la cama y el sobradillo con aire de espanto, con los ojos estraviados manifestando la mas viva inquietud, y sin poderse explicar todavía cuál fuese el designio de Juan Moreno y de la oficinosa posadera. Oía, como todos, los disparos de la arcabucera y el fragor del combate, sin dar á todos estos imponentes ruidos su significación exacta, y temblaba en el fondo de su alma por aquellos que amaba mas que á sí mismo.

El disfraz de Juan Rubio avanzaba, y el pobre muchacho dejaba que hicieran con él lo que quisieran, porque la Pavot había tenido la buena ocurrencia de invocar el nombre de su madre. No por eso dejaron de fruncirse dos ó tres veces sus delicadas cejas, mirando la extravagante fachada del ropaje en que se le envolvía, y aun le subió el sonrojo á la cara cuando por primera vez la encantadora Mirette volvió sus ojos y le vió disfrazado de tabernera, sin poder contener una carcajada.

Por fortuna entraba en aquel instante

Juan Moreno en la habitación, disfrazado á su vez con el famoso traje mitad rosa y mitad azul, de paje de la servidumbre de la poderosa reina de Saba, emperatriz de las regiones orientales.

—Se me dirá de una vez, exclamó Juan de Armagnac, ¿cuál es el objeto de esta ridícula mascarada?

—Mirette contemplaba á Juan Roland, y le parecía hermoso como un sol, bajo su nueva vestidura.

—Escuchad, dijo Tranquilo, que estaba siempre atento, á pesar de su aire distraído.

La Pavot y el antiguo paje escucharon á su vez cuidadosos, porque se oía en la pieza inmediata rumor de voces, y no se veían ya al través de los cristales ni á Blanca de Armagnac ni á madama Isabel.

—¡Los soldados de Tarquinio!... exclamó Juan Moreno.

Y como Juan de Armagnac abría la boca ya para continuar su interrogatorio, el antiguo paje le puso la mano en la boca á manera de mordaza.

Signió un momento de silencio, que duró un minuto, y pareció largo como una hora de agonía.

Evidentemente los dos soldados se admiraban de encontrar en aquella pieza á las dos mujeres, y Raoul hablaba ya descompuestamente.

Pero ya sabemos que madama Blanca sabía tomar en las ocasiones tono y aires de princesa, y aquella vez se la oía hablar con tono y modales imperiosos que obligaron á los dos soldados á bajar la suya.

—Dejadme escuchar, dijo Juan de Armagnac que trataba de rechazar á su hermano de armas para lanzarse hacia la puerta por donde sentía el eco de una voz dulcisiva á sus oídos.

—¿Y qué quieres escuchar, ni qué tienes que hacer tampoco escuchando?... repuso el paje afectando enojo.

—¡Déjame... déjame!... continuaba diciendo Juan de Armagnac: me ha parecido oír...

—¡Voto á Cribas!... hermano, tú no va-

les para soldado por lo que veo, puesto que un simple arañazo te hace perder la cabeza... Adivino ya lo que crees: tu oír, y te digo que estás loco.

—Aquí teneis á uno, prosiguió volviéndose hacia Mirette y su madre, que sueña despierto, mis buenas señoras, y que toma á las criadas de la posada por princesas.

El interesante enfermo bajó los ojos casi avergonzado: escuchaba sin embargo, para asegurarse de si estaba ó no en sí mismo; mas ya no se oía nada.

Duaime esta corta escena, Fray Tranquilo no respiraba: sus miradas estaban fijas con asombro en aquel jóven que conocía á Juan de Armagnac hacia dos dias solamente, y que se interesaba por su salvación con tanto ahinco, tanta abnegación y tanto talento. Comparaba su impotencia con la energía, el desparpajo y la actividad de aquel jóven, y quedaba bajo el peso y la conciencia de su inutilidad.

Sin embargo, no tenía envidia ni sentía celos: en vez de eso se arraigaba en su corazón un sentimiento que no trataba de analizar, pero que poco á poco le llenaba el corazón.

Cuando la alarma hubo pasado, fué hacia Juan Moreno y le tendió ambas manos, y Juan Moreno le tendió las suyas, y en vez de estrecharlas, Fray Tranquilo le atrajo bruscamente y le abrazó con toda efusión...

Y en seguida, de una manera mas brusca aun le repelió de sí y se volvió á tomar el puesto y la actitud en que se hallaba.

—Ahora, mi encantadora Mirette, teneis que ofrecer vuestra manita preciosa á mi hermano Juan Rubio, y le llevaréis á la choza de Santiago Chaumarel, el pastor, allá junto á las cercas de San Sulpicio.

Mirette consultó á los ojos de su madre, que la besó con efusión, diciéndola:

—Si desempeñas bien esta comision, hija mía, te daré lo que me pidas y hasta un marido á tu gusto.

—Y tú, mi buen hermano, continuó diciendo Juan Moreno, que era en realidad el jefe de las operaciones; no olvides

que te confío en este momento la custodia de mi amante... y no vayas á preguntar, por qué se me ha disfrazado de este modo, ni aquello, ni lo otro, ni lo de mas allá... Se trata simplemente de prestar un gran servicio á tu hermano... y ni por pienso puedo figurarme que vayas á rehusármelo.

Juan de Armagnac fué mirando uno despues de otro los semblantes de los que le circundaban: todos le sonreían á escepcion de Tranquilo, á quien nunca había visto, ni tan abatido, ni con semblante tan lúgubre.

Juan Moreno hubiera dado una docena y un ciento de escudos de oro, á cuenta de sus pagas ulteriores, porque el buen pedagogo estuviese á cien leguas de allí.

—Respóndeme, Tranquilo, mi siempre leal amigo, dijo Juan de Armagnac dirigiéndose hacia él: aquí se me engaña... estoy seguro de ello... Todas estas gentes me toman por un niño y se empeñan en salvarme á pesar mio.

El antiguo paje, Mirette y la Pavot cambiaron entre sí una mirada de inquietud: la aventura se enmarañaba, y sin embargo, todo inducia á creer que había poco tiempo que malgastár para llevarla á cabo: porque los arcabuces y la artillería tronaban por todos lados, y á no dudarlo, se estaba dando el asalto al palacio de la Marche.

Al oír la interpelación de su discípulo Fray Tranquilo, sintió un escalofrío que conmovió todo su cuerpo: sus párpados se agitaban y sus largos brazos buscaron una posición.

—Respóndeme, te digo, prosiguió Juan de Armagnac; esta es una fuga encubierta: bien, lo veo, y no puedo creer que te prestes dos veces á deshonrar al hijo de mi padre.

Mientras que Tranquilo hacía un esfuerzo visible para encontrar palabras con que contestar, Juan Moreno y la Pavot trataron de anticiparse, mas él le hizo una señal para que callaran.

—No, no... murmuró con una entonación que dejó yertos á los que estaban allí,

y se interesaban tan de veras en la salvación de Armagnac: no conviene engañar á este niño, amigos míos.

—¿Y quién piensa en engañar?... exclamó el antiguo paje.

—Silencio, jóven; repuso Tranquilo con gravedad... Vale mas decirle la verdad por completo.

Juan Rubio escuchaba con avidez impaciencia, mientras que la Pavot y el paje no se cuidaban ya de ocultar su desaliento y turbación.

—Hé aquí la verdad, Juan de Armagnac, continuó el pedagogo, cuyos ojos, sin embargo, no osaron atrontar la mirada de su señor: madama Isabel, vuestra madre, y una jóven que lleva el nombre de Blanca de Armagnac, se encuentran en este momento solas y sin auxilio en la cabaña del pastor Santiago Cuaumeret, junto á las cercas de San Sulpicio.

—¡Ah! exclamó el jóven, cuyo corazón botó en su pecho.

La Pavot y el antiguo paje, estupefactos, levantaron la cabeza con esperanza y admiración.

—¿Y porqué se me ocultaba eso? preguntó Juan Rubio, que guardaba quizás un resto de desconfianza.

—No sé mas, Juan de Armagnac; respondió Fray Tranquilo: os he dicho todo lo que sé.

—Te se ha ocultado eso, hermano, respondió Juan Moreno, que aprovechaba como felicísima la ocurrencia del pedagogo, porque las cercanías están llenas de soldados de la Marche, y si te se hubiera dicho desde luego, habrias echado á correr con tu traje de divisa, ya tan conocido, y desde los primeros pasos una bala te hubiera dejado muerto ó tendido sobre el cesped del jardin... Ahora, pues, que te hemos procurado los medios para ir á reunirte con tu madre y con tu amante, incombúdate cuando quieras con nosotros. Juan de Armagnac, mi querido hermano, vete, quédate, haz lo que te plazca: por nuestra parte creo que hemos cumplido un deber.

—No hay mas que decir... concluyó ter-

minantemente la Pavot, poniéndose de jarras.

Tranquilo permanecía en un rincón, pidiendo tal vez perdon á Dios por la mentira que acababa de proferir. Como la idea sutil indicada le hubiese ocurrido como él, en el momento crítico, siendo de entendimiento tan tardo y simple como el de un niño, hubiese encontrado mas agudeza y mas oportunidad que un muchacho despejado, y una mujer que en su clase no tenía nada de tonta., habria que preguntárselo al ángel custodio de Armagnac y no al pobre pedagogo.

Juan Rubio titubeó un instante, y en seguida, pálido y lleno de emoción cogió la mano de Mirette.

—¡Quedad con Dios, y muchas gracias! murmuró.

Dió un abrazo á Juan Moreno, otro en seguida á Tranquilo, desconcertado, arrependido tal vez de lo que habia hecho, y aun á la madre Pavot, que le dió un ruidoso beso en la mejilla derecha.

Se dirigió en seguida resueltamente hácia la puerta; se echó á la cara el sombrero de la posadera, y atravesó llevándose cogida de la mano á Mirette, el patio, donde los soldados de la Marche estaban de reten.

—¿A dónde vais? preguntaron los soldados obstruyendo la puerta del patio.

—A buscar provisiones para hacerlos comer, mis buenos señores, respondió la Mirette con su habitual desenfado.

Los soldados trataron de darle cada cual su beso, que rechazó tambien como acostumbraba, y nadie se cuidó de levantar el sombrero de la supuesta madre Pavot.

—¡Salvo!... exclamó Juan Moreno que los vió por la ventana atravesar el dintel de la puerta del corral.

—¡Salvo!... repitieron Blanca de Armagnac y madama Isabel, lanzándose al mismo tiempo en la habitación del ex-prisionero.

Juan Moreno se estaba ya acomodando en la cama.

—Ya pueden venir los soldados de Graville á poner las narices en los vidrios, exclamó Juan Moreno riendo. Me ataré un pañuelo á la cabeza para ocultar mis cabellos, y cuando los bribones vean por entre las ropas de la cama los faralares de rosa y azul, se quedarán tan satisfechos creyendo tener el pájaro en la jaula... Y en cuanto á vos, mis nobles señoras, conveniente será que procureis un arbitrio para ir á reuniros con mi hermano Juan Rubio allá en la cabaña de Santiago Chaumenel, porque si tardais mucho, será capaz de volverse.

—Tengo oro, dijo Blanca de Armagnac, mostrando un pesado bolsillo.

—Pues con eso, mi antigua ama y señora, teneis sobrado para comprar á todos los soldados de la Marche.

—Habia desconfiado de vos, Juan Roland, dijo madama Blanca tendiéndole la mano, que el paje besó respetuosamente, y os pido perdon por haber sido tan injusta.

—Habeis hecho muy bien, señora, murmuró el avisado paje; porque si siempre me hubiérais mirado con esa sonrisa, hubiera llegado á amaros demasiado para lo que convenia.

Llegó su vez á madama Isabel, que se acercó tambien á dar gracias á aquel afortunado Juan Roland. Nadie se acordaba del pobre Tranquilo, como si su abnegación, su lealtad y su adhesión sin límites se diesen por sobreentendidas, como cosa muy natural y muy sencilla en que nadie debiese reparar.

La alegría reconcentrada en todos aquellos corazones queria rebosar y esplazarse, y antes de combinar los medios de evasión para Blanca y madama Isabel, todos los presentes en aquella estancia, momentos antes tan tristes, y ahora irradiando de alegría y satisfacción, cogidos de las manos como los que se libran de un suceso felicísimo, exclamaron:

—¡Se ha salvado!... ¡está salvo!... Sintióse un ligero ruido en la puerta de la estancia próxima; Tranquilo fué el

primero que volvió la vista, y una exclamación de terror quedó ahogada en su garganta... Madama Blanca é Isabel á su vez volvieron la cabeza y miraron.

Ambas se pusieron pálidas como la cera.

—¡Gracias á Dios! murmuró Juan Moreno, que miró el último. Hay uno salvo... fortuna ha sido... yo conozco á otros que podrían muy bien estar completamente perdidos.

Su rostro no se descompuso; y á todo evento, echó su cabeza en la almohada, para hacer, si todavia era tiempo, el papel de herido.

Veamos cuál era la causa de aquella repentina turbación: sobre el pavé de la habitación inmediata se veía un hombre, lívido como un espectro, que apenas podía tenerse en pié, y que se apoyaba con un brazo convulsivo en el marco de la puerta.

La Pavot, que temblaba como la hoja en el árbol, madama Isabel, Blanca de Armagnac, Juan Moreno y Tranquilo reconocieron en aquel hombre á Vicente Tarquino, de cuyo hombro derecho pendia un muñon informe, envuelto en paños ensangrentados.

VI.

FRAY TRANQUILO.

Vicente Tarquino habia llegado adonde estaba sin hacer ruido; quizás no se habia levantado sino por un capricho de curiosidad, y quizás los soldados Raoul y Pedro, que momentos antes habian encontrado inopinadamente á Blanca de Armagnac y madama Isabel en la estancia interme-

dia á la del prisionero y su perseguidor, habian ido á ponerlo en su conocimiento.

En vez de analizar minuciosamente los tintes fugitivos y con frecuencia opuestos, que se manifestaban sucesivamente en el rostro, horriblemente descompuesto, del italiano, recordaremos simplemente las últimas palabras de maese Annibal Coia.

Maese Annibal habia dicho al salir de la estancia de Vicente:

—He aquí un hombre que habrá de morir rabiando antes de ponerse el sol.

Para quien hubiese oído este lúgubre pronóstico, la mirada de Tarquino hubiese ofrecido ya síntomas amenazadores; su fisonomía era doble, si podemos decirlo así; manifestaba siempre algo de aquel génio de sagacidad y de frío cálculo, que constituía su carácter natural. Pero fuera de eso, ó mejor dicho, por cima de eso, habia algo de estravío. Tarquino no se pertenecía ya por completo á sí mismo; un elemento extraño luchaba en él contra el cálculo de su sagacidad, contra la calma laboriosa y pérdida de su razón.

Y esto se veía: el enemigo, que iba á poner la mano sobre su cabeza y á despedazar su cerebro, era invisible por su naturaleza, mas sus estragos eran ya visibles.

Tarquino conservaba aun para algun tiempo, para una hora, para menos quizás, el uso de sus facultades mentales, ya disminuidas; mas en aquel entredimiento, antes tan lucido, habia por acá y por allá sombras que le oscurecian: sus ideas fluctuaban en una especie de embriaguez, y á poco que el flujo subiese, su juicio iba á perder el pié y á anegarse.

Miró la habitacion, y sus ojos se fijaron en la cama donde Juan Moreno yacia en vez del heredero de Armagnac, y al pronto no adivinó la estratagema.

—¡Salvo!... ¡salvo!... se decía; ¿quién es el que se ha salvado? ¿por qué esas gentes están tan contentas?

Siempre dominado por su idea fija, so-

bre que habia meditado mucho toda la mañana, venia á parar siempre con una satisfaccion mezclada de orgullo á aquellos dos rehenos, que debian dar tan favorable giro á sus negociaciones con el partido de Orleans.

La viuda del duque de Nemours era sin duda algo; era mucho... pero Juan de Armagnac siempre valia diez veces mas... Juan de Armagnac era toda una fortuna.

Tambien se podia estimar en una buena suma á aquella encantadora jóven, madama Blanca, por cuyo amor habia hecho el rey en la antevíspera una locura tan ruidosa.

Tarquino contemplaba alternativamente al herido en su cama, á madama Isabel y á Blanca como el avaro que recuenta su tesoro.

Madama Isabel y Blanca pensaban en una misma cosa, y se decian:

—Juan de Armagnac no debe estar muy lejos aun, y temblaban.

El terror de madama Pavot se habia convertido en ira concentrada, porque detrás de Vicente Tarquino habia divisado el rostro granugiento y abotagado de su marido.

Juan Moreno permanecía inmóvil, ocultando lo mejor que podia su cabeza en el hueco de la almohada, sin otro pensamiento que el de hacer durar todo lo posible la mistificacion que protegía la fuga de su hermano Juan Rubio.

El que entre los presentes iba al fondo de la situacion, el único que se ocupaba del peligro real, inminente, inevitable, era Tranquilo, el del entendimiento tardó que siempre pensaba despues de todos, y que en este caso se habia anticipado á los demás.

Le habia ocurrido una idea de repente, que le habia hecho estremecerse de los piés á la cabeza. Aquel pedazo de carne informe y sangriento, que pendía del hombro del capitan, era obra de Juan Moreno, que estaba allí en la cama en lugar de Juan de Armagnac. Iba á pagar con la vida su ab-

negacion, porque era imposible que Tarquino tardase mucho tiempo en reconocerle. En consecuencia, fué á buscar su espada al rincón donde la habia dejado, y volvió á colocarse delante de la cama.

Tarquino le miró, gesticulando una sonrisa; su herida le arrancaba quejidos, mas estaba en disposicion de pensar; mi primo Annibal, se decía, es un sabio, y me ha asegurado que curaré muy pronto, y aun se me figura que estoy algo mas fuerte.

Si no se hubiese agarrado al marco de la puerta, habria caído ya de espaldas, porque sus rodillas flaqueaban.

—Escucha tú, idiota, dijo dirigiéndose al pedagogo; si consientes en no hacer el loco, te se dejará sano y salvo.

La Pavot conocia demasiado bien á Tranquilo para no temer el arranque de su génio. Era la última esperanza de salvacion que se desvanecía respecto de Juan Moreno.

—Aceptad, primo Tranquilo, exclamó la tabernera dirigiéndose á Tranquilo; aceptad, en nombre de Dios, y marchaos!

Mas Tranquilo la hizo retirar con un ademán resuelto, y se enderezó hácia Tarquino.

—Dejadme, mujer, replicó con ese orgullo legítimo del hombre valiente que ha hecho el sacrificio de su vida; yo ya sé manejar la espada... y puesto que este ha defendido á Juan de Armagnac, yo á mi vez debo defenderle á él hasta derramar la última gota de sangre.

Esto lo dijo con voz clara, firme y resuelta, manifestando todo el pensamiento de su alma leal, sin pensar lo menos del mundo en que pronunciaba la sentencia de muerte de su protegido.

Tarquino abrió los ojos y se conmovió; creyó al pronto haber oído mal; é interrogó con su mirada á Tranquilo. La mano de la Pavot cubria la boca del pedagogo.

—¿Este ha defendido al heredero de Armagnac?... preguntó Tarquino, procu-

rando dar un sentido á estas palabras... Todos se defienden como pueden... ¿qué es lo que quiere decir este loco?

—Señor capitan, ya sabeis que no es de ahora la locura de este hombre.

—¿Qué es esto?... exclamó Tarquino reparando el desorden del traje de la Pavot.

Se volvió en seguida hácia madama Isabel y Blanca de Armagnac, á quienes vió descoloridas con las manos cruzadas, conteniendo su respiracion.

—¡Hola! ¡hola!... repitió.

—Dejad sobre la cama la espada, buen hombre, pero no os quiteis de ahí hasta que maese Tarquino se acerque á la cama... Deseo ver la cara que ponga al distinguir la punta de mi nariz.

El travieso mancebo decía esto con una frescura infantil, sin dejar de conocer por eso que sus últimos momentos estaban contados; pero eran así estos muchachos temerarios que llegaban á caballeros, cuando el hervor de la sangre se amortiguaba un poco; traviosos y decididos en presencia de la muerte misma.

Tarquino no comprendia aun: pero ya se figuraba que allí ocurría algo de nuevo: así es que avanzó un paso hácia el interior de la pieza, y dejó descubierta la puerta, tras la cual se mostraban las cabezas barbudas de una docena de soldados. Pavot aparecía en primer término, y amenazaba con los puños á su mujer.

—¡Apártate!... dijo Tarquino á Tranquilo.

El pedagogo, en vez de responder y obedecer, toma la maciza espada con ambas manos, y se plantó sólidamente sobre sus piernas entreabiertas.

—¿Pero no ves, idiota, que la resistencia es inútil?... repuso Tarquino, que se detuvo para mostrar con el dedo á Pedro, á Raoul y á los demás soldados.

Tranquilo se encogió de hombros.

—Buena cosa es en la que se funda el orgullo de estas gentes de armas... dijo. Ayer tarde, al oscurecer, no habia tomado

aun un arma en mis manos, y ahora soy ya tan hombre como vosotros todos.

—¿Habremos de recurrir á la fuerza?... exclamó Tarquino frunciendo el ceño.

—Préstame tu chafarote, Raoul, decía Pavot para manifestar su celo. Ese es primo de mi mujer, y apuesto á que le divido el cráneo en dos mitades.

—¿Y nosotros no haremos algo por salvar á ese generoso mancebo?... murmuró madama Isabel al oído de Blanca de Armagnac.

La jóven vino á colocarse entre Tarquino y Fray Tranquilo. La hemos visto ya mas de una vez tomar ese aire imperioso que hacia doblar la frente de todos los oficiales de las compañías de Graville; y como su capricho habia sido siempre la ley del señor, todos la obedecian. Esto lo sabia muy bien, y hasta este último momento contaba con el efecto de su intervencion.

—Creo que no habeis reparado que estoy yo aquí, maese Vicente Tarquino, dijo, cubriéndole con una mirada desdeñosa.

Tarquino fijó en ella su vista desca-
rada.

—Si tal, hija mia, replicó con una especie de compasion burlona: os of al entrar y dije para mí: hé aquí una que va á caer desde muy alto.

Blanca escuchaba y no queria dar asenso á lo que oía.

No ignoraba que aquel hombre era su enemigo, porque las mujeres tienen para esto un instinto que nunca las engaña. Pero como en el dia anterior aun le habia visto arrastrarse á sus piés, no podia comprender la causa de tan repentino cambio; bien es verdad que desde la vispera habian ocurrido tantas cosas que ella ignoraba ..

—Dos dias hace, le dijo mientras el sonrojo le subia á la cara, me decia el conde de la Marche, que si entre los caballeros que le rodeaban hubiera alguno que me faltase al respeto, aunque fuese el mejor y mas afamado de todos, le haria ahorcar como al último paisano de sus dominios.

—No diré que el señor Olivier no lo haya dicho, repuso Tarquino. ¿No es verdad, continuó volviéndose á sus compañeros, que el señor de Graville ha sacrificado siempre á sus mas leales servidores, á los caprichos de la primera mujercueia que le ha sonreido al paso?

El sonrojo que tenia la frente de Armagnac se disipó para dar lugar á una palidez livida.

—Vasallo, exclamó irguiéndose todo lo que pudo, no escaparás á un ejemplar castigo, yo te lo prometo.

Y volviéndose á su vez hácia los hombres de armas, añadió:

—No hay aquí mas que cobardes y traidores, que así consienten que se insulte á su señor?

No hubo quien respondiese entre los hombres de armas: Tarquino soltó una carcajada sardónica y estridente, á que hizo coro otra bestial de Pavot. Los puños de su excelente mujer se cerraron á pesar suyo, y podemos asegurar que una vez empuñada la batalla, los dos ojos del hostalero hubieran salido entre sus garras.

Y decimos batalla porque Juan Moreno habia ocultado bajo la ropa de su cama una espada, y Dios sabe el trabajo que le costó el contenerse ante la insolencia brutal de Tarquino.

Tranquilo, por su parte, no decia una palabra: estaba apoyado en la cruz de su espada, inmóvil y agarrotado como una estatua: esperaba, y bien se podia ver que lo que pasaba no influia nada para su resolucion.

El se habia dicho: ¡si ese hombre da un paso mas, le mato!... y esperaba á que Tarquino diese ese paso.

—Hija mia, dijo maese Vicente que casi olvidaba su herida con la malignamente placentera distraccion que le proporcionaba aquella empresa: bien sé que vuestro corazoncito pertenece por completo al hermoso jovencito que yace en ese lecho... Ese rubito, ¡voto á saas! ha sido mas afortunado que un conde soberano y que un rey de Francia... Yo no sé todavía lo que

será de nosotros y de vosotros, hija mia, porque vivimos en unos tiempos tan extraños... Pero sí puedo decirós que sois vos tan princesa como la buena mujer Pavot que está ahí á vuestro lado.

—¿No es verdad, mi noble señora? añadió dirigiéndose inopinadamente á madama Isabel, ¿no es verdad que esa culpable superchería ha durado ya demasiado tiempo? ¿No habia mas que una cuna en la casa de Armagnac, y en esa cuna no era una niña la que dormia, sinó un duquesito!

Madama Isabel bajó los ojos, y respondió:

—Mejor que nadie debeis saber eso vos, Vicente Tarquino, ¡que quereis asesinar al hijo despues de haber asesinado al padre!

El italiano se mordió el lábio.

—Hay instantes, murmuró, en que valdria mas olvidar... ¿Qué importa lo que yo haya hecho en otro tiempo, si hoy os estoy sirviendo?

—Hijos, acercáos: se interrumpió llamando á los soldados con un gesto imperioso: decid á esos hombres y á esas mujeres cuál'es el nombre de vuestro actual amo y señor.

—¡El capitan Vicente Tarquino! respondieron los soldados á una voz.

Y el hostalero Pavot gritó el último, echando su casquete forrado al aire hasta tocar con el techo:

—¡El ilustre capitan Vicente Tarquino!

Los soldados habian entrado en el cuarto, en número casi de quince. Simonot, que hasta entonces habia permanecido oculto detrás de ellos, vino á colocarse al lado de su amo Pavot, su jefe de fila.

—¡Oh! dijo para sí la tabernera, ¡no habria incurrido en tal felonía el buen Nicolás, que Dios hayal!

—Es decir, que estais en rebelion contra vuestro señor Olivier de Graville? preguntó Blanca de Armagnac, que no perdía aun nada de su fiereza ni de su valor.

Una explosion de risa general respondió á esta pregunta.

III

—Abre la ventana, Raoul, dijo Vicente Tarquino; la que da vista hácia el palacio... Acaso pueda ver esa niña un espectáculo curioso que nos escuse mas largas esplicaciones.

Raoul hizo girar el pesado maderaje y los ruidos de fuera penetraron mas distintos en aquella estancia: las descargas de la arcabuceria parecian haberse alejado, pero llegaban de todas partes gritos confusos.

Era, ó al menos podia juzgarse por tal, el concierto alegre de clamores que siguen á una batalla ganada.

Tarquino se volvió hácia la ventana abierta.

—¡Justamente! dijo, mientras que su lábio hacia un movimiento de gesticucion involuntaria: mirad, madama Blanca de Armagnac, y acentuó irónicamente esta palabra, y comprenderéis por qué estos bravos carraradas se echan á reir cuando oyen hablar del señor Olivier de Graville, su amo.

Por cima de los árboles que bordean el camino real, se veian los muros de la Marche, donde hormigueaban multitud de hombres armados, y de las almenas de la torre, por la parte del Sudeste pendia una cuerda al cabo de la cual se balanceaba lentamente un cadáver.

Blanca de Armagnac lanzó un grito de horror, y el soldado Raoul volvió á entornar la ventana.

—Sostenme, Pedro, dijo Tarquino haciendo esfuerzos para sostenerse en pié, y con voz que por instantes se iba alterando mas y mas. Creo que pronto voy á entrar en esa crisis favorable que debe volverme á la salud, segun el parecer de mi primo Annibal.

Apoyóse en el hombro de Pedro y echó en torno de sí una mirada satisfecha.

La Pavot estaba arrodillada refunfuñando una oracion por la salvacion y descanso del alma del señor Olivier ahorcado de las almenas de su palacio de la

7

Marche: madama Isabel se habia cubierto el rostro con ambas manos, y Blanca de Armagnac temblaba convulsivamente sin poder articular una palabra.

Un instinto secreto les decia á estas tres mujeres de clase y condicion tan diversas... por distinto amor á una misma persona, que la muerte del señor Olivier de Graville era una desgracia mas en su situacion.

Graville habia sido un enemigo cruel, pero era un caballero, y ante la infamia de ciertas estremidades, quizás Graville hubiera retrocedido.

Mientras que aquel italiano de venenosa mirada, aquel bribon sin entrañas ni conciencia, no repararia en nada, ni se detendria por ningun escrúpulo. No sabian aun lo que queria, ni qué secreto impulso ó tenebroso objeto le indujera á obrar... pero por fuerza habia de ser algo de siniestro y horrible.

El pedagogo no habia cambiado de aspecto á la vista de Graville ajusticiado, de donde podia deducirse que aquello no le importaba nada: al contrario, el corazon de Juan Moreno habia saltado en su pecho y palpitaba agitado. Una ira reconcentrada hervia en su pecho, mientras estaba aprisionado bajo aquellas mantas; su cerebro ardia; azechaba á Vicente Tarquino por cima de los brazos de Tranquilo, y su mano se crispaba en el pomo de la espada, que tenia entre las ropas.

—La batalla ha terminado, dijo Tarquino... nosotros somos vencedores... y cuando digo nosotros, quiero dar á entender que es nuestro muy amado señor el rey Carlos de Francia, de quien yo siempre fui súbdito fiel y leal.

—¡Vos súbdito fiel del rey!... esclama la Pavot, que se levantó con los puños cerrados y la boca llena de insultos.

Pavot, su marido, atravesó el cuarto, la agarró por los hombros y la sacudió paternalmente, pero con tal violencia, que el grito de coraje de la buena mujer gorgoriteaba en su garganta como el gorgo de una prima donna.

Tarquino entreabrió su casaca, y sacó un pergamino, que desenvolvió con la única mano que le quedaba.

—Esto no reza con mis valientes compañeros, dijo con énfasis; mis valientes soldados saben qué papel he hecho yo en las dificiles circunstancias que acabamos de atravesar.

—¡Es verdad! nosotros lo sabemos, repitieron Raoul, Pedro y los demás.

Pavot añadió con compuncion, sin soltar los hombros de su mujer:

Y yo digo que es un famoso papel.

Ahora me dirijo á madama Isabel, duquesa de Nemours; á esa jóven madama Blanca, cualquiera que sea el nombre que quiera tomar para lo sucesivo; hablo sobre todo á ese jóven ilustre, tendido en ese lecho de dolor... Quiero que no haya ninguna mala inteligencia entre nosotros... quiero que sepan con toda evidencia que yo soy aquí el señor, el vencedor, el soberano árbitro... que su suerte depende de mí, y que, segun se me antoje, puedo hacer su fortuna ó su desgracia.

Blanca de Armagnac y madama Isabel procuraban leer aquel pergamino, que solo veian por el revés. Tranquilo no comprendia de todo esto mas que una cosa, á saber: que Tarquino, prolongando su error, creia tener siempre en la mano al heredero de Armagnac. Y así se ensanchaba todo lo que podia para hacer pantalla y ocultar la supercherfa.

Tarquino volvió el pergamino: madama Isabel y Blanca de Armagnac pudieron descifrar las líneas de un salvo conducto real firmado por D. José María Lobel, obispo de Antun, confesor de S. M.

Este salvo conducto valia no solo para Tarquino, sino tambien para sus compañeros, lo que nos da la clave del secreto de la repentina adhesion de Raoul de Pedro y de los demás hombres de armas.

Algunos minutos antes habia habido una escena violenta en el cuarto donde estaba Tarquino. Poco habia faltado para que los soldados de Graville le hicieran pagar de una vez sus traiciones y malda-

des. Mas Vicente habia exhibido el famoso pergamino y los soldados de Graville que sabian lo que les esperaba se pusieron con gusto á las órdenes de este nuevo amo, cuya inviolabilidad garantida por la promesa real, iba á cubrirlos en lo sucesivo.

Vicente Tarquino les habia hecho notar bien que aquel salvo conducto no se referia á Pedro ni á Juan, ni á determinado número de compañeros, y por consecuencia, que todos podian aprovecharse del beneficio que se les ofrecia.

Por las ventanas de la habitacion se veia á los hombres de armas de Orleans recorrer los muros del castillo de la Marche, como vencedores, y Raoul, Pedro y demás dieron al diablo á Olivier de Graville, y gritaron: ¡viva el rey! con la mejor voluntad del mundo.

Tanto fué así que el señor Olivier de Graville, perseguido de cerca por el escudero del duque Luis, habiendo venido á pedir asilo á la puerta del Hostal, le fué negada la entrada, y al tiempo de subir la escalera de la muralla fué alcanzado, estrangulado en seguida y colgado luego en esta disposicion de las almenas del castillo.

Tarquino continuó, conservando siempre el pergamino desavrollado en su mano.

—Los consejeros del rey sabian cuán odiosa me era la rebelion de ese hombre que habia usurpado el título de conde de la Marche... Yo estaba colocado al lado suyo para vigilar su conducta.

Las tres mujeres hicieron á la par un gesto de disgusto.

—Espfa... refunfuñó Juan Moreno sin poder contener su indignacion.

Vicente frunció el entrecejo, y por un instante su descolorido rostro se cubrió de carmin.

—Senorito, dijo conteniendo su voz y dirigiéndose al supuesto herido; para ser señor de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, la primera condicion es vivir... Pero no me obliguéis á repetir-

lo... el amo absoluto aquí soy yo. Para llegar hasta el lecho donde Juan Moreno, reventando de coraje, ocultaba aun su rostro en el hueco de la almohada; estas palabras pasaban en cierto modo al través de los oídos de Tranquilo.

Este no se movia: mas su respiracion iba haciéndose dura y penosa.

—¡No es mas que un niño!... murmuró.

Y como su instinto le mostrase tambien esta vez lo que no alcanzaba la sagacidad de los demás, es decir, el motivo de la conducta de Vicente Tarquino, añadió:

Luis de Orleans era muy amigo de su padre... Y él mismo le ha visto salvar la vida del rey... Ya quisiera yo tener la suma que ha de tener esta noche vuestro bolsillo, maese Vicente, cuando hayais dicho al duque: hé aquí al señorito Juan de Armagnac, á quien el señor de Graville queria asesinar.

Hubo algunos instantes de silencio: las tres mujeres comprendian vagamente la idea del pedagogo, y callaban. Tarquino al fin se sonrió.

—Si se me diera una buena suma, murmuró, te regalaria una buena porcion de escudos de oro, viejo inocente, para que hicieras hervir la retorta en que cueces la piedra filosofal... Mas yo tengo otras cosas que decir al duque de Orleans, como, por ejemplo, que soy yo quien ha abierto las puertas del palacio.

—¡Traidor!... dijo por lo bajo Juan Moreno.

Tranquilo hubiera querido ponerle ambas manos en la boca, pero no atrevia á volverse.

—Y le diré además, añadió maese Vicente: fui yo quien ocultó al señor Olivier la defeccion de madama la regente; yo quien le puso la espada en la mano y la sogá en el cuello.

Y cuando esto decia, señalaba á la ventana por donde antes se habia visto el cadáver del conde de la Marche, suspendido de las almenas del castillo.

—Y estará muy bien dicho, exclamó Pavot.

—¡Infame!... empezó á decir su esposa exasperada.

Pero no tuvo tiempo para concluir, porque el supuesto Juan de Armagnac echó de pronto las mantas al diablo, y se presentó en el salon espada en mano.

Blanca y madama Isabel apenas pudieron reprimir un grito de terror, y Tranquilo se precipitó hácia el jóven como queriéndole cerrar el paso. Pero Juan Moreno que era un jóven forzado, apartó al pedagogo de su paso, y de un salto se cuadró ante Tarquino exclamando:

—Es peor que un martirio, continuar en esa cama!... Graville ha hecho muchas cosas malas... yo no diré lo contrario. Mas he comido por espacio de quince años el pan de su casa, y repito en voz que todos me entiendan, lo que un momento antes refunfuñaba sin poderme contener... ¡Vicente Tarquino, eres un traidor infame y vil, un infame asesino!

—Sea, pues, dijo Tranquilo levantando los ojos al cielo y viniéndose á poner al lado del impetuoso mancebo con la espada en alto: mejor hubiérais hecho en permanecer quieto... Pero ha llegado el momento de no pensar mas que en cumplir cada cual con su deber, y que Dios tenga misericordia de nosotros.

Tarquino permaneció un instante suspendido y asombrado como si le hubiese herido un rayo. Desde que estaba en aquella habitacion le habia asaltado mas de una vez una sospecha que las primeras palabras de Tranquilo estuvieron á punto de desvanecer, y que sin los dolores de su herida, y la debilidad consiguiente al estado en que se encontraba, se hubiera apresurado á destruir por sí mismo. Pero como por cima y al través de la escuálida figura del pedagogo veia siempre los colores rosa y azul que reconocia tan perfectamente por los del traje de fiesta del heredero de Armagnac, se dió por satisfecho, contribuyendo tambien á ello la semejanza dei por-

te de los dos jóvenes y tener cubierta la cabeza con todo cuidado para ocultar la diferencia mas notable que hubiera podido descubrir desde luego la superchería.

Tarquino no podia dar asenso á lo que veía, y cuando ya persuadido de la realidad, reconoció el engaño que comprometia el éxito de sus codiciosos proyectos, su rostro empezó á agitarse convulsivamente y sus labios se cubrieron de espuma. Se le vió temblar y tocar su herida conmovido de pies á cabeza, como si el choque violento que acababa de experimentar le hubiese recibido en el sitio mismo del mal.

Los hombres de armas que le seguian, leyeron en sus ojos un pensamiento siniestro y echaron mano á las espadas en el momento mismo que las mugeres gritaban, con voz ahogada, piedad...

—Dejadme, buen hombre: esto no va con vos; decia Juan Moreno á Tranquilo apartándole de sí con la mano: dejadme, yo solo moriré.

—Jóven, respondió Tranquilo con afectuosa emocion; no podré replicaros porque hago esto debiéndome como me debo á otros y teniendo tanto que hacer todavía en este mundo... Pero la fuerza que á hacer esto me induce es mas poderosa que yo, y declaro que al primero que se acerque á vos, le rajo la cabeza de arriba á bajo. Tarquino dejaba á madama Isabel arrastrarse suplicante á sus piés y ni aun miraba á Blanca de Armagnac que se inclinaba, bañada en lágrimas, sobre su mano.

En el primer instante habia cedido Tarquino al vértigo que se apoderó de su cabeza; su razon vacilaba: experimentaba en su interior una emocion desconocida, una especie de entorpecimiento que precede á todos los grandes sacudimientos cerebrales. Al pronto habia experimentado sed de sangre; y se habia levantado ya para señalar á las espadas y puñales desus soldados el pecho del jóven. Pero las últimas palabras del pedagogo, hicieron en su ánimo un efecto inesperado, por mas que no le fuesen dirigidas: en consecuencia, detuvo con una señal el arranque de sus soldados

y se asió con mas ahinco á los hombros de Pedro porque se sentia desfallecer.

Una sonrisa diabólica se delineó en su rostro descolorido y de-compuesto; tal, que se hubiera preferido la expresion de franca ira que un momento antes crispaba sus labios blanqueados por la espuma del furor.

Era lo que se veia una crueldad glacial, implacable; una alegria tan maligna y tan cruel, que helaba la sangre en las venas á los sicarios mismos que le rodeaban.

—Mucho queria yo á ese Juan de Armagnac, dije con voz sardónica: ¿hay entre vosotros alguno que quiera decirme donde e ha refugiado?

—¡No te canses tigre!... exclamó Juan Moreno á su vez encolerizado: te se ha quitado la presa y no la encontrarás... ¡eal aguza tus dientes y muere á prisa!

Tarquino no dejó escapar siquiera una señal de enojo.

—¿Nadie me responde? continuó, mirando sucesivamente á Blanca de Armagnac, á madama Isabel y á Fray Tranquilo.

Por un instante pareció recogerse para pensar, y en seguida repuso con voz vibrante:

—¡Viejo loco!... tu tenias en otro tiempo dos hijos... ¿no es verdad?

Tranquilo dió un paso hacia él, como si una fuerza sobre humana le hubiera impulsado.

—Y se dice, prosiguió Tarquino que amabas mucho á la madre de esos dos hijos... á la pobre Marion, su esposa que murió al cumplir los veinte años, ¿es verdad?...

Tranquilo exhaló un gemido de lo mas hondo de su pecho.

Todos los presentes, incluso Juan Moreno, escuchaban con la boca abierta y el corazon oprimido.

Veian todos suspendido sobre la cabeza de este pobre hombre un golpe terrible algo de desgarrador y funesto, algo de mas terrible que la muerte misma.

Tranquilo mismo lo sentia, porque un

sudor frio cubria ya su frente y corria á lo largo de sus sienas.

—¿Eres tú quien ha hecho escapar á Juan de Armagnac? repuso Tarquino, que le cubria con su mirada penetrante y feroz.

—Sí, respondió Tranquilo.

—¿Eres tú quien ha puesto á ese jóven en lugar de Juan de Armagnac?

Tranquilo no respondió, mas su garganta dejó escapar un quejido. Ya adivinaba.

—Sois un hombre de iniquidad y de falsías... murmuró tratando de luchar contra la conviccion que se apoderaba de él... Yo no quiero creerlos... no os creo.

Y desde entonces apartaba los ojos de Juan Moreno y de madama Blanca para no reconocer en aquella hora de agonía la doble vision que se le habia aparecido en los jardines del rey Salomon.

La risa de Tarquino se hizo mas sarcástica.

—¿Con que no me crees?... repitió, pues aun no te he dicho nada. Pero haces mas que creerme, puesto que me has adivinado el pensamiento...

Tranquilo se santiguó y bajó la cabeza balbuceando.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... iluminad mi pobre entendimiento.

—Jovenzuela, dijo Tarquino dirigiéndose á Blanca de Armagnac, mirad á ese jovenzuelo con detencion, y volved con vuestra memoria á los dias de la infancia. Juan Roland, mira bien á esa jóven, y acuérdate de aquella hermanita de quien tantas veces me has hablado!

Juan y Blanca obedecieron á pesar suyo; cambiaron una mirada, y palidieron.

Madama Isabel se inmutó mas aun que ellos, porque su instinto maternal presentia que de aquella escena iba á brotar el mayor peligro á que podia esponerse el objeto de tantos desvelos y de tanto amor.

—Se reconocen... no hay duda, exclamó Tarquino con aire de triunfo; mas si neces-
tas otras pruebas, buen viejo, desabrochar

la casaca de ese muchacho, descubre su pecho, y verás si hay allí sobre el lado del corazon algo que tú conozcas..

—¡Su hijo!... repitió en el fondo de su corazon madama Isabel: su hijo y su hija... ¡Juan de Armagnac está perdido!...

La Pavot y hasta los soldados mismos de Tarquino seguian con interés creciente las peripecias de este drama. Tranquilo permanecia como petrificado y con la vista fija en el suelo.

—¡Cómo!... repuso Vicente Tarquino, ¿no me has oído?...

—Sí te he oído, respondió Tranquilo; pero yo no tengo necesidad de abrir los vestidos de ese joven... Ya sé que lleva el escudo de Armagnac grabado en su pecho.

Y en seguida añadió, echando una mirada disimulada á Tarquino.

—¿Y eso qué prueba?

Los ojos ardientes y curiosos de Juan Moreno repetian esta pregunta.

—La relacion no será muy larga, replicó Vicente Tarquino sonriendo con cierta especie de complacencia; no es de hoy cuando he aprendido á dominarme á mí mismo... Ahí tienes un muchacho extravagante que me ha cortado de un tajo el brazo derecho, que yo queria tanto como la vida!... Pues bien, en vez de entregarlo á los puñales y espadas de mis soldados, no obstante eso y el haberme insultado ahora, le dejó ahí en pie, sin tocarle, y razono á sangre fría... La sangre urente de mi herida, añadió mientras que con la mano izquierda tocaba el apósito y una espresion de angustioso dolor se manifestaba en su rostro, la sangre de esta herida salta hácia él... y sin embargo, me contengo, reprimo mi deseo de venganza y mi sangre.

Esto diciendo, se presentó erguido, y Fray Tranquilo se vió precisado á mirarle.

—Vas á cercarme ahora, vicjo marrullero, exclamó, porque tal cual me has visto en otro tiempo, me vas á reconocer aho-

ra... Una noche, ya hace quince años, me quitaste mi presa como hoy, y como hoy, la casualidad me puso delante á este niño, que es tu hijo... Acuérdate de que aquella misma noche se hizo venir á tu hijo al palacio de la Marche para ser azotado en castigo de las faltas que cometiese el duquesito Juan...

—¡Es verdad, es verdad! murmuró Tranquilo.

Y Juan Moreno repitió:

—¡Es verdad!...

Madama Isabel estaba medio muerta de angustia.

—Hubiera podido matarle, continuó diciendo Tarquino, y acaso tuve algun tiempo ánimo de hacerlo... Pero tú te habias llevado á Juan de Armagnac para que algun dia se levantara contra nosotros... Bien sabia yo que tu presentarias por prueba del nacimiento de tu señorito el escudo que lleva grabado en su pecho, y me dije entonces: este niño vivirá y vivirá para ser un obstáculo á los proyectos de su padre... vivirá para ser enemigo mortal de Juan de Armagnac, vivirá... ¿Pero á qué tantas palabras... En esto me parece que me reconocerás... ¿no es así fray Tranquilo?

—Sí murmuró este: te reconozco perfectamente!

—Pues bien, fray Tranquilo, continuó diciendo Tarquino, volviendo con calma el famoso pergamino á su pecho: si dentro de un cuarto de hora, no sé de cualquier modo el refugio donde está oculto Juan de Armagnac, tu hijo, y tu hija, serán hechos pedazos á tu vista.

Madama Isabel xhaló un grito ahogado, y la Pavot se vió obligada á sostenerla en sus brazos desmayada.

VII.

MISTERIOS DEL CORAZON.

Sin añadir una palabra mas, se retiró Tarquino con sus soldados, seguido del hostalero y Simonot.

El necio Pavot hizo un nuevo gesto de amenaza con el puño á su atribulada consorte. En cuanto á Simonot, á quien los celos le hacian feroz, habia reconocido en la persona de Juan Moreno al endriago de la posada de la Urraca, y se acordaba perfectamente de que aquel mismo endriago habia vuelto á llamar á Mirette bajo las ventanjas de la cocina, y que Mirette habia escogido aquel momento para ir á buscar á París miel moscada y extracto de mejorana.

Simonot, á pesar de la dulzura de sus costumbres y de su natural pusilanimidad, se sentia dispuesto á hacer el oficio de verdugo para satisfacer su venganza, á condicion, en tanto, de que se le atase y asegurase convenientemente al paciente, y que permaneciesen por allí á la mira algunos soldados, cuantos mas mejor, que le defendiesen en caso de necesidad.

Con tales precauciones, aun se sentia con fuerza para cortar la cabeza á aquel formidable endriago.

Apenas hubo Tarquino pasado el umbral de la puerta, y esta cerrádose tras él y su comitiva, empezaron á oirse gemidos entrecortados por quejas agudas; no hubo casi tiempo para que llegase á la habitacion donde el sábio maese Annibal Cola habia hecho la primera cura.

Los esfuerzos que habia hecho sobre sí mismo para reprimirse tanto física como

moralmente, provocaron una reaccion súbita y violenta. Diéronle convulsiones, y sus soldados aturdidos le vieron retorcerse en su cama exhalando rugidos inarticulados, moviendo sus párpados y rodando sus ojos en sus órbitas deprimidas, rechinando los dientes y arrancándose violentamente los apósitos en que estaba envuelta su herida.

A vueltas de las blasfemias que proferia en su delirio, llamaba á Annibal Cola en su auxilio.

Pero maese Annibal no venia.

En un momento de remision, decia:

—¡Oh! padezco... sí, padezco horriblemente... ¿no sé si se podrá padecer mas en el infierno!... pero esta no es mi última hora... es el principio de la crisis favorable... de esa crisis que me ha de volver la fuerza y la salud.

Procuraba el hombre leer su destino en los semblantes de los que le rodeaban, los cuales estaban verdaderamente consternados.

Sus dientes tiritaban ó rechinaban á punto de romperse, y el estupor que observaba en los circunstancias duplicaba su fiebre.

—Cuando sea llegada mi última hora, dijo en un momento que experimentó un escalofrio horrible, ya lo conoceré, porque nadie muere por un orden regular sin sentirlo algun tiempo antes... y para entonces, quiero tener alrededor otros cadáveres... Ahí está el causante de mi desgracia... y todos los que puede querer... yo quiero sangre... rios de sangre para morir al menos en la embriaguez de la venganza satisfecha.

De la parte de fuera habia sucedido una especie de calma al fragor imponente del combate, y el sol se elevaba radiante hien su cénit al través de un cielo despejado y limpio. Los hombres de armas de Orleans comian ó descansaban, porque el camino real que pasaba por delante del famoso hostal, estaba desierto.

Serian ya como las nueve de la mañana, y con el silencio se pudo oír hácia el lado

de la puerta de Buey el toque de una trompeta, y luego una voz monótona y lenta, que pronunciaba algunas palabras que la distancia no permitía distinguir.

La voz calló, y al cabo de unos tres ó cuatro minutos, se oyó de nuevo el sonido de la trompeta mas próximo y un pregonero armado y á caballo, seguido de los tocadores se detuvo ante el palacio de la Marche y el hostal de Pavot.

Los soldados de Vicente Tarquino pudieron oír esta vez al pregonero que ofrecía de parte del rey y en nombre de monseñor el duque de Orleans, una buena recompensa á quien diese razon del paradero del jóven señor Juan de Armagnac y de la duquesa su madre.

Era el último arbitrio intentado, des pues de otros muchos inútiles, por el duque, que habia conducido al asalto al palacio de la Marche, sin otro objeto que el de encontrar al jóven que habia salvado al rey Carlos, para lo cual habia recorrido y registrado todos los rincones del castillo.

No lo puede hacer uno todo por sí mismo: Luis de Orleans no habia omitido medio que estuviera en su mano, y el soldado Geromo le habia seguido á todas partes. Desgraciadamente, habian conliado á otros el cuidado de visitar y registrar las casas de campo inmediatas y todas las dependencias de palacio; y el oficial encargado de esta mision habia encontrado al señor Pavot en el salon de despacho de su casa, el cual al verle entrar, gritó mas alto que todos, «viva el rey!» con lo cual el oficial se habia retirado sabiendo que en la casa habia un agente del partido de la corte comisionado por D. José María Lobel, obispo de Autun, confesor del rey.

Del otro lado de la puerta vidriera seguia fray Tranquilo en pié donde le habia dejado Tarquino, inmóvil con los brazos caídos, las manos cruzadas á la espalda, con la vista fija, triste y perdida á lo alto.

Tampoco Juan Moreno ni Blanca se ha-

bian movido: la señora Pavot era la única que se ocupaba de madama Isabel, desmayada y casi exánime.

Juan Moreno fué el primero que volvió en sí; partió derecho á Tranquilo y con la decision y energia que le conocemos, habló en la forma siguiente:

«Cuando os ví por primera vez en la posada de la Urraca, sentí en mí algo que me recordaba un pasado casi desvanecido... Me sucedió lo mismo cuando por primera vez me acerqué á esta que llevaba el nombre de Blanca de Armagnac... Es decir, que es ella efectivamente la que estaba conmigo en la humilde choza de Areucil, y sois vos tambien el que iba á vernos cuando éramos todavía niños.»

Miró en seguida á Blanca como para tomarla por testigo: mas los párpados de la niña estaban bajos y un tinte de amargura sombreaba la expresion de su rostro hechicero.

Ayer era princesa: quizás fuese esto lo que estaba pensando.

Ayer el patrimonio inmenso de Armagnac era suyo con su hermoso palacio, castillos, jardines, bosques inmensos, provincias enteras, y el pobre paje á quien ella amaba en el colmo de su grandeza, la adoraba desde abajo como los que están en la tierra adoran á Dios que está en el cielo.

Hoy ya no es nada: nada tiene, nada vale y precisamente el pobre paje á quien ella amaba era Juan de Armagnac el dueño legítimo de aquellos riquísimos feudos, castillos, palacios, bosques, provincias enteras; y el hombre que se le designaba ahora diciéndola: ese es tu padre, era aquel pobre infeliz cuya historia sabian todos los vasallos de la Marche; aquel pobre fray Tranquilo medio sábio, medio loco, que dos dias antes habia sido paseado en triunfo por los jardines del rey Salomon con un cucurucho de nigromante y su balandrán raído. Caía la infeliz de demasiado alto y su perdida grandeza estaba demasiado cerca una para que su corazón no estuviese oprimido y su cabeza no sintiera el vértigo que le cogaba.

Pero algo mas extraño aun y mas inesperado que la vacilacion de esta pobre criatura precipitada de repente desde el colmo de la grandeza al último peldaño de la escala humana, era la insensibilidad de Fray Tranquilo en presencia de sus dos hijos, encontrados despues de quince años de ignorar absolutamente de ellos; de los dos hijos de Marion, su amada esposa.

Sus ojos, que parecian no ver, estaban perdidos en el espacio, y sus oídos no le habian oído las palabras de Juan Moreno.

—Padre mio, exclamó este último, ¿en qué estás pensando?... No olvidéis que no es tiempo este de entregarse á desvarios... el malvado Vicente Tarquino nos ha dado quince minutos solamente para ajustar nuestras cuentas y le estoy oyendo rugir allá en su habitacion como un endemoniado... Abrazad, pues, á vuestro hijo, que se tiene por tan dichoso en poderos llamar padre, como si fuérais un poderoso señor de vasallos ó un rey de la tierra.

Y este interesante y gallardo mozo lo decia muy ingénuo y muy cordialmente, sin embargo de que él tambien habia tenido sus sueños. Muchas veces aquel ilustre escudo que llevaba grabado en su pecho le habia dado en qué pensar. Por otra parte, él se reconocia con valor y fuerza suficientes para manejar la espada y la lanza de un alto varon... pero habia sabido apreciar el noble fondo de Tranquilo, y era de los que toman de pronto sus resoluciones, y así es que no menta cuando dijo que estaba contento.

Estaba contento: amaba á aquel padre que le caía de las nubes, y renunciaba sin pesar, sin tristeza, con la mayor buena fé del mundo, á su grandeza imaginaria.

Solo sí le parecia que Tranquilo merecia demasiado bien su mote, y que madama Blanca tardaba demasiado tiempo en echar al diablo su disfraz de princesa.

—¿Por ventura soy yo aquí el único que tiene memoria?... exclamó el antiguo paje ya impaciente y dando una fuerte pata-

da, porque ya hemos visto que no era la paciencia su virtud dominante. ¿Es acaso, padre, que no queréis á vuestro hijo?... Y vos, hermana mia, ¿os avergonzáis, por ventura, de tal padre y de tal hermano?

Una lágrima corrió á lo largo de las hermosas mejillas de Blanca, que se dirigió á colocarse al lado derecho del pedagogo, siempre inmóvil y como petrificado.

Los hermanos cambiaron entre sí una mirada, y se echaron uno en brazos de otro con la mayor efusion, y así abrazados levantaron sus ojos en busca de los de su padre, tan absorto, que no los veía.

—¡Pobre padre mio!... exclamó Blanca; ¡está muy apenado!

No habia ocurrido esta idea al paje, á pesar de su viveza y penetracion; pero cuando se le hubo sugerido por su hermana, aquel semblante alegre y confiado se transformó, y su imaginacion quedó absorbida exclusivamente de esa idea.

—Tienes razon, hermana querida, murmuró profundamente conmovido, por primera vez quizás en su vida; es esta una hora asaz angustiosa y crítica, cuando deberia serlo solamente de satisfaccion y de expansiones.

Si fué un instante de silencio, en que los jóvenes lloraban y se sentian angustiados, y luego como si hubieran sido movidos por un mismo resorte, se arrodillaron á los piés de su padre, tomando cada uno su mano, que besaron con ternura y respeto.

—Padre, exclamaron, aquí á vuestros piés tenéis á vuestros hijos pidiéndoos una mirada y una palabra de amor.

La voz de ambos temblaba dulcemente, y en el rostro encantador de Blanca se iba señalando una expresion de ternura angelical y de conformidad heroica, con que sin duda queria pagar su sentimiento momentáneo por la perdida grandeza.

Tranquilo empezó á pestañear, y sus dedos helados empezaron á agitarse ca-

si convulsivamente entre las manos de sus hijos.

—Dios me los había mostrado... murmuró; ya los había yo visto á los dos... á mi hijo y á mi hija!

Su vista se dirigió primero á Juan, y en seguida á Blanca.

—Marion, dijo entonces con voz quebrantada; ruega por ellos, si estás en la presencia de Dios.

—¿Se llamaba así nuestra madre? preguntó Blanca por lo bajo.

Tranquilo se inclinó hácia ella como para besarla en la frente; mas en aquel momento la Pavot hizo un movimiento en el otro extremo del salon.

—¡Gracias á Dios!... exclamó... ya vuelve en sí nuestra querida señora.

—Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Tranquilo, y sus labios que estaban á algunas líneas de la frente de su hija, se replegaron y él mismo se enderezó antes de estampar el esperado beso.

Miró al soslayo á madama Isabel á quien sostenia la Pavot, descolorida, descompuesta el rostro, casi moribunda.

Desprendió su mano de entre las de sus hijos, cubrióse de sudor su frente, y todo su semblante manifestaba en aquel momento una angustia tan desgarradora, que Juan Moreno y Blanca, se levantaron asustados.

—Todo para los unos, nada para los otros... murmuró, mientras que un sollozo convulsivo desgarraba su pecho:

En seguida añadió volviendo la cabeza que ocultó entre sus manos.

—Marion, mi dulce esposa; ruega á Dios por ellos.

Cuando dejaban de oírse los gritos penetrantes de Tarquino, reinaba un profundo silencio en la posada misma y en las cercanías: la habitación en que pasaban las cosas que vamos narrando daba al campo, como ya hemos indicado antes, y á duras penas pudieron oír como un eco débil y lejano la voz del pregonero ofreciendo una buena recompensa á quien diera razon del paradero de Juan de Armagnac. En cuanto

á percibir el sentido de las palabras que decia, era de todo punto imposible.

La duquesa Isabel buscaba la mirada de Tranquilo que huía de ella: el pedagogo recorria ahora la estancia á largos pasos con los brazos cruzados, profiriendo palabras inconexas con aire de demencia verdadera en sus ojos estraviados, bajo cuyas pupilas coloraba un fuego sombrío.

—Estamos perdidos, murmuró Isabel á los oídos de la Pavot.

La buena muger no contestó, porque sin duda se había puesto en lugar de Tranquilo. Ella era tambien muy adicta y apasionada, muy fiel y ya hasta decidida á perderlo todo en obsequio á su señora y señorita, y además en odio á su marido. Mas si aquellas dos hermosas criaturas que contemplaba, hubieran sido sus hijos, no era probable que los hubiese comprometido por la salvacion de Armagnac. ¿Y por ventura la Pavot hubiera dado una gota siquiera de sangre de su Mirette por todos los altos varones del Universo?...

No diremos que en caso necesario la Pavot misma no se hubiera sacrificado gustosa por su señora, porque tenia la cabeza ligera y el corazon caliente. Pero la generosidad tiene sus límites; y la idea de un padre que sacrifica á sus hijos, repugna á la naturaleza humana.

La Pavot sentia esto perfectamente, y por eso guardaba silencio. La duquesa Isabel lo sentia mas vivamente aun, y por eso estaba mucho mas acongojada.

Sus ojos secos, porque el fuego de la fiebre que la devoraba, secaba sus lágrimas, se dirigian hacia Juan y Blanca que estaban juntos cogidos de la mano. Blanca estaba con su cabeza apoyada en el hombro derecho de su hermano, y se hablaban con los ojos enternecidos.

—Ya va pasada la mitad del cuarto de hora!... dijo maqama Isabel dirigiéndose á la Pavot.

Esta no pudo menos de estremecerse pensando en la catástrofe horrible é inevitable que cada minuto fugáz iba aproximando.

Tarquino acababa de lanzar un rugido de agonía á que había sucedido un silencio sepulcral. En aquel momento se vieron al través de los vidrios de la puerta, los cascotes licientes de dos armados, y de la parte de á fuera delante de las ventanas, reverbaban otros cascotes bajo los rayos del sol, indicando que la habitación estaba guardada por todos lados.

—¿Cuánto tiempo se necesita para ir de aquí á la cabaña de Santiago el pastor? preguntó madama Isabel.

Contaba la pobre madre desesperada los minutos que le quedaban de vida á su hijo.

La Pavot volvió la cabeza.

Tranquilo vino á detenerse delante de ella, y echó sobre la duquesa una mirada en que habia al parecer algo de odio.

Durante quince años, murmuró con voz apenas inteligible, durante quince años ¿qué he hecho yo por ello?... ¿qué parte de mi vida les he consagrado?

La duquesa Isabel bajó la cabeza, y Tranquilo le tocó con el dedo en el hombro.

—¡A ellos, á quien mi vida pertenece toda entera, prosiguió, por deuda natural y segun la ley de Dios!... ¡A mis dos hijos, mi hijo y mi hija, mis dos hijos carne de mi carne!... ¿Quién se ha interpuesto entre ellos y yo?... ¿Qué encanto maldito reservaba mi corazon y adormecia mi memoria?

Los ojos de madama Isabel se llenaron de lágrimas, porque á pesar de la amargura de estas reconvenciones, la voz de Tranquilo era dulce como la queja de un niño.

—¡Erais muy desgraciada, continuó, y Marion, mi esposa os amaba!...

Una sonrisa desconsolada asomó á sus labios.

Marion... repitió, bajando todavia mas la voz: ella nos esta mirando, ¿y qué dice?

—Dice, exclamó dejándose llevar de repente de un loco furor: dice... Ese es un mal padre!... ¿Y podría decir eso Marion si no hubiéscis sido vos?... Marion dice. Dios le devuelve sus hijos, quince años hace,

abandonados... Dios misericordioso y bueno se los devuelve, sin haberlos buscado... y he! ahí sombrío y apesadumbrado al frente de esa alegría inesperada é inmerecida... se ha embriagado siquiera con esas dulces caricias que él había soñado á veces en sus lúcidos intervalos, cuando su locura no le dominaba... la locura de Armagnac... la locura de la felicidad ciega y estúpida... la locura del vasallo... la locura del esclavo!...

Esto diciendo clavaba sus ojos enardecidos en la duquesa Isabel, que se estremecía hasta en la médula de sus huesos.

La Pavot se había alejado, por un sentimiento de respetuosa consideracion, y nadie podia oír lo que hablaba en voz baja Tranquilo á la duquesa Isabel.

La exaltacion de Tranquilo iba en aumento.

—¿Y no dice mas que eso Marion, mi querida esposa? prosiguió mientras que sus crispados dedos se clavaban en su pecho. Los que han muerto ven el fondo de los corizones... ¿Marion ha visto en el fondo del mio el secreto que me espanta y me aniquila?...

Un rayo de esperanza iluminó la frente de la duquesa Isabel, porque no hay nada mas egoísta en el mundo que el corazon de una madre: todo se borra ante la inmensidad de este amor: contra esta pasion soberana no prevalecen ni el respeto á sí mismo ó sea el sentimiento de la propia dignidad, ni el mas legítimo orgullo, ni el pudor... La duquesa Isabel sabia el secreto de Tranquilo... ese secreto que el pobre pedagogo se confesaba por primera vez á sí mismo, lo habia adivinado ella hacia mucho tiempo: habia penetrado el misterio de esa alma humilde entre todas, pero capaz de las acciones mas caballerescas y de las mas altas aspiraciones.

Lo que Tranquilo mismo ignoraba antes de aquella hora solemne en que sus remordimientos habian estallado, la duquesa lo habia adivinado.

¿Como definir ese sentimiento que no tenia del amor sino lo respetuoso, sumiso

y ascético; que no era propiamente amor, sino una especie de culto, una verdadera adoración?

¿Qué decir de ese sentimiento, nacido fatalmente, en la más sencilla y pura de todas las almas que la dominaba sin el saberlo, y que asociándose á una abnegación sin límites, llegaba á traspasar los límites de lo posible y á esceder á la pasión misma?

No era amor, porque fray Tránsito no quería nada, no esperaba nada, no aspiraba á nada.

Y sin embargo fray Tránsito tenía miedo á la mirada sutil que los muertos saben dirigir al fondo de nuestras conciencias, y ya no se atrevía á descansar en el recuerdo querido de Marion, su malograda esposa.

La duquesa Isabel se levantó.

Tránsito, dijo con esa afectuosa y dulce magestad ingénuas en ella... habeis ya hecho demasiado por nosotros y hemos aceptado ya demasiados favores de vos... Yo nada os pido.

Le tomó en seguida por la mano y se dirigió hacia los dos jóvenes.

—Tú eres mi hija, dijo besando á Blanca en la frente, porque él te ama con verdadero amor, y yo le había prometido ser tu madre!

Tendió despues la mano á Juan Moreno que la tomó y besó con efusión y respeto.

—Y vos, generoso joven, á quien Dios remunere vuestra abnegación y virtud... ¿qué necesidad teneis de que os diga que mi hijo hubiera sido vuestro amigo y vuestro hermano?

Tránsito escuchaba conmovido en todo su ser y afectado como nunca se había sentido.

Suceda lo que suceda, continuó la duquesa con voz ahogada por los sollozos... yo ruego á Dios os haga dichosos... Isabel de Armagnac no tiene en el mundo, fuera de su hijo que va á morir, nada más querido ni más digno de su querer que á vosotros dos y á ese hombre, á vuestro héroe y dignísimo padre, cuya virtud, cuya lealtad, cuya abnegación no hay en el mundo con

que recompensar, ni en mi lenguaje palabras con qué encarecer.

En seguida se alejó hasta el otro extremo de la pieza, y con el rostro vuelto hacia la pared, se arrodilló en actitud de orar.

Tránsito la siguió con la vista, atraído hacia sí á sus dos hijos, que estrechó apasionadamente contra su corazón.

Faltaban aun cinco minutos: Tránsito se había sentado sobre la cama donde había estado Juan Rubio, teniendo á Blanca á su derecha y á Juan Moreno á su izquierda: tenía también las manos deambos unidas y cogidas con las suyas, y los miraba alternativamente.

—¿Me amais de veras, hijos míos?... murmuró saboreando sus caricias... ¡Me amais sí, aunque no he hecho nada por merecer vuestro amor!... Yo no soy como los demás hombres; hay muy á menudo un velo que oscurece mi entendimiento y mi imaginación no va á donde yo quisiera conducirla... Yo he nacido aquí en el país de Armagnac. Se dice que el vasallo debe fidelidad á su señor... Debe llevarse la fidelidad hasta hacerse criminal.

Mientras esto decía, pasaba la mano por la hermosísima cabellera de Blanca.

—¿Qué hermosa eres María... mi adorada hija! porque has de saber que tú no te llamas Blanca, sino María, como tu madre que está en el cielo!... No me creais, hijos, cuando me oigais decir que yo os he olvidado; porque siempre, siempre he estado pensando en vosotros... os veía en mis sueños, en mis delirios, y os veía tan bien que allá abajo, entre el ruido de aquella fiesta, os reconocí á ambos en seguida.

—Y tú, hijo mío, continuó besando al antiguo paje en la frente, tú eres hermoso como tu hermana... tienes la sonrisa de la felicidad en los labios, como tu madre... Ese nombre de Juan que te han puesto, no es el tuyo... te llamas Andrés como tu pobre padre... Abrazadme los dos á la par... otra vez... otra vez... ¡Oh! ¡que goce en estos

pocos minutos todas las satisfacciones de una larga vida de felicidad!

María y Andrés le colmaban de besos y de caricias, riendo y llorando á un mismo tiempo María no se acordaba ya de haber sido una gran señora; y aun la imagen de Juan Rubio se iba desvaneciendo de su memoria... solo veía aquel padre tan bueno, tan cariñoso que le era devuelto.

Los tres estaban así enlazados en el borde de aquella cama, que hubiera debido recordarles la terrible solemnidad del momento, y solo pensaban en sí mismos, y sus sonrisas se cruzaban, así como sus miradas llenas de serenidad y calma.

Todos habían vivido aislados demasiado tiempo: Juan Moreno, como aventurero; Blanca de Armagnac, la maravilla de los saraos régios, que aun en medio de las lixosías de que se veía asediada había dudado tan frecuentemente de su fortuna; Tránsito, en fin, que se había consagrado al cuerpo y alma á otros, y que nunca había vivido de su propia vida; se encontraban ahora abismados en esas inefables alegrías de la familia, que el comun de las gentes no sabe sentir en fuerza de la continuidad de la dicha de todos los días, y las experimentaban ellos con ese súbito ardor de los primeros amores.

Encontrábanse esos tres seres envueltos entre los goces paternales y filiales, como los adolescentes afortunados al frente de placeres desconocidos para ellos.

Se amaban con apasionado cariño, y su ternura se levantaba como una muralla entre ellos y el mundo, y los aislaba en aquel estrecho rincón que era para ellos un verdadero paraíso.

—He visto muchos soldados valientes, decía Juan Moreno, muchos caballeros sin miedo, condes y príncipes... Pero desde ayer noche, si se me hubiera dicho: escoge entre todos los que conoces á tu padre, por quien soy os aseguro que no hubiera escogido á otro que vos.

Blanca, por su parte, daba gracias á su hermano por tan buena palabra, y el pobre

Tránsito, estasiado, se preguntaba si aun esta vez no sería juguete de algun desvarío.

Por más que hacia, no le era dado más que balbucear... mis hijos... mis queridos hijos... y admirarlos estasiado, delirante.

—Mucho tiempo hace, padre mío, que yo os conocía, dijo Blanca apoyando su hermosa cabeza en el seno de su padre. Cuando era niña, lloraba muchas veces oyendo referir vuestros actos de abnegación sublime. Yo no sabía que era hija del hombre venerable que se había defendido solo y sin auxilio de nadie, contra un ejército de verdugos, á la viuda y al huérfano. Bendigo á Dios del fondo de mi corazón por haberme dado un padre como vos!

La mano de Tránsito cubrió la boca rosada y sonriente de la joven.

—¿No es á sus hijos á quien el hombre se debe todo entero? murmuró. Yo no quiero que se me hable de eso ya. Oía una voz que clamaba sin cesar á mi oído: tienes un hijo y una hija... Y sentía como un remordimiento que detenía mi oración en los labios, porque veía el rostro de Marion, vuestra madre, severo y triste cuando cerraba los ojos á la hora del sueño. ¿Sabeis lo que me consuela, lo de que yo me acuerdo con alegría? Una vez me concedió Dios un gran poder, el de escoger entre todos los dones que pueden hacer al hombre feliz y glorioso.

Juan y Blanca le miraban asombrados, sus ojos brillaban iluminados por el orgullo, y su voz estaba llena de énfasis.

—Sí, continuó dejándose llevar ya por la corriente de ideas, en que su imaginación acostumbraba á perderse; tenía en el dedo aquel anillo más rico que hace al hombre igual al criador. Yo podía dar órdenes á los elementos y decir á la naturaleza esclava: ¡Obedece, yo lo quiero! Tú eres un niño criado entre gentes de guerra, Andrés, y tú, no más que una niña, mi querida María; y no podeis figuraros que haya habido en nuestro globo hombres que han

levantado una punta del velo supremo... hombres mil veces mas atrevidos que los que llevan espada... hombres que combaten con su génio, y que lanzan un desafío audaz, no ya á criaturas mortales, mas al génio que se cierne sobre nosotros en el espacio. Yo he trabajado veinte años consecutivos de dia y de noche; he subido mas arriba que ningun hijo de Adam por la escala mística de la ciencia. Yo me he visto tan cerca del objeto radiante y espléndido, que casi hubiera podido tocarlo con mis manos.

Los dos jóvenes guardaron un silencio respetuoso y triste.

—Pues bien, Andrés, exclamó el pedagogo, que se iba animando por momentos, pues bien, María, el dia en que yo pude dar el último paso; el dia en que con las manos llenas de virtud sobrenatural, podia haber dicho á la puerta de oro: ábrete de par en par ante mí, ¿sabeis lo que hice, hijos míos?

Aquí hizo una pausa, y los dos hermanos, sin querer, cambiaron una mirada, y se sonrieron. No sabian aun lo que era, pero algo les decia que iban á ver al descubierta y mejor que nunca el buen corazón de su padre.

—La grande obra estaba allí, continuó Tranquilo; los ojos de mi entendimiento la admiraban en todo su esplendor... pues aparté de ella los ojos de mi entendimiento; me hice el ciego, y dije: ¡por todos los tesoros de la tierra que son unos, si quiera, señor, mostradme á mi hijo y á mi hija, que son míos!

Juan y Blanca se echaron en los brazos de su padre.

—Y os ví, continuó Tranquilo, cuyo rostro radiaba de felicidad como el de un bienaventurado; ví á un soldado joven, de ojos atrevidos... y ví á una joven de mirada angelical... ambos parecidos á Marion, mi esposa... Mi corazón embriagado no cabia en el pecho... porque nada valen todos los tesoros del mundo al lado de estas alegrías.

En seguida besó la cabeza de ambos jóvenes unidos, y exclamó:

—¡Bendito seáis, Dios y señor mio! ¡Hé los aquí en mis brazos jóvenes, fuertes, hermosos... ¡Ah! yo siento correr á torrentes la vida por mis venas, pensando que ya no nos hemos de separar.

No habló mas: los corazones, conmovidos de sus hijos, latian junto á su corazón, y estaba en el cielo.

Madama Isabel oraba al otro extremo de la estancia.

La Pavot miraba de vez en cuando por entre los vidrios de la puerta, y reinaba por todas partes un silencio profundo.

—Solo falta ya un minuto, dijo la buena mujer que seguia angustiada los progresos de la aguja en la esfera del reloj suspendido en la pared de la estancia contigua.

Se sintió cierto movimiento del lado de la habitación de donde partian de rato en rato los gemidos furiosos de Vicente Tarquino, y la Pavot se lanzó hácia la duquesa Isabe que vacilaba medio muerta, repitiendo:

—Solo falta ya un minuto!

Tranquilo desvió á sus hijos, á derecha é izquierda, y pasó sus manos por la frente con lentitud.

—Solo falta un minuto... repitió á su vez como si anduviera buscando en vano el significado de aquella espresion.

Miró en derredor suyo y se hubiera podido seguir la trasformacion que se verificaba en su rostro, en que la angustia mas penosa iba reemplazando poco á poco al éxtasis de la alegría paternal.

No queria creer, luchaba y procuraba retener su alegría fugitiva.

Mas la realidad se presentaba á él inexorable y fria.

Comenzaba á percibir los rumores amenazadores de fuera, comenzaba á ver á la duquesa Isabel, á aquella mártir que esperaba el golpe supremo.

Un largo suspiro se exhaló de su pecho, y su rostro descolorido se inclinó inundado por los mechones de sus cabellos.

Así permaneció un instante mudo é inmóvil.

Cuando levantó la cabeza se hubiera creído ver en aquel rostro de líneas profundamente grabadas, como un reflejo de aquel inmenso dolor que los pintores prestan al salvador del género humano al acercar el cáliz á sus labios.

—¡Señor, Jesus mio! murmuró, ¿por qué no habré muerto antes de gustar con mis labios en esta copa de felicidad y de amor?

—Acércate, Andrés, hijo mio, repuso cambiando la voz, y tú, hija de mi alma, Margarita; bien veis lo que esta pobre mujer está sufriendo, y que no le queda ya ni aun fuerza para levantar su corazón á Dios en su inefable angustia, y hablando así, señalaba con el dedo á la duquesa Isabel; Marion, vuestra madre, era la última entre los vasallos de sus dominios, y sin embargo, esa pobre mujer, esa noble princesa no desdeñaba á Marion, vuestra madre... En aquellos tiempos, poderosa, joven, feliz, era ya magnánima y estaba poseida de la misericordia de las almas santas... Cuando Marion entregó su alma al Señor, el nombre de madama Isabel vino á sus labios, porque madama Isabel habia sido su Providencia y la mia...

—Tenga Dios piedad de la señora á quien nuestra madre tanto amaba... exclamaron á una Juan y Blanca.

Madama Isabel oia vagamente estas palabras; pero su alma entera estaba en sus ojos fija con espanto en la puerta por donde Tarquino iba á aparecer.

Tranquilo hacia cuanto podia por no mirarla, pero la veia al través de sus párpados cerrados. Su dolor de madre delineaba sobre la frente de madama Isabel una aureola de belleza trágica. No era su belleza lo que Tranquilo veia, sino su dolor.

—Hijos míos, repuso, Dios habia puesto un lazo de simpatía entre la humilde vasalla y la gran señora... Eran hermanas en su alma, y á veces, contemplando el rostro de madama Isabel, he visto la angé-

lica sonrisa de Marion, mi esposa, mucho tiempo despues de su muerte.

—¿Se parece á nuestra madre?... dijeron Juan y Blanca.

Y sus ojos se fijaron enternecidos en la duquesa Isabel.

Pasos pesados resonaron en el pavimento de la vecina estancia, y se oyó la voz de Tarquino que clamaba:

—¡Anibal!... ¡que vayan á buscar á mi primo Anibal!

Hubo un instante de tumulto, despues del cual la voz de Tarquino, entrecortada y quejumbrosa, decia:

—¡Por vida de mi alma... no he de irme solo al otro mundo!... si es mi última hora la que está sonando, tendré, al menos, tiempo para saciar mi venganza.

El reloj daba en efecto. Al primer golpe del timbre monótono y triste, la duquesa Isabel se puso en pié como esos sonámbulos que no tienen conciencia de sus movimientos.

Cada golpe que daba le traspasaba el corazón.

Vino así hasta el centro de la estancia con paso incierto y azorado: la locura estaba retratada en todo su rostro.

Tranquilo y la Pavot se adelantaron al mismo tiempo hácia ella para evitar que cayera de espaldas: y con un gesto y ademanes de verdadera demencia, rechazó á la servidora, que se retiró aterrada.

—¡Tranquilo, Tranquilo! dijo cogiendo ambas manos al pedagogo: estoy en mi cabal juicio, no vayas á figurarte otra cosa, ni que es la locura la que dicta mis palabras. Escucha:

En seguida bajó la voz y añadió atrayéndole así con violencia:

—Tú me amas... Lo sé hace mucho tiempo.

Toda la sangre de Tranquilo afluyó hácia su corazón.

—Señora... quiso decir:

—¡Cállate!... añadió la duquesa con misterio: te repito que no estoy loca... te digo que me amas... y ¡te juro por mi sal-

vación, que si salvases á mi hijo, he de ser tu esposa!

Tranquilo desprendió sus manos de entre las de la duquesa. La duquesa no se enojaba: Tranquilo la amaba. En la mirada que echó sobre ella había una especie de horror.

—Dios os perdone, señora, murmuró, por haber querido comprar la conciencia de un pobre hombre... Aque los son mis hijos, como Juan de Armagnac, vuestro hijo... Dios os perdone, señora.

La duquesa Isabel cayó de rodillas á sus piés, mas Tranquilo no la levantó.

La viuda de Armagnac debe vivir y morir en su luto; dijo con dolorosa severidad. La desesperacion hace enloquecer á muchos... Y si este día tuviese para nosotros un mañana, yo no me acordaré de vuestras palabras, señora.

La frente de la duquesa tocó el polvo del pavimento.

Tranquilo se volvió hácia sus hijos, que no oyeron nada de este coloquio: Juan y Blanca escuchaban lo que pasaba en la pieza inmediata.

En la pieza inmediata estaba Tarquino diciendo:

—No, no quiero espadas... hachas son mejores.

Por el metal de su voz se adivinaba los chasquidos de sus dientes de hiena.

—Levántate, Andrés, y tú María, levántate; dijo Tranquilo que tenía su frente serena y grave. Andrés, tú has vivido entre los caballeros, y conoces las santas leyes del honor... Si el señor, á quien se debe la vida, os insultase en una hora de demencia, y os insultase profunda y cruelmente, ¿se le debería aun la vida?

—Siempre... respondió Juan Moreno.

Tranquilo respiró como quien necesita ensanchar su pecho oprimido, y dirigió su vista hácia la duquesa Isabel que acababa de insultarle.

—Andrés, prosiguió poniendo la mano en el hombro de su hijo; tú conocías á Juan de Armagnac antes de conocerme. No

soy yo, pues, quien te ha dicho que le amas.

—Le quiero como á un hermano, exclamó el joven.

—Cállate, no me interrumpas... Tarquino nos ha dado un minuto de tregua, y no nos dará otro.

—María, continuó apoyando su mano trémula en el hombro de la joven y atrayéndola hácia su hermano.

—Dios ha puesto á Juan de Armagnac en tu camino: tú le has escogido por esposo en tu corazón cuando te creías una gran señora, y le tenías á él por un niño abandonado, sin nombre, sin familia, sin fortuna. Es decir que le amas mucho, ¿no es verdad?

—Mas que á mi vida, respondió Blanca.

—No soy yo quien ha hecho eso, murmuró Tranquilo levantando sus ojos abiertos, cuan grandes eran, al cielo en señal de plegaria. Hijos míos, hé aquí la mano del verdugo que entreabre la puerta; podeis salvaros revelando el asilo donde está oculto Juan de Armagnac... podeis salvar á Juan de Armagnac callando... y muriendo por él.

Juan y Blanca se cogieron de las manos.

—Queremos morir por Juan de Armagnac, exclamaron los dos á una.

La duquesa Isabel oyó estas palabras, y se dirigió hácia ellos arrastrándose sobre sus rodillas y manos... loca, perdida, sin saber qué hacer.

La puerta estaba abierta: Vicente Tarquino, cuyo descompuesto rostro no tenía ya nada de humano, entró en la habitación seguido por tres miserables que llevaban hachas afiladas.

—Y bien, Tranquilo, ¿has reflexionado? preguntó.

Al decir esto, sus facciones convulsas hicieron un gesto de dolor; el color de su rostro presentaba tintes plomizos y violados, y por mas que procuraba vencerse, el nombre de Annibal venía con frecuencia á sus labios.

Conocía que se le aproximaba su última hora; pero la agonía, en vez de entorpecerle ó abatirle, exaltaba su furor y sentía, así como sueña, el deseo de una verdadera orgía de sangre.

Tranquilo abrazó á sus dos hijos, que le oyeron murmurar con una amargura desgarradora las palabras siguientes, cuyo sentido no les era dado comprender:

—¡Todo para los unos, nada para los otros!

Luego se dirigió Tranquilo hácia Vicente Tarquino, apoyándose en los hombros de Juan y de Blanca.

La duquesa Isabel, haciendo un esfuerzo supremo, pudo todavía precipitarse hácia ellos é interponerse entre las víctimas y los verdugos.

—¡Piedad! exclamó, yo te ofrezco por su vida, Vicente Tarquino, cuanto Armagnac posee hoy y tenga en lo sucesivo.

Una sonrisa de condenado apareció en los labios del italiano.

—Su vida está en sus manos... que digan donde está Juan de Armagnac.

Tarquino y sus dos hijos guardaron silencio.

—Apartad á esa mujer, dijo Tarquino.

Los soldados se apoderaron de madama Isabel, que se agarraba á los vestidos de Blanca.

—¡Hija de mi alma!... ¡mi querida hija! exclamaba. Es mi hija...

—¡Acabemos!... exclamó Tarquino con un rugido, en que iban confundidas la espresion de un dolor agudísimo y la del frenesí de la venganza.

Tranquilo atrajo á sí á sus dos hijos, y recitó sobre ellos el *Deprofundis clamabit* .. en alta voz.

Los verdugos levantaron las hachas.

En este momento se oyó un gran ruido á la parte de fuera y una voz que gritaba:

—¡Vicente! ¡primo Vicente!

Tarquino se enderezó, aunque pensosamente, porque parecía no aguardar mas

que ver su venganza satisfecha para caer muerto, y un rayo de esperanza reanimó su mirada.

—¡El es!... murmuró; es Annibal, que todo lo sabe, y que puede salvarme todavía de la muerte. Abrid, abrid al instante esa puerta.

Mas se Annibal Cola, pues era él efectivamente, entra en la estancia y retrocede ante las hachas levantadas, y en seguida, volviendo hácia la puerta, grita:

—¡Monseñor!... ¡monseñor!... auxilio, auxilio.

VIII.

BUEN FARIENTE.

Los soldados que acompañaban á Vicente Tarquino y guarnecían desde la víspera el hostal de Pavot, eran la flor y la nata, lo selecto de las compañías de Graville. El mismo Tarquino, para hacerlos mas adictos, los había comprometido en mil iniquidades, tanto, que no había uno entre ellos que no mereciese la última pena por diez causas distintas, siempre al servicio de tan digno caudillo. Solo el poder del favorito de la regente había podido detener hasta entonces la mano de la justicia suspendida sobre sus cabezas.

El palacio de la Marche había sido para la mayor parte de ellos un asilo, y la primera vez que pusieron los piés en él, los condujo la esperanza de sustraerse por este medio á la persecucion de la justicia. Los hombres que se encuentran en la posición de Graville hacen con mucho gusto colecciones de ipécaros, y tienen siempre un

maestro ó *archipicaro*, como Vicente Tarquino, para dirigir á los demás.

Sin ir mas allá, el día anterior Pedro, Raoul y sus camaradas, gentes todas patibularias, estaban muy dispuestos á morir con las armas en la mano, porque no podían esperar ni cuartel de los soldados del rey, ni remision de parte de la justicia. Debe por consecuencia figurarse el lector si se agarrarían con ahínco á la tabla de salvacion que les habia ofrecido de pronto la habilidad de su jefe, cuando ya ni aun era posible la resistencia. El salvo conducto firmado por el confesor del rey los deslumbraba como la estrella milagrosa que, brillando al través de las nubes, muestra á los naufragos el camino del puerto.

Don José María Lobel, obispo de Antun compartía con Luis de Orleans la privanza del rey Carlos VIII, y si este rey hubiera tenido alguna vez que escojer entre los consejos del duque Luis y los del antiguo prior, los hábiles no hubiesen apostado á favor del primero.

La firma de Don Lobel valia lo que la del rey de Francia á la sazón, y como el salvo conducto comprendía no solo á Tarquino, sino á los que empleaba *en servicio del rey*, los malvados reunidos en la posada de Pavot se veían al abrigo de todo temor.

En cuanto á saber como maese Tarquino se encontraba en posesion de este documento y qué clase de servicios podia prestar al rey en casa de Graville, no es cosa que deba preocuparnos. En aquellas guerras feudales en que la monarquía, demasiado debil, luchaba contra la prepotencia de los señores, el ser traidor era un oficio, y quedaban aun algunos efluvios del génio cauteloso de Luis XI en la atmósfera del palacio de Tournelles.

Se habia puesto en boga el inocente juego de la poliefa secreta, elevado luego á la categoría de institucion de estado y hábil medio de gobierno, que consiste en pagar ámpliamente á hombres que os harán traicion cuando la suerte se os muestra adversa.

No era raro entonces, ni lo es hoy, ver espías diestros que sirven á la vez en los dos campos enemigos, y que marchan con la cartera llena de salvo-conductos á vender á Sylla los secretos de Mario, y á Mario los de Sylla.

Maese Tarquino hubiera vendido con mucho gusto al rey, si el señor Olivier hubiera quedado victorioso en la contienda; pero como el señor Olivier habia sido vendido, Tarquino le habia dado el último golpe con la misma buena voluntad y frescura.

Estaba, pues, al servicio del rey, y llevaba la prueba en las solapas de su casa, en consecuencia de lo cual los doce ó quince canallas que habia en la posada, le hubiesen seguido hasta el fin del mundo, para aprovecharse de aquel famoso elixir contra la horea.

Todas sus esperanzas estaban cifradas en él; y bien podia mandales que hicieran las mayores atrocidades, las crueldades mas horribles, todas las diabluras imaginables; pues todas se hubieran ejecutado.

No desconocia ninguno de ellos que la razon le abandonaba, y que el furor y la demencia se apoderaban de su agonía; pero ellos no tenían nada que ver con eso, y dos ó tres cabezas mas ó menos que echar á rodar no eran cosa que pudiera sobrecargar mucho su conciencia.

La sanguinaria estravagancia de Tarquino tenia allí instrumentos ciegos, y á pesar de la muerte, que ya le ahogaba con sus descarnados dedos, no tenia que temer Tarquino que le desobedeciesen.

Mas durante el cuarto de hora de gracia, concedido á Tranquilo para reflexionar, mientras que Tarquino se revolcaba en su lecho, á impulsos de los dolores horribles, llamando á gritos á su primo Annibal, este fiel pariente volvía hácia el hospital con paso lento, pensativo y cabizbajo.

Venia pensando que con las compresas de ópio que habia puesto por la mañana en la herida de Vicente, habia de sobrevi-

nir despues del alivio instantáneo del dolor, una fiebre agudísima que solo habia de extinguirse con la muerte.

Era él quien habia dicho que Vicente Tarquino habia de morir aquel mismo día, y morir rabiando.

Annibal pensaba tambien en los prisioneros que tenia Vicente en su poder, y se decia:

—Si mi primo Vicente hubiese de vivir siquiera una semana, aun podria sacarse alguna cosa.

Y esto diciendo, movia la cabeza con desaliento, porque era un buen acomodo el que habia perdido con la muerte del señor Olivier de Graville, conde de la Marche; y al pasar momentós antes bajo los muros, habia contemplado con cierta melancolía el cadáver que se balanceaba suspendido de las almenas.

—¡Era crédulo y simple como un niño! se habia dicho con el corazón enternecido, ¡le hacia creer todo lo que me acomodaba! Hubiera llegado á arrancarle hasta el último pelo de su cabeza antes de haber sospechado la falsedad de mi industria. Y luego, como que no le costaba nada adquirirlo, pagaba como un emperador.

¡Ah! siento mucho ver morir así á los grandes señores; presumidos, disolutos y pródigos tanto como pobres de espíritu, que son la mejor fortuna de los hombres de habilidad.

Despues de hacer esta especie de oracion fúnebre sobre las escelencias del señor Olivier de Graville, proseguia su marcha cuando apercibió en el camino real, entre el palacio y la posada, unregonero á caballo, escoltado por clarineros.

Desde el sitio en donde estaba, hubiera podido oír los gritos de Tarquino, que le llamaba con voces y quejas lamentosas.

Los clarineros embocaron las trompetas, y maese Annibal continuó avanzando en direccion de la posada.

—De orden del rey, decia elregonero cuando los clarineros concluyeron su tocata de llamada, y en nombre de monseñor el duque de Orleans, se ofrece una gran re-

compensa á quien descubra el paradero de Juan de Armagnac y de la duquesa Isabel, su madre!

Maese Annibal se detuvo á pensar: los clarineros se habian puesto á tocar de nuevo, y elregonero se disponia á repetir un poco mas allá su aviso.

El sabio italiano vacilaba, y evidentemente ideaba alguna cosa: cuando los clarineros se alejaron, pudo oír distintamente los gritos y clamores de Tarquino desesperado.

Al oírlos, echó á correr á todo escape, como quien teme perder la ocasion de hacer un soberbio negocio por falta de diligencia, y se aproximó alregonero.

—Yo quiero ganar la recompensa ofrecida, dijo; que se me lleve á la presencia del señor duque de Orleans.

—Seguidnos, pues, señor nuestro, le contestó elregonero.

Mas no era este el parecer de maese Annibal, que saltando á la grupa del caballo delregonero, exclamó con voz imperiosa:

—¡A galope! ¡a escape! .. señor mio, si es que se trata de salvar la vida del jóven duque y de su madre.

Elregonero metió las espuelas á su caballo, y algunos minutos despues era presentado maese Annibal en la torre de la que flanqueaba la puerta de Bucy.

En un gabinete circular, alumbrado por dos arpilleras, estaba el duque de Orleans muerto de cansancio y sentado en un mal tajo.

No lejos de él estaba durmiendo Gerom Ripaille, tendido en el suelo y con la cabeza recostada en la tapia. Los vestidos de ambos estaban cubiertos de polvo y de sangre, pues desde que habian dejado la cabalgata real en la calle de San Antonio, habian cruzado al frente de los lanceros de Champagne toda la parte de París ocupada por las fuerzas de Graville; habian flanqueado todo el recinto y dado el asalto y forzado el castillo de la Marche.

Los hermanos de la Tremoille y la mitad de los lanceros de Champagne, habian

sucumbido en la empresa, y ahora que había vencido, no tenía Luis de Orleans las satisfacciones de la victoria, porque el premio del combate se le había ido de entre las manos.

Nadie había sabido decirle qué fuera de Juan de Armagnac.

Al ver al pregonero ahora se levantó del sitio.

—¿Me traes noticias?... preguntó con impaciencia.

En verdad había algo de desaliño en el traje ordinariamente tan esmerado y pomposo de las apuestas de los barberos y bañistas; pero este desaliño podía pasar por un efecto calculado de arte en un día de batalla.

Maese Annibal se adelantó con la cabeza erguida majestuosa y lentamente.

—¡Habla!... ¿qué sabes?... le gritó desde lejos el duque Luis.

Annibal Cola se cuadró, y saludó reverentemente, como el ujano que sabe muy bien las reglas de la cortesía.

—Monseñor, respondió con un gesto elegante; yo sé cuanto podéis desear.

—Habla, pues... repuso el duque de Orleans, que no era hombre muy calmado de suyo.

Maese Annibal hizo una nueva cortesía, y llamó á sus labios una sonrisa llena de dignidad.

—Dispénseme, monseñor, dijo arreglando los pliegues de su capilla; antes de hablar, me parece justo que se me diga cuál es la recompensa que se promete por este servicio.

Luis de Orleans frunció el ceño.

—¡Cien nobles de oro!... contestó bruscamente.

Annibal levantó su magnífica cabeza de bribón.

—¡Monseñor, por lo que veo, me toma por otro! murmuró el italiano con aire de agraviado.

—Escucha, dijo el duque de Orleans, cuya voz temblaba ya de ira; te daré cincuenta si hablas al instante, y si no... te haré ahorcar en el acto.

Maese Annibal no cejó ni menos se inquietó; su sonrisa se hizo, por el contrario, mas suave y expresiva.

—No me he engañado, repuso haciendo otra nueva reverencia; monseñor me toma por otro... Yo soy, monseñor, bueno es que lo sepáis, el famoso Annibal Cola, de la casa de Calvi, en tierra de Capua... En Nápoles se os podría decir cuál es el poder de esta ilustrísima familia... Dejando las armas por mi mayor afición á la ciencia, me he hecho doctor, y profeso y ejerzo con éxito y gloria igual, la filosofía, la teología, la medicina, la cirugía, la astrología, la alquimia, así como las artes secundarias... y si queréis, monseñor, darne vuestra mano respetable, os probaré que la chiromancia...

—¡Geromol!... interrumpió el duque de Orleans con violencia.

El soldado se puso en pié de un brinco y como sobresaltado, y desenvainó la espada á prevención aun antes de restregarse los ojos sobrecargados por el sueño.

Maese Annibal Cola no le había reparado: una ligera espresion de inquietud vino á sombrear su rostro, mas se repuso muy luego.

—Aquí cabalmente tenéis á un valiente y honrado militar, dijo sin perder su sonrisa, que podrá deciros si he exagerado mis talentos.

—¿Conoces tú á este charlatan?... preguntó el duque á Geromo Ripaille.

—Sí, monseñor, y mucho, es el antiguo barbero de Graville.

El duque de Orleans no pudo menos de sonreirse; pero no por eso se desconcertó maese Annibal.

—Había olvidado este título, dijo echándose la punta del manto al hombro. El señor Olivier, que quería conservar su juventud, me daba anualmente veinte mil nobles de oro, y yo le impedía envejecer.

—Hazle hablar... dijo el duque de Orleans á Geromo Ripaille.

Geromo se acercó al instante al sabio

barbero italiano, que miró al duque de Orleans con ojos muy serenos.

—Un momento hace me amenazábais con mandarme ahorcar; habeis, por lo visto, reflexionado luego y comprendido que no era este el modo de saber... Geromo Ripaille tiene unas manos vigorosas y una zarpa que podría pasar por una buena tenaza, y pensais ahora darme tormento... Monseñor, en este instante que os estoy hablando, el duque Juan y su madre están entre la vida y la muerte, y si ahora perdeis el tiempo en interrogarme por medio del tormento, se pasará la ocasion, y no podreis salvar ni á la madre ni al hijo.

Luis de Orleans se puso descolorido.

—¿Quién se atreveria á asesinar á una mujer y á un niño?

—Vicente Tarquino... comenzó á decir maese Annibal.

—Por nuestra salvacion, exclamó Geromo Ripaille al oír pronunciar este nombre, dad á este hombre todo lo que os pida.

—Dinos, pues, lo que quieres... dijo el duque Luis con repugnancia.

Porque es de saber que, tratándose de dinero, este príncipe, por tantos otros estilos caballeresco, se hacia tirar de la oreja como el judío mas cicatero.

Maese Annibal no abusó de su victoria.

—Me contentaria, dijo, con cincuenta mil nobles de oro, y con empleo de barbero bañista de cámara cuando V. A. sea rey de Francia.

—¡Rey de Francia!... replicó el duque Luis palideciendo.

—Los que leen en los astros pueden hacer tratos de esa clase, monseñor, replicó maese Annibal, haciendo esta vez una reverencia casi hasta el suelo.

Un momento despues, el duque de Orleans y Geromo Ripaille, acompañados por Cola, y seguidos por una docena de lanceros, iban galopando al través de los prados de San German.

Maese Annibal fué el primero que entró, como ya lo hemos visto, en la posada del famoso Pavot.

Tarquino adivinó en seguida que no venia solo.

Antes que Annibal llamase á sus compañeros, Tarquino, ébrio de coraje, señalando con el dedo á Juan Moreno, decia:

—A ese, que es el que me ha cortado mi brazo derecho... que ese, al menos, no se escape.

Nadie parecia aun en el salon. Suponiendo que maese Annibal fuese un enemigo, no era por cierto de los mas terribles. Los tres soldados armados con el hacha se precipitaron sobre el interesante jóven.

El antiguo paja y Tranquilo estaban desarmados, porque Vicente, antes de retirarse, habia mandado que les quitasen las espadas. Era imposible la resistencia, y sin embargo, Tranquilo, cubriendo á su hijo con su cuerpo, opuso sus dos brazos estendidos á las hachas de los sicarios. Blanca y madama Isabel se habian tambien arrojado al paso de los soldados, que durante un segundo, tuvieron que luchar para acercarse á su víctima.

Un segundo era bastante: sintióse á la puerta ruido de espadas desenvainadas, mientras que dos ó tres disparos de arcabuz se dejaron oír á la parte de afuera.

La habitacion se hizo un foco de ruido espantoso.

—¡Viva Armagnac! ¡Viva Armagnac! gritó el duque, que dividió de un revés el cráneo de uno de los soldados de Tarquino.

Otro habia sido atravesado de parte á parte por Geromo Ripaille.

Juan Moreno y Tranquilo, dueños ya de las hachas de los dos muertos, se trabó un combate desesperado.

—No mateis á este, gritó Ripaille indicando á Vicente Tarquino.

Vicente habia hecho un esfuerzo supremo para desenvainar su espada: estaba allí trémulo y lívido con la boca llena de

espuma y sus ojos echando centellas de ira. Los hombres de armas del duque de Orleans obedecieron la orden de Geromo y no tocaron á Vicente Tarquino.

Fué la mano de Dios quien le hirió.

Mientras que sus compañeros vencidos pedían de rodillas la vida, se le vió caer sobre el pavimento que arañaba furioso: sus ojos se agitaron en sus órbitas; su boca distendida vomitó una blasfemia final, y su cadáver, horriblemente contraído por la convulsión de su agonía, se fué distendiendo y agarrotando entre cuajarones de sangre.

IX.

UNA RESTAURACION.

—¡Hola, maese Pavot! decía la voz de una mujer en el salón de despacho de la posada de la *Urraca*: ¿no os da vergüenza dejar los jarros sucios y manchados de vino, tales se los ve esparcidos por esas mesas? ¡Dios me perdone! pero se me figura que ni siquiera habeis enjugado los bancos ni ajofinado el suelo.

—Hay tiempo para todo, Teresa, respondió maese Pavot con acento sumiso.

—No me vayais á responder insolentemente como en otro tiempo, señor Pavot, replicó la tabernera.

Y al decir esto miraba á su marido á la cara con ambas manos en las caderas.

Pavot, antiguo esposo terrible, matón ya retirado, refunfuñó no sabemos qué, entre dientes, y empezó á pasar dócilmente el paño de los polvos por los bancos.

La Pavot estaba delante de un espejo ordenando los bullones de su golilla.

—Ahora os quisiera yo oír chistar, maese Pavot, decía tratando inútilmente de girar un poco sobre sus caderas para ver su atavío posterior: Armagnac ha vuelto y ahora están las cosas como deben y hubieran debido estar siempre. ¡Ah! ¡por San Pedro y San Pablo! tiempo necesitamos vivir antes de que os devuelva todos los malos tratamientos con que me habeis afligido.

—¿Quién se acuerda ya de eso, mujer?.. murmuró el buen hombre; tú fuiste la que empezó, y yo no he hecho mas que tomar el desquite.

—¡Tengamos la fiesta en paz, maese Pavot... dijo la tabernera levantando su cara moquetada. ¡El hombre que pega á su mujer es un villano!.. y si yo quisiera, mas de un soldado de monseñor Luis, duque de Orleans, te daría una de palos... Acércate, y á ver como me haces una lazada en ese cinturón, ahí al medio.

—Como, por ejemplo, Geromo Ripaille; ¿no es verdad? murmuró maese Pavot, que tomó los dos cabos de la cinta procurando en vano hacer una lazada.

—Geromo Ripaille á otro... eso no te importa á tí... ¡Ah, Dios mío! desde los tiempos del bellissimo correo Nicolás y del archero Marmarau, que era un hombre muy amable, me habeis hecho perder muchas buenas acciones, señor Pavot... ¡vaya, sois demasiado torpe para deshacer ese nudo: marchad á vuestra obligación.

—¡Oh! mi obligación estaria bien pronto concluida, esposa mía, insinuó Pavot con tono sumiso, si viniera nuestra Mirette á ayudarme.

—¡Santos Apóstoles! exclamó la buena mujer poniéndose colorada como una amapola; ya os he dicho, señor Pavot, que Armagnac ha vuelto... y mi hija Mirette no volverá á agarrar escoba ni rodilla... que necesita tener las manitas muy roblancas para recibir el anillo de manos de un caballero.

Pavot se encogió de hombros y su mujer levantó la mano é hizo un ademán muy espresivo,

—Bien está, mujer... por eso no hay que enfadarse, murmuró el posadero doblando el espinazo. Si nuestra Mirette se casa con un caballero, tanto mejor, ¿quién puede alegrarse de eso mas que yo?... Después de todo, Simonot será bastante para ayudarme.

—Simonot trabaja para mi hija y para mí, replicó ágridamente la Pavot.. Qué, ¿os parece demasiado un escudero para dos señoras?

El ex-baratero pensó ahogarse del esfuerzo que hizo para no estallar; pero habia sobrevenido toda una resolución en su familia.

La Pavot, restaurada, ocupaba sola el trono conyugal, y Dios sabe que tenia buena mano para llevar las riendas de su reducido imperio.

—Ea, señor Pavot, continuó diciendo después de haber echado una mirada hácia la calle: se hace de noche ya y no pensareis que sea nuestra casa la última que se ilumine. Si mi casa no es la mas iluminada del barrio en esta noche de fiesta en que madama Ana, nuestra jóven reina hace su entrada solemne en París, tendreis que acordaros de ella para mucho tiempo, señor Pavot.

El buen hombre encendió un cabo para ir á encender los mecheros de la iluminación.

—Y tened entendido, añadió aun la buena mujer, que tenemos sitio reservado mi hija y yo en el estrado de madama Isabel, duquesa de Nemours, que está del lado de allá del arco triunfal, á la puerta Beaudoyer... Tomareis, pues, el farol grande de la cuadra, os pondreis vuestra casaca nueva, os colocareis la espada de los hombres, y nos escoltareis á mi hija y á mí en compañía de ese simplon de Simonot, que cargará con el antiguo arcabuz.

—Se me figura que los muchachos os van á silbar al veros así, observó el señor Pavot.

—¿Y por qué nos han de silbar? ¿por qué? exclamó la buena mujer indignada... Pues qué, ¿no soy yo prima carnal de Tranquilo,

cuyos méritos son hoy de todo el mundo conocidos? ¿de Tranquilo, á quien Juan de Armagnac llama su padre?... ¿de Tranquilo que es el primer sabio de Francia y que seria consejero del rey en cuanto quisiera?..

Esto diciendo se iba acercando á su marido, que se iba retirando á su vez, temiendo alguna insinuación demasiado enérgica.

—No temais, maese Pavot, dijo con acento misterioso. Si fueses un hombre regular, yo te confiaría un buen secreto... Desde que mi primo lleva el traje de señorón, ya no se parece á sí mismo... Ayer mismo le estaba mirando en la iglesia de Nuestra Señora, y me decía: vamos... yo no le he visto nunca despacio... está hermoso, alto y de tan noble aspecto, que casi no me atreví á saludarle al salir de la iglesia.

Bajó en seguida la voz mas, y puso la mano derecha en el hombro izquierdo de su marido, que arqueaba las cejas con ávida curiosidad.

—Allá abajo, el día de la gran tremolina... cuando se trataba de descubrir el asilo de Juan de Armagnac, ó de morir; yo estaba con ellos en la habitación... En tales momentos el corazón habla sin poderlo evitar, y of una infinidad de cosas. Los parientes de mi primo Andcol todos somos allegados de Armagnac.

—¡Cállate, mujer!.. ¡Eso es imposible!.. contestó maese Pavot.

—Pues si señor; primero, continuó la tabernera, por el casamiento de Juan de Armagnac con la que nosotros llamábamos madama Blanca.

—¿La hija de Tranquilo?... dijo Pavot.

—Pues, la hija de Tranquilo y Marion la pastora... de modo que vuestra hija, que se casará con el señorito Juan, ó mas bien el señorito Andrés, como su padre quiere que se le llame, será cuñada nada menos del duque de Nemours.

Pavot estaba estupefacto.

—Tú sueñas, mujer... por fuerza estás soñando, balbuceó asombrado.

—No por cierto, que estoy muy despierta, y sé bien lo que me digo. Pero no es esto solo... Si os digo que he oído tantas cosas... creedme, ha de haber mas de una bota.

—¿Pues qué otra bota ha de haber? preguntó el hombre aproximándose.

La Pavot se había quedado pensativa.

—A fé, que si ha habido hombre digno de un gran premio en esta vida, es él... ¡Jesús! Quince años hace que oí decir allá en el hostel que el pobre hombre estaba enamorado como un loco.

—¿De quién hablas, mujer?.., exclamó el tabernero.

—Y todos se burlaban de él, prosiguió la Pavot dejándose llevar por la corriente de sus recuerdos. Marmaron el arquero, Claudio el Sumiller y hasta el mi mismo Nicolás, se reían á garganta enhiesta... Y sin embargo, Marion era pundonorosa tanto como la mas encopetada señorona, y no era á fé el primer advenedizo el que se hubiera hecho querer de la hermosa Marion.

—¡Toma! ¡toma! ¿aun estás hablando de tu primo Andeol? dijo el buen Pavot.

—Sí, señor Pavot... y Marmaron y Claudio y Nicolás hacían muy mal en reirse. Yo lo digo: el día que Vicente Tarquino murió allá abajo como un réprobo, ví y oí lo que nadie hubiera podido creer... despues de todo, ¿por qué la mejor y la mas noble de las mujeres no habia de ser tambien la mas agradecida?... Santiago de Armagnac no ha dado mas que una vez la vida á su hijo Juan, y el jóven duque hubiera muerto cien veces, y bien desgraciadamente, si no hubiera sido por mi pobre primo Andeol.

—Pero tu hablas como una cotorra... exclamó la Pavot de repente. Anda, anda á encender los mecheros; prepara los ramos para delante de la puerta y vete en seguida á vestir para acompañarnos hasta el estrado en que hemos de ver la fiesta.

El destronado consorte tomó un cabo

y salió. Acababa de anochecer, y serian como las siete y media de la noche. Contra lo de costumbre, la posada de la Urraca estaba desierta: ni un parroquiano siquiera habia en el salon; antes de que anocheciera, soldados y paisanos habian pagado sus escotes respectivos, y se habian marchado casi al mismo tiempo.

Maese Richard el guantero, sus vecinos Antonio y Estéban y demás honrados comerciantes que han asomado el hocico acá y allá en nuestra historia, habian celebrado con toda su alma en una buena, bien que no suuntuosa orgía, la derrota de los rebeldes y la victoria del partido del rey. Maese Richard, sobre todo, habia despotricado mil virtuosos anatemas sobre la memoria del señor Olivier de Gravelle, que se habia ido al otro mundo sin pagarle los guantes.

Desde las cuatro de la tarde, el guantero, el pañero, el ropavejero, el ferretero, el sastre y otros habian tomado su pesado vuelo al través de los Mercados; se habian unido á una gran corriente de pueblo que ondulaba y marchaba hácia la calle de San Antonio; las calles mas anchurosas eran insuficientes para contener á la muchedumbre, que aflua de los barrios del Oeste para precipitarse bulliciosa y alegre sobre la parte oriental de la ciudad.

Una hora despues, mientras que las intermediaciones de la Bastilla rebosaban de gente, no habia, puede decirse, un alma del lado de allá de la antigua calle del Templo. París entero, nobles, clase media, artesanos, estaba amontonado en masa entre la puerta de Beaudoyer y la iglesia de Nuestra Señora.

Solo que en los barrios abandonados por sus habitantes, las desiertas casas estaban decoradas con colgaduras, guirnaldas y candelabros. Era sorprendente ver aquella iluminacion general alumbrando las calles desiertas y silenciosas. Tal vez algun señoron, seguido por una escolta á caballo, marchaba á escape para ganar el tiempo perdido, y tal otra familia particu-

lar rezagada, iba por la acera, precedida por un doméstico cargado con su farol, que solo servia de estorbo.

Mas al paso que la hora iba avanzando, estos, rezagados de la alegría pública, se iban haciendo mas raros, y el silencio profundo que envolvía la parte occidental de París, permitía oír á lo lejos, del lado de allá de Nuestra Señora, el inmenso concierto del pueblo aclamando y victoreando á su rey.

El pueblo lo sabe todo: habia comprendido, no se sabe cómo, que la jóven princesa de Bretaña era una reina, y reina en toda la estension de la palabra, de hermoso esterior, de génio fuerte y complexion robusta y enérgica, bondadosa, pero tambien capaz de sostener el débil brazo de Carlos que se doblaba bajo el peso de la espada de Francia.

El pueblo habia adivinado á Ana de Bretaña, es decir, la autoridad robusta que estirpa la licencia y la guia, y de donde nace la prosperidad pública.

El pueblo, que habia sufrido tanto, que por tanto tiempo habia padecido hambre y sed y falta de justicia, mientras que los facciosos se batian á sus espaldas y sobre sus espaldas; el pueblo, decimos, tenia esperanza y clamaba, ¡viva!

Pero lo que el pueblo hacia de buena fé, y sin interés directo, la clase media lo hacia tambien por interés y por cálculo, por prudencia, por patriotismo; como se dice entre ellos algunas veces cuando la alegría llega al delirio.

Los señores hacían por no quedarse atrás, de modo que habia una unidad perfecta, pues no habia un rostro que gesticulase desagrado en medio de aquella alegría universal.

De cuando en cuando la Francia se entrega con un abandono ingénuo á esas manifestaciones incientes: todo el mundo está contento, todos se abrazan, se arrancan los ramos de los árboles, y se lloran en las calles lágrimas de enternecimiento, y la oposición, disfrazada de pastora, se encarga, como el buen Pavot, de

encender los faroles de la iluminacion en honor del poder.

Mas el buen Pavot es un hombre tacaño, que por la mañana despierta de mal humor, llorando por el accite que ha gastado, y no hay que decir, que si su mujer no le pega, él pegará á su mujer. Buscad el justo medio... no haya miedo de que parezca.

A media noche era cuando debia empezar el baile en el palacio de Tournelles: á las once debia recibir el cabildo de Nuestra Señora á los reyes en el vestibulo de la basilica; á las diez, con arreglo al programa de maese Miron, era cuando el Parlamento, el Prevostazgo, la Universidad y las demás corporaciones debian felicitar á las personas reales, bajo el primer arco de triunfo, erigido delante de la Bastilla.

El rey y la reina debian salir de la abadía de San Antonio, estramuros, á las nueve de la noche.

Desde el anochecer se habia encendido un estenso cordon de fuego, que empezando en las torres de la Bastilla, terminaba en la antigua calle del Templo. Era como una guirnalda interminable que iba en mil giros caprichosos desde el arco de triunfo de la Bastilla al arco de triunfo de la puerta de Beaudoyer: el palacio de Tournelles y el de Bretaña, que se encontraban los primeros en el extremo de la calle de San Antonio, parecían dos áscuas.

Entre los dos palacios, hácia el sitio donde se levantó despues la colegiata de los Jesuitas, se habia formado un árbol colosal de ciento cincuenta piés de altura, que ostentaba por cima de las casas su pirámide de luz. A derecha é izquierda se habian construido estrados, cuyas escalinatas estaban cubiertas de jarrones de fuego, cuyos estrados llevaban el nombre de algun gran señor y estaban destinados á su servidumbre y familia, ó á su clientela.

El estrado de Armagnac, donde nuestra antigua amiga la Pavot y su linda Mirrette tenían sitio reservado, brillaba como

el que mas empavesado con los colores de Armagnac y coronado por el escudo con el leon de Gulas, entre los de Orleans y de Foix.

Delante las escalinatas una triple fila de gente armada con banderolas en las lanzas, se mantenian en formacion hasta perderse de vista. En barracas pintadas y colocadas á derecha é izquierda del camino, ángeles, génios y magos destinados á la parte teatral de la funcion se estaban ataviando á toda prisa y acababan de aprender las saluciones y felicitaciones que debian recitar revoloteando por los aires ó llevados por nubes, al paso de los régios consortes.

Pero llamaban, sobre todo, la atencion, los dos arcos de triunfo, maravillosamente contruidos y maquinados con arte extraordinario.

Un dia nos fué dado á nosotros, parisienses del siglo XV, admirar esas rocas de madera blanca, cubiertas de musgo y pintadas al temple, sobre las cuales mugia una cascada de doscientos treinta litros de agua, cuya caída magestuosa era puesta en movimiento por un aparato muy ingenioso.

Vimos aquel dia detenerse á las dos orillas del Sena y echar una mirada protectora á ese espectáculo infantil destinado á probar que el tridente de Neptuno es el cetro del mundo, y podemos afirmar que aquella bonita cascada, aquellas rocas musgosas, aquellos pinos medio desarraigados, aquel viejo Neptuno de barba rizada, su tridente y hasta su taza no eran nada al lado de las concepciones de nuestros padres.

Si el director, medianamente artista, que concibió la idea de esta decoracion, se hubiese tomado la molestia de hojear solamente algunas páginas de nuestra antigua historia, hubiera utilizado los progresos de la ciencia y producido en los labios de los espectadores otra cosa que una desdeñosa sonrisa.

Nuestros padres, que no tenian máquinas de vapor, hubiesen echado buena-

mente desde el puente de la concordia una masa de roca mas alta que el obelisco de Longsor, y luego, yo no diré cómo habrían tomado el agua del Sena y el rio todo entero hubiere venido rodando y tronando por encima de las rocas amontonadas. Entonces es cuando el viejo Neptuno hubiera podido levantar con orgullo su tridente y medir aquella cascada, cuyo número de litros no hubiera podido contar ningun aritmético.

En nuestros dias es preciso dejar los telares embadurnados y los bosques pintados para las funciones de ópera. Los encantadores han muerto: su varita mágica se ha perdido y quizá nuestros arrabales demasiado ilustrados, no supieran tampoco admirar sus milagros.

Nubes de plata, que dejaban ver por sus contornos cabezas de ángeles, se movian por cima del primer arco triunfal, mostrando y ocultando alternativamente la bóveda estrellada del firmamento, y de tiempo en tiempo una bandada de paloma salia del cornisamento, agitando dulcemente sus alas, y volaba en derredor del paramento.

Por cima del gran escudo, en que se veian enlazadas las cifras de Carlos de Francia y de Ana de Bretaña, estaba el famoso canastillo que siempre estaba esparciendo hojas y capullos de rosas, y otras flores mezcladas con ramas de boj, de que siempre estaba lleno.

Por último, en los cuatro ángulos manaban de los pilares de sustentamiento otras tantas fuentes de que brotaban sin cesar leche, hipócras, hidromiel y vino.

El segundo arco de triunfo, llamado de la Corona, porque segun la antigua tradicion debia bajar de la cintra un ángel primoroso con las alas desplegadas y una aureola en la frente, para deponer cantando un cántico latino la corona de Francia en las sienas de la nueva reina, y representaba un palacio arábigo, cubierto de placas de oro sembradas de flores hechas con piedras preciosas. En el hueco de la bóveda estaba oculto un coro de doncellas con su

correspondiente orquesta, que de tiempo en tiempo poblaba los aires con misteriosas armonías que parecian bajar del cielo, y que el pueblo creia ser el concierto de voces seráficas que circunda eternamente el trono de Dios.

En los cuatro ángulos de la puerta desde lo alto de cuatro torreones, cuyo orificio se ensanchaba á la manera de la bocina de un clarín, habia otros tantos pajes con librea azul, sembrada de flores de lis y arminios, que de vez en cuando arrojaban monedas al pueblo, tomándolas de unos enormes bolsones.

Las nueve daban en la capilla de San Pablo: un inmenso clamor de júbilo se levantó, y todas las campanas de la ciudad empezaron á repicar: las nueve culebrinas de la Bastilla dispararon sucesivamente su tiro, y un fuego gigantesco empezó á manifestarse lentamente por cima de la abadía de San Antonio, para anunciar la salida de los régios consortes.

Nuestra amiga la Pavot, precedida por su esposo que llevaba el chafarote y el farol, y seguida por Simonot, que llevaba el consabido arcabuz, habia tenido que bajar no poco para hacerse paso al través de la muchedumbre. Mas, en fin, habia conseguido arribar á puerto y la bellísima Mirette, ataviada en todo el esplendor de su humilde ajuar de fiesta, ocupaba un buen puesto en las primeras filas del estrado de Armagnac.

Apenas la Pavot se hubo sentado, apenas habia tenido tiempo para respirar desahogadamente, cuando mas repuéstose de su fatiga, cuando su atencion fué fijada por algunas palabras que se cruzaron alrededor. No habia señores en los estrados, porque todos iban en la comitiva real: los que allí estaban pertenecian, como ella, á la clientela de las grandes familias, cuyos escudos decoraban aquellos tablados: eran todos artesanos y gentes de la clase media que murmuraban á todo su sabor de cuanto les ocurría, esperando que se levantara el telon.

—Señora Juana, decia un gordinflon to-

do cubierto de pieles, á pesar del buen temple de la noche: podeis creerme porque yo soy el encargado en esta ocasion de suministrar las perlas y la joyería...

—Aun cuando suministrarais todo lo que hay que suministrar, maese Jouselin, repicó la señora Juana, aun no acabaria de persuadirme... ¿No sabeis que el niño ha deser, y es el primer señor del reino, despues de los príncipes de la casa real?

Una esplosion de risotadas recorrió el estrado, y varias voces á una exclamaron:

—¡Si nos querrá enseñar ahora la señora Juana la especiera, lo que es un señor Armagnac!

—¡Si señor! ¡si señor!... Yo conozco aquí á mas de uno y á mas de una que tendrian necesidad, y mucha, de volver á la escuela... Pero yo no pretendo enseñar nada á nadie, puesto que yo misma tengo buena necesidad de aprender, y si solo digo que es locura pensar que el jóven duque de Nemours puede casarse con una aventurera.

La Pavot dió un salto sobre su asiento.

—¡Ay, ay! señora Juana, si continuais así me parece que no suministrareis mucho tiempo mercería para la casa... hizo observar Jouselin el mercader de joyas... La historia esa está muy embrollada... Y, por otra parte, no siempre hay que esperar cosas razonables de los grandes... ¿y por qué no se podria casar Juan de Armagnac con esa jóven aventurera, cuando la duquesa viuda de Nemours va á dar su mano á un hechicero?

—¿A un hechicero? repitieron todos los circunstantes.

Y la Pavot, mas indignada que ninguno, repetia:

—¡Un hechicero!

—Y algo peor todavía que hechicero, si es que puede haber algo de eso: insistió el mercader de joyas con aire muy satisfecho. Es un antiguo fraile que colgó los hábitos, un nigromante, un agente del diablo, un agente de esos paganos que buscan el oro potable con ayuda de Satanás.

hubiera permitido ni disimulado el menor retardo.

Sin embargo, nadie se movía ni pensaba dejar su puesto; todos estaban bajo el peso de una emoción inesperada y profunda.

Sabían, aunque vagamente, casi todos lo que acababan de oír: todos eran sabedores de las indignas persecuciones de Gravelle y de las trágicas aventuras de la duquesa Isabel; pero no estaban en pormenores, y la viuda de Armagnac había hecho resaltar en su narración una figura tan extraña, tan humilde y tan elevada a la par, que aun después de su última palabra, seguía su auditorio atento y esperando oír algo más.

La duquesa Isabel había hablado de fray Tranquilo; había referido lo que había hecho simple y noblemente, sin aumentar ni omitir cosa alguna.

Y ahora que guardaba silencio, después de concluida su narración, nadie se admiraba de ver sus ojos llenos de lágrimas. Aun hubo un murmullo de asentimiento, cuando Juan de Armagnac, cediendo á los impulsos de su corazón, se precipitó sobre las manos de su madre llorando también, y diciendo:

—¡Ése es mi segundo padre, y después de Dios, á él es á quien debo la vida!

Madama Isabel atrajo á su hijo á su corazón, y le abrazó estrechamente; luego levantó de nuevo su cabeza, y recorrió con la vista la doble fila de sus amigos y parientes.

—¡Ya veis lo que ha hecho! dijo con lentitud y como si tuviera la necesidad de recoger nuevas fuerzas. ¿Cuál es, á vuestro parecer, señores, la recompensa que merece la alnegación de este hombre?

—Mi querida y noble prima, respondió el duque de Orleans, si no os hubiera dado más que su vida, os diría: hacédle rico y poderoso ahora que podéis... ¡Pero os ha dado también la vida de sus dos hijos!...

Y como Luis de Orleans vacilaba,

Francisco de Cleves, duque de Nevers, exclamó:

—No hay bienes en la tierra con que pagar esa deuda, mi noble prima.

—Si tal, murmuró Juan de Armagnac, volviendo hacia sus parientes su rostro sonriente:

—Hablad, pues, señorito Juan, dijeron todos á una.

El joven duque bajó la cabeza, y respondió á media voz.

—¡Hay la felicidad!...

Los concurrentes no comprendieron al pronto.

Un sonrosado fugitivo pasó por la frente de la duquesa.

—Señores, repuso, ese hombre tiene una hija que ama á mi hijo Juan, y á quien este á su vez ama apasionadísimo.

—¡La que se llamaba Blanca de Armagnac! preguntó el duque de Orleans.

—¡Por la verdadera cruz! exclamó Francisco de Cleves, que era un excelente hombre con la mano siempre abierta y con el corazón en las manos; mi esposa ha muerto, y no tengo hijos... Si madama la reina lo aprueba y también el rey, adoptaré á la hija de este hombre, que será Cleves, como el ingerto es el árbol.

La duquesa Isabel se levantó de su trono.

—Mil gracias, primo, dijo con profunda emoción. Cleves vale tanto, al menos, como Armagnac, y mi querido hijo será feliz, gracias á vuestra bondad.

—Efectivamente, es esa una recompensa que vale tanto como la más preciosa y digna. Ven acá, Juanito, mi querido amigo, y abrázame por vía de arras de tu felicidad.

Juan de Armagnac se echó en brazos del duque Luis de Orleans para abrazarle, y principalmente, para decirle al oído:

—Señor mío y primo, no es bastante eso!

—Cómo que no es bastante aun!... exclamó el duque asombrado; ¡sangre de Cristo! ¿sabes tú lo que dices?... pues si

tuviera yo una hija, Juanito, te la habría dado de muy buena gana por esposa.

Juan de Armagnac se aproximó más todavía al duque, y murmuró algunas palabras á su oído.

El duque se quedó asombrado.

—¡Sangre de Cristo, Dios y hombre verdadero! dijo en voz baja; esto es ya otra cosa.

Esto diciendo, dirigió su vista á la duquesa Isabel, que había vuelto su rostro al lado opuesto.

—¿Es para eso para lo que mi señora madre, repuso Juan de Armagnac, ha suplicado á sus parientes y amigos que vinieran á darle un consejo?

—¿Sobre qué?... ¿sobre qué?... preguntaron todos.

—Por mi parte, dijo el duque de Orleans frunciendo el entrecejo, no me encargo de decíroslo.

La duquesa Isabel abrió la boca para hablar; se puso descolorida, y no pudiendo dominar su turbación, se echó el velo á la cara.

—Esta vez será yo quien hable, señores y parientes míos, dijo Juan de Armagnac después de haber besado respetuosamente la mano de su madre. Se trata del honor de la casa de Armagnac, y espero que me escuchéis atentos, no obstante mis pocos años.

Juan Rubio contó, en otros términos sin duda que la buena Pavot, pero no con menos entusiasmo, el drama terrible de aquella mañana en que Tranquilo, su hijo y su hija habían dado la vida por salvar la suya, la de Juan de Armagnac...

Refirió con los ojos bajos, pero con firme entonación, los sufrimientos y las angustias de su madre desolada; mostró aquella puerta, detrás de la cual brillaban las hachas de los sicarios de Tarquino. Los que le escuchaban creyeron ver y oír á aquella pobre madre, perturbada en su razón por su extremo dolor, cayendo de rodillas ante su último servidor, ofreciéndole

dose á sí misma por precio de la vida de su hijo.

Todos aquellos rudes soldados comprimian su aliento y podían apenas contener su emoción.

—Ella ha prometido... dijo el señor de Albret tímidamente.

—Y la palabra de Armagnac es sagrada, añadió Gaston de Foix.

—¡Sangre de Cristo!... ¡Sangre de Cristo!... repetía el duque de Orleans sin poder parar en su sitio.

Se veía temblar el velo de la duquesa Isabel.

—Mi madre ha dado una palabra, añadió Juan de Armagnac, y el consentimiento de su hijo, que es mayor de edad, jefe de la familia y custodio del nombre y del honor de su casa, ha sancionado esa palabra.

Hubo un momento de silencio, durante el cual la duquesa Isabel estrechó apasionadamente las manos de su hijo entre las suyas.

Luis Orleans se inclinó hasta el oído de la duquesa.

—Mi hermosa y querida prima, murmuró, ¿y vos le amáis?...

Solo él entre los circunstantes pudo oír lo que contestó.

—¡Le amo!

—Ea, pues, repuso vivamente el duque de Orleans levantándose alegremente y con el rostro ya lleno de expansión. El rey es nuestro primo, y nosotros no somos tan pobres que no podamos ceder un dominio á ese buen cristiano. ¡Sangre de Cristo!... por mi parte no comprendo cómo puede haber un corazón más grande que el suyo en todo el reino, y yo le hago desde ahora donación pura y simple de mi vizcondado de Gien por arras de boda.

—Y yo, de mi señorío de Lescun, añadió Gaston de Foix.

—Y el mío de Beilly es suyo desde ahora, continuó el de Albret.

Todos los demás fueron añadiendo á esto tanto, que al cabo de cinco minutos el bueno de Fray Tranquilo era, sin dis-

puta uno de los mas opulentos señores del reino.

—Señores, dijo el duque de Nemours cuando hubieron concluido de hablar; á caballo, si os parece... Nuestra reina acabará lo que nosotros hemos principiado... y si Dios quiere, mi noble prima podrá cumplir su promesa sin malcasar el nombre de Armagnac!

Todos se levantaron y se retiraron, despues de besar la mano á la duquesa de Nemours. Juan Rubio quedó el último; su madre se levantó el velo, y le mostró su rostro bañado de lágrimas.

—Vé á buscar á Tranquilo, dijo.

En el momento que Juan Rubio daba un paso para obedecer, se abrió la puerta del fondo, aquella puerta por donde el pobre pedagogo quince años antes habia hecho evadir al hijo y á la madre, y fray Tranquilo entró en el salon de ceremonias.

Juan Rubio se adelantó hácia él apresuradamente, y se le colgó del cuello:

—Déjanos, Juanito mio, díjole Tranquilo, despues de haberle estrechado contra su corazon; quiero hablar á solas con mi señora la duquesa.

—Pues daos prisa, respondió Juan Rubio, porque dentro de media hora debeis estar á caballo entre la comitiva real.

Se alejó esto dicho, y antes de pasar el dintel se llevó la mano á la boca para enviar un beso de despedida á los que quedaban, diciendo:

—Hasta un instante, mis queridos padres.

Estaba loco de alegría, porque en aquella escolta régia iba á encontrar de nuevo á su bella prometida.

La puerta se cerró tras él, y la duquesa Isabel y fray Tranquilo quedaron solos.

X.

LA RÉCOMPENSA DE TRANQUILO.

Tranquilo estaba con la cabeza descubierta: llevaba un rico y anchuroso manto con los colores de Armagnac, que la duquesa misma le habia enviado aquella tarde para que pudiera presentarse dignamente en la comitiva real. Los pliegues de este manto le caian hasta los piés y aumentaban aun su gran estatura; los colores vivos de la librea de Armagnac contrastaban vigorosamente con la palidez de su frente; sus ojos brillaban, y habia una estraña y majestuosa sonrisa en sus lábios.

Estaba hermoso, y su aire pensativo, fijado en el lienzo por el pincel de un buen maestro, hubiera dado qué pensar á la posteridad. Los que buscan en los reflejos lejanos del arte los jalones misteriosos, por medio de los cuales la humanidad señala las jornadas que va recorriendo, se hubieran preguntado el nombre de este sabio ó de este apóstol.

Estaba hermoso con esa grande y sublime hermosura que sabe retratar el génio de los pintores españoles; la hermosura de los santos, la hermosura de los mártires por la fé, por la ciencia ó por la virtud.

—Acercáos á mí, Tranquilo, dijo la duquesa Isabel tendiéndole la mano; tengo muchas cosas que comunicaros esta noche.

Tranquilo obedeció, pero movió la cabeza con lentitud.

—Señora, respondió evitando ya las miradas de la duquesa; estaba allí, detrás de esa puerta... y no penséis que ha sido á impulsos de una impertinente curiosidad;

voy á explicaros el motivo de mi presencia en ese sitio... lo he oido todo.

Madama Isabel se ruborizó y bajó á su vez los ojos.

—¡Ah!... dijo sonriendo... ¿con que lo habeis oido todo, Tranquilo, y venís á mí con ademán receloso y triste?... ¿Por ventura estimábais á mas subido precio los servicios que nos habeis prestado?...

Tranquilo levantó sus ojos hácia la duquesa, y se estremeció al verla tan maravillosamente hermosa, que sus mismas ilusiones, sus quimeras y sueños febriles de entusiasmo y de aspiracion quedaron muy por bajo de la realidad.

—Dios no pregunta á sus escogidos si están contentos con la parte que les ha asignado en su gracia y en su gloria... Yo lo he oido todo, señora, menos algunas palabras pronunciadas en voz baja por monseñor el duque de Orleans, y la respuesta que vos le disteis.

—Y descabais saber... continuó la duquesa sonriendo.

—Gustaria de saber, señora, lo que os dijo Luis de Orleans cuando se inclinó á vuestro oido, y lo que vos le respondisteis.

La duquesa volvió la cabeza esta vez, sin perder aun su sonrisa.

Mi primo el de Orleans se inclinó á mi oido para decirme: bella prima, ¿le amais?

La duquesa hizo una pausa; Tranquilo se llevó la mano al corazon para contener sus latidos; no se atrevia á preguntar lo que habia respondido, mas la duquesa acabó su relacion diciendo:

—Y yo le contesté: sí, primo mio, yo le amo.

Tranquilo cayó sobre sus rodillas, y dos lágrimas de fuego brotaron de sus párpados.

—¡A mí!... ¡a mí!... prorumpió con voz entrecortada; ¡se trataba de mí!... pobre, desgraciado, siempre distraido y á veces insensato... y la que habla es madama Isabel, duquesa de Nemours, la primera entre las mujeres del reino ante el mundo y ante Dios... Vos habeis dicho eso al pri-

mer gran señor del reino, y se lo habeis dicho sin rebozo, en presencia de vuestros parientes y amigos mas allegados, en presencia de vuestro hijo, porque teneis el alma de una santa; porque la gratitud ha puesto una venda en vuestros ojos... porque...

—Porque os amo de corazon, Andcol, interrumpió la duquesa Isabel intentando levantarle.

Una especie de enagonacion se presentó en los ojos de Tranquilo.

—Es imposible... dijo rechazando la mano que se le tendia... ¿habrán de creerse los delirios de una imaginacion estrañada?... ¿No he visto yo ya mil veces un fantasma engañoso que entreabria para mí las puertas del cielo?...

—Pero vos estais ahí, se interrumpió levantando las manos cruzadas hácia la duquesa, como hubiera hecho para adorar á Dios... vos estais ahí, y sois la verdad misma... Yo no me engaño: yo he visto, yo he oido que vos me amais... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿Por qué no disponeis de mí ahora en este instante?

En este momento atrajo á sí la mano de la duquesa, y la besó.

—Yo no puedo decir lo que siento, continuó con pasion reprimida, pero tan ardiente, que madama Isabel esperiméntó algo parecido á un choque eléctrico. Yo no sé hablar de amor... ¿Cómo podria yo atreverme á referiros las alegrías y las lágrimas de mis sueños?... Todos los que me han conocido desde la infancia me han tenido por un idiota... Señora, señora, mi locura, mi demencia consistia en prosternarme en los abismos de mi miseria y de mi desgracia, y adoraros como á la reina de los ángeles en vuestro radiante paraíso...

Su mano, que antes abrasaba los dedos de la duquesa Isabel, estaba ahora fria como un mármol; sus lábios temblaban; las palabras oscilaban en su garganta oprimida, y sin embargo, se desprendia de él como una corriente de misteriosa elocuencia, que envolvia á la duquesa de Nemours, y que la subyugaba.

No se pueden espresar con palabras esos magníficos trasportes de pasión, que no tienen por órgano la palabra, que arrancan, por decirlo así, del alma misma; sin intermedio ni intérprete.

No se sabe lo que es: no tiene ni sonido, ni forma, y sin embargo, es invencible. Ese hombre, que decía no saber hablar el lenguaje del amor, y que decía verdad, atraía á sí á la duquesa Isabel como el magnetizador arrastra hacia sí á la soñámbula esclava. Desconocía el lenguaje del amor... es decir, el lenguaje vulgar y marchito... dejaba arder su corazón como una antorcha, y era sin saberlo y á pesar suyo como aquella llama inflamaba, hasta devorarlo, el corazón de madama Isabel.

—¡Tranquilo, Tranquilo! dijo oprimida por la pasión victoriosa. No me habéis así... vos me amáis y yo os amo... No habéis así, Tranquilo, puesto que yo os he escogido por esposo.

Las manos de Tranquilo volvieron á caer á lo largo de sus costados, y se hizo atrás: la expresión de su rostro había cambiado completamente: se hubiera dicho que aquella palabra esposo le había herido como una clava.

Tocó su frente, y pareció que hacía un esfuerzo para contener su pensamiento fugitivo.

—Marion ha muerto veinte años há, dijo con voz entrecortada: vos fuisteis bondadosa para con ella, señora... Bien sabéis cuánto amaba yo á mi esposa... ¡Ah! ¿Es bastante grande el corazón para contener dos amores?

La duquesa Isabel le miraba estupefacta.

—Ha muerto... Sí. La infeliz murió... repuso. ¿Pero no viene ella á visitarme todas las noches durante mi sueño?

En seguida se puso en pié.

—Oídme, señora, dijo moviendo su cabeza y cambiando de tono otra vez: ahí en el patio sueñan las espuelas de oro y se oyen los relinchos de los caballos impacientes... Teneis que estar, el niño lo ha dicho, dentro de algunos minutos hacen

do parte del cortejo real... No os detengais, señora. Yo tengo también que emprender un viaje esta noche, y viaje largo y triste, una dolorosa peregrinación, al fin de la cual hay... un sepulcro.

—En nombre de Dios, Tranquilo, exclamó la duquesa Isabel, que sentía venirle un torrente de lágrimas á los ojos: explicáos... No os comprendo ya.

Tranquilo la miró á la cara.

—¿Y para qué queréis comprenderme, dijo fijando en ella su pupila deslustrada y oscura. ¿qué hay de común entre los dos?

Y como la viese enjugarse una lágrima, su razón se rehizo de repente contra este movimiento de locura y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Es que padezco mucho... más de lo que puedo aguantar, murmuró al través de los sollozos; no soy bastante fuerte para aguantar este martirio... ¡Dios mío!... Juanito, mi querido Juan, María, Andrés... hijos míos, mis queridas prendas, tesoros de mi alma; y vos también, señora, todo lo que amo, todo lo que puede hacer mi vida dichosa y feliz, todo está aquí, todo queda aquí... ¡y allí abajo no hay más que una pobre sepultura!

—Oíd, se interrumpió deteniendo la pregunta que se presentaba entre los labios de la duquesa de Nemours... Ya me he despedido de Andrés y de María... yo estaba allí detrás de esa puerta, porque esa puerta dá salida hacia los fosos de París.

—¿Queríais huir?... exclamó la duquesa: ¿pensábais abandonarme?...

—Mi corazón es débil, replicó el pedagogo... Dios no prolonga por mucho tiempo sus gracias, y ¡quién sabe si mañana tendría valor para resistir!... Ha habido en otro tiempo calumniosas dudas en torno de la cuna del niño... Se ha dicho que Juan de Armagnac era el hijo del pobre Tranquilo... Ahora que Juan de Armagnac es poderoso, surgirán mil enemigos en torno suyo... y no conviene que los enemigos de Armagnac puedan decir un día:

—¡Mirad, el niño ha encontrado á su verdadero padre!

Isabel de Nemours bajó la cabeza y no respondió esta vez.

Un toque de trompeta resonó en el patio.

—Y si nosotros nos fuésemos lejos, muy lejos de aquí... murmuró madama Isabel sin levantar los ojos.

Tranquilo, que dada ya un paso hacia la puerta, se vió obligado á comprimir con ambas manos su corazón.

—No soy más que un hombre, murmuró hablando consigo mismo, doy gracias á Dios que me ha sostenido, pero siento que as fuerzas me abandonan.

—Gracias, señora, replicó en voz alta, haciendo los mayores esfuerzos para dar á su voz firmeza y seguridad; mil gracias, mi noble y amada señora... hasta en la hora de mi muerte encontraré la felicidad acordándome de estos momentos... No es bastante para mí, desgraciada criatura, poder decirme: ¡me amaba!

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! ¡no os marchéis! exclamó la duquesa desconsolada.

—La viuda de Armagnac debe vivir y morir en su luto, dijo lentamente Tranquilo, que había enterezado su cabeza, y cuya pálida frente reflejaba la aureola de la abnegación más sublime.

La duquesa Isabel se arrodilló ante el crucifijo, que pendía por cima del trono.

—Oyó, sin volver la cabeza, los pasos de Tranquilo, que se dirigía hacia la puerta, y oyó también su voz que murmuraba al atravesar el dintel:

—Gracias... y adios.

Y sin volver la cabeza aun, con los ojos

en el crucifijo, la duquesa Isabel respondió con voz moribunda:

—¡Adios... y gracias!...

Cuando Fray Tranquilo hubo franqueado el dintel, se despojó del rico manto de terciopelo, bajo el que estaba oculto su pobre balandrán, y tenía un báculo de viaje que había dejado en el oscuro corredor.

Mientras que sonaban las trompetas, y las campanas todas tocaban á vuelo, dominando los gritos de alegría, Fray Tranquilo tomaba solo y á pié el camino del país de Armagnac, donde estaba la tumba de Marion, su esposa.

Se dice que Juan de Armagnac, que tenía un noble corazón, le mandó llamar aquella misma noche en el momento que el sacerdote iba á bendecir sus esposorios con María, su amada señora, adoptada por Francisco Cleve, duque de Never.

La duquesa Isabel no respondió sino con lágrimas, y se despacharon correos con encargo de buscar por todas partes á un caminante que llevaba un rico manto con la librea de Armagnac.

Alguno de estos mensajeros encontró sin duda á Fray Tranquilo envuelto en su pobre balandrán.

En el año 1499, madama Isabel, duquesa de Nemours, donó un relicario de plata al convento de San Benito de Mirande, donde había muerto un pobre monje llamado Fray Andcol: tenía lugar este acontecimiento en un año que vió al duque de Orleans Luis XII suceder al rey Carlos VIII, y llamar al trono de Francia á Ana de Bretaña, que fué dos veces reina.

